

MARGARETTOWN

GABRIELLE
ZEVIN



Lectulandia

Un joven profesor descubre por primera vez lo que es el auténtico amor cuando conoce a una de sus alumnas, Margaret, una chica tan extraña como seductora. Ella le corresponde, pero le advierte enseguida que está entrando en terreno peligroso, ya que está sujeta a una maldición. Cuando el profesor insiste en casarse con ella pese a todo, Margaret le lleva a conocer a su familia. El pretendiente enseguida se da cuenta de que realmente pasa algo extraño: la familia está compuesta exclusivamente de mujeres, de edades muy distintas, y todas ellas tienen nombres que se derivan del de su amada. Incluso viven en un lugar llamado Margarettown... Guiado por su pasión, el joven entrará en mundos que nunca sospechó que existían. Una historia fascinante y conmovedora sobre lo que hace falta para amar a una misma persona a través del tiempo, y lo difícil que resulta conocer realmente a aquel a quien amamos.

Lectulandia

Gabrielle Zevin

Margarettown

ePub r1.0

Titivillus 17.04.16

Título original: *Margarettown*
Gabrielle Zevin, 2005
Traducción: Núria Martí Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Maggie en la cama

1

Cuando conocí a Margaret yo vivía en uno de los apartamentos del sótano. El alquiler era razonable y el lugar era mejor del que habría podido permitirme de otro modo. La vista desde mi apartamento era interesante, aunque no ideal: zapatos y a veces parte de una pantorrilla, perritos y hasta un tercio del cuerpo de los niños pequeños. Aprendí a reconocer a mis visitantes por sus zapatos. En aquella época las únicas personas que venían a verme con regularidad eran mi hermana Bess, con sus espantosas sandalias de imitación de ante, y Margaret, que cambiaba de zapatos según su estado de ánimo.

Yo llevaba una extraña clase de vida subterránea en la que las diferencias entre el día y la noche no parecían importar demasiado. Los insectos y otras clases de bichos, que no se veían en las respetables plantas superiores, eran mis asiduos visitantes. Cuando la nieve se fundía, el apartamento se inundaba. El día destinado a sacar la basura, tenía que mantener las ventanas cerradas. El apartamento se negaba a calentarse y conservaba durante todo el año una temperatura de 8 grados. Incluso los inquilinos que vivían en el piso de arriba parecían mirarme con desconfianza. El vivir en el sótano me había convertido de algún modo en *ese tipo que vive en el sótano*.

Los únicos muebles que poseía los había robado de la universidad al licenciarme. En lugar de una verdadera cama tenía dos colchones individuales extralargos. Cuando dormía solo, apilaba un cochón sobre el otro. Y cuando venía algún huésped, los colocaba uno junto al otro y los unía. Durante el último año sólo había tenido como huésped a Margaret Mary Towne. En aquellos tiempos se llamaba Maggie.

A pesar de todos mis esfuerzos, los colchones nunca permanecían juntos. Por la noche se formaba siempre un misterioso espacio entre ellos. Maggie y yo acabábamos separados en esos colchones como los parias de una serie de la tele de los años cincuenta. Una noche se subió gateando a mi colchón. Dijo que tenía frío y a partir de aquel día siempre durmió en él.

Al día siguiente de haberse graduado Maggie (era de más edad que la mayoría de universitarios, ya que tenía veinticinco años), me desperté en medio de la noche y la encontré sentada en el hueco que había entre los colchones con las rodillas apretadas contra el pecho, sollozando. Su larga y lisa melena pelirroja le caía sobre el rostro. Le pregunté qué le pasaba y durante un largo rato no me respondió.

—Estoy maldita —dijo al fin.

—No, no lo estás —respondí—. ¿Por qué dices que estás maldita? —le pregunté lleno de curiosidad.

—Hay algo sobre mí que tú no sabes —insistió.

—¿Qué es, Maggie?

—Hay algunas cosas sobre mí que ignoras y cuando las descubras me despreciarás, estoy segura.

Le aseguré que no lo haría nunca y que en realidad la amaba.

—Yo no soy la persona que tú crees. Bueno, sí que lo soy, pero hay otras facetas mías que no conoces. Sólo lo soy en parte. Yo no soy como las otras mujeres.

—¡Oh, Maggie! —exclamé—. ¡Maggie! —En aquella época yo tenía treinta y un años y su dilema me parecía el adorable problema de una veinteañera—. Maggie, todo el mundo se siente así después de graduarse.

Ella me escrutó desde detrás del velo de cabello. Negó con la cabeza y me fulminó con la mirada.

—Si el día de mañana las cosas cambiaran... Si cambiaran para mal, quiero decir... Este tiempo que hemos pasado juntos, estos meses han sido realmente divinos. Adoro este sótano. Adoro la vida que *llevamos* en él.

Me dio un beso en la frente con una actitud que a mí me pareció un poco condescendiente y por primera vez desde su emigración, durmió en la otra cama.

Durmió profundamente el resto de la noche, pero ya no pude volver a conciliar el sueño. Me quedé despierto, pensando en ella. Supongo que ésa había sido su intención.

Pensé en la Maggie del Commonwealth College en diciembre del año anterior. Habíamos hecho el amor una vez y yo no estaba seguro de si volveríamos a hacerlo. Al verme se echó a reír y me llamó. No esperó a que yo la viera primero.

—Me alegro de haberme puesto mis mejores botas —dijo—. Cuando estaba saliendo de mi habitación llevaba los zuecos de invierno, pero decidí cambiármelos en el último momento.

Miré los zapatos que se había puesto. Eran de piel fina negra, acabados en punta y con tacón, no era un calzado adecuado para el frío.

—¿Éstas son tus mejores botas? —le pregunté. Ella se echó a reír.

—Comparadas con mis zuecos, sí. ¿No te parece? —Y volvió a echarse a reír—. Me he sentido como cuando una mujer sabe que va a toparse con su ex o con algún otro hombre atractivo que le gusta. No sabía que ibas a ser tú.

—Si lo hubieras sabido, ¿te habrías puesto las botas? —Ella ladeó la cabeza y sonrió perezosamente.

—Si lo hubiera sabido —dijo—, sí, me las habría puesto.

Esa perezosa sonrisa me volvía loco.

Maggie roncaba en el otro colchón y yo me puse a pensar en el día que le había dicho que la amaba.

«Te amo», le dije. Sonó el claxon de un coche mientras lo decía, sobreponiéndose a mi voz. No estaba seguro de si me había oído y tuve que repetírselo. «Te amo.»

Ella parecía perpleja o complacida (en el rostro de Maggie, siempre ligeramente impenetrable, estas emociones podían expresarse del mismo modo), pero no dijo nada. Al cabo de un rato se fue, bajó corriendo por las escaleras.

Unas seis horas más tarde, sonó el teléfono. «Te quiero», me dijo, y luego colgó.

Aquel lapso de tiempo, ¿era una buena o una mala señal? Si me hubiera respondido enseguida, sabría que lo había dicho de manera instintiva, algo que podía

ser bueno o malo. Después de todo, si le disparas a alguien, esa persona intentará también dispararte a ti. Pero al haber transcurrido aquel espacio de tiempo, sabía que ella no lo había dicho sin pensarlo. Sabía que había estado considerando mi declaración de amor y la respuesta que me había dado durante una buena parte de las seis horas. Sí, había sido una larga deliberación la suya, pero al final tenía una buena razón para creer que Maggie era sincera.

Cuando le dije que la amaba estaba expresando una emoción que no sentía del todo en aquella época. Creo que más que nada deseaba oír su respuesta. O quizá sólo quería decírselo. A veces mentimos de manera optimista. A veces, decimos algo que no es cierto del todo con la esperanza de que se haga realidad. Esta vez funcionó, la amé durante aquel lapso de tiempo que ella había dejado pasar antes de responderme.

Desde la ventana del dormitorio podía ver que la acera adquiría un tono gris claro, signo de que era tarde o temprano, lo cual dependía del punto de vista elegido. Como sabía que aquella noche no podría volver a dormirme, me puse a pensar en Maggie en la cama y en que cuando nos conocimos también estaba tendida en una.

Antes de conocerla había visto su nombre (TOWNE, MARGARET M.) en una lista de nombres anónimos. Estaba matriculada en un curso obligatorio de filosofía del cual yo era profesor asistente. El semestre estaba a punto de terminar y aún no se había presentado para hablar sobre el curso ni una sola vez y ni siquiera se había preocupado de adquirir el material de estudio. Le dejé mensajes, le envié cartas, hice todas las cosas que se supone que un profesor asistente debe hacer. En aquella época la universidad abogaba por una política de «atención personal». En realidad, la universidad era una pequeña facultad liberal de letras en el seno de una institución mayor o alguna otra chorrada parecida. Aquella política significaba que se suponía que yo al menos tenía que conocer a TOWNE, MARGARET M. antes de suspenderla.

Ella vivía en un edificio de hormigón que tenía fama de alojar a los bichos raros de la universidad: los casados, los estudiantes de intercambio, los que habían hecho un traslado, los estudiantes «maduros» y otros especímenes parecidos. Todas las universidades tienen esta clase de dormitorios. Entré en el ascensor para ir a su habitación sin olvidarme de la fama del lugar.

En la planta de Margaret varios estudiantes extranjeros de quién sabe qué país celebraban una fiesta. Una chica en leotardos me ofreció un bol con una comida roja y burbujeante. Se lo rechacé amablemente, pero le pregunté si podía indicarme dónde estaba la habitación de Margaret Towne. Lanzando un suspiro señaló el final del pasillo.

Su nombre estaba escrito con tinta violeta en una pequeña pizarra que había en la puerta. La mitad de la parte superior de la «M» de Margaret y de la «e» de Towne habían desaparecido. La caligrafía era anticuada y precisa, como si quien hubiera escrito el nombre hubiera estudiado caligrafía (y probablemente nada más) en una academia de una sola aula. Me preparé para encontrarme con una de esas jóvenes

ricas y veleidosas que tanto abundaban en la universidad.

Llamé y para mi sorpresa la puerta se abrió de par en par. La habitación medía tres metros por dos, tres de las paredes eran de hormigón, parecía la celda de una prisión. Sólo había espacio para las dos camas individuales extralargas y poca cosa más. Sobre el bastidor de una de las camas había siete o más colchones amontonados. Y encima de esa pila de colchones se encontraba Margaret Towne. Su larga melena pelirroja estaba despeinada y ligeramente enmarañada. Tenía ojeras y parecía a punto de echarse a llorar o a reír, o quizá sólo estaba exhausta. [Jane, tal vez pienses que alguien que estuviera tendido sobre siete colchones se encontraría a una considerable altura, pero el grosor de los colchones de la universidad era ínfimo. Siete colchones de la universidad apenas equivalían a dos de cualquier otra parte del mundo.]

—Estoy tan cansada —dijo ella—. Me siento como si hiciera un montón de años que no hubiera dormido.

—Margaret, soy el profesor...

—Tú también pareces cansado —observó interrumpiéndome. Lo dijo de tal forma que casi sentí ganas de llorar.

—Lo estoy —respondí—. Estoy cansado.

—Si quieres puedes dormir aquí —me ofreció.

—¿En tu cama? —No daba crédito a lo que acababa de oír.

—Sí, en mi cama.

Y así lo hice. Esta clase de ofertas no se reciben cada día.

Me desperté a la tarde siguiente, un viernes. Ella me estaba mirando.

—¿Cómo has dormido? —me preguntó.

—Muy bien —bostecé—. Margaret, ¿por qué duermes sobre tantos colchones?

—Pensé que me ayudarían a dormir, pero no me ha funcionado —dijo levantándose de la cama—. Voy a cepillarme los dientes. Deseaba hacerlo antes, pero no he querido despertarte.

Me quedé acostado en la cama de Margaret, con la agradable sensación de haber dormido plácidamente. Me moví al centro y entonces fue cuando sentí... un bultito. Un pequeño y palpable bultito. Me levanté de la cama de un salto y levanté el primer colchón. Nada. El segundo. Nada. Y el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto. Nada, nada, nada, nada. Hasta que por fin levanté el séptimo, el que descansaba sobre el bastidor de la cama. Y fue entonces cuando descubrí... un bolígrafo. Un viejo bolígrafo Bic de tinta negra, ligeramente mordisqueado en el extremo, la clase de boli que adquieres en paquetes de diez por un dólar.

Ella volvió a entrar en la habitación y ladeó la cabeza.

—Estabas durmiendo sobre un boli —dije mostrándole el molesto objeto.

—Un boli —dijo ella y se echó a reír—. ¡Oh! —Me lo cogió y se lo quedó mirando durante mucho, muchísimo tiempo. Luego me besó, me dio las gracias y me besó de nuevo. Volvió encantada a la cama y me invitó a tenderme a su lado. Y lo hice, Jane, lo hice.

—Margaret... —empecé a decir.

—Todo el mundo me llama Maggie —respondió—. Cuando dices Margaret me cuesta hacerme a la idea de que estás hablando conmigo. —Esbozó su perezosa y somnolienta sonrisa y se colocó de lado—. Me pregunto si este bolígrafo aún escribe.

—Probablemente no. Parece muy viejo.

—Puede que todavía escriba —insistió ella.

Como vi a dónde quería llegar, me levanté de la cama y busqué una hoja de papel. Para hacer que la tinta bajara, me puse a garabatear un descuidado signo del infinito.

—No escribe —dije al cabo de un minuto. El papel estaba empezando a rasgarse por la presión repetida de la punta del boli.

—Sigue intentándolo —dijo ella—. Por favor.

De modo que seguí intentándolo. Decidí trazar un corazón. Y después el alfabeto. Y después mi nombre. Fue entonces cuando el bolígrafo empezó a escribir. Al verlo Margaret se echó a reír.

—¡Qué feliz soy! —dijo—. No sé por qué, pero soy muy feliz. —Miró el bolígrafo como si fuera la primera vez que viera uno. Y luego me miró a mí como si yo lo hubiera inventado—. ¿Es éste tu nombre? —me preguntó examinando mi obra.

—Así es —respondí.

—Me gusta. Me alegro de que te llames así. Es un buen nombre, inspira confianza.

—Gracias, supongo que es cierto.

—Parece que el bolígrafo es un buen signo. ¿Verdad?

Le di la razón.

Volvió a leer mi nombre y asintió con la cabeza.

—Tú eres el profesor asistente de «Razonamiento moral», ¿no es así? —me preguntó.

—Sí —admití con poco entusiasmo—. En realidad soy el ayudante jefe.

—Esta materia es una gilipollez, ¿no?

—Sí —asentí.

—Sí —repitió ella—. Y ahora por qué no vuelves a la cama.

Y entonces me acosté, pero mi corazón seguía despierto. Ella tenía esa forma de hacerte creer que eras el primer hombre que había descubierto aquella tierra.

La acera estaba adquiriendo un tono amarillento, una señal de que yo había estado despierto toda la noche. Me puse a contemplar a Maggie. Su melena pelirroja estaba esparcida por todas partes, tenía los ojos hinchados, un poquito de vello en el labio superior y respiraba de una forma horrible. Al instante deseé vivir el resto de mi vida con esta mujer, estuviera o no maldita. Nada de lo que pudiera suceder, nada de lo que pudiera decirme ni nada de lo que ella hubiera hecho o hiciera me haría cambiar de idea. Eran las cinco de la madrugada y estaba convencido de ello.

Maggie había dejado el dormitorio de la universidad la semana anterior. Las cajas con sus pertenencias estaban alineadas junto a las paredes de mi habitación. (No sé

cómo había podido meter tantas cajas en aquella celda de tres por dos.) Sobre la caja con una etiqueta que ponía MARGARET TOWNE-VARIOS había, entre otros materiales de embalaje, un gran ovillo de cordel y un cuchillo. Me levanté de la cama y corté un trozo de cordel de unos ocho centímetros. Luego volví a la cama y me puse a contemplar a mi chica tendida desnuda sobre las sábanas.

Una de sus piernas estaba doblada y la otra estirada, pero ambos caminos llevaban al mismo lugar: a una pequeña colina cubierta de hierba de tonos amarillos y marrones como el trigo, que ocultaba un pozo. (En aquellos tiempos me gustaba imaginar que sólo yo conocía la ubicación del pozo.) Y más allá se extendía la llanura de su vientre: liso, vasto, suave y no del todo plano. Al otro lado de la llanura se erguían dos pequeñas colinas de lo más encantadoras. Y su cuello era un estrecho y blanco camino entre aquellas encantadoras colinas. Tenía los ojos cerrados, pero yo sabía que algunas veces eran de color marrón, y otras, de color dorado, según la luz. Olía a manzanas, sus mejillas resplandecían como dos antorchas y su cabello pelirrojo tenía el color de las desgastadas tejas de un tejado español. Y toda esta tierra sería mía, pensé mientras le ataba el cordel alrededor del índice y remataba mi obra con un lacito.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó medio dormida.

—Es para no olvidarme.

—¿Olvidarte de qué? —dijo.

—De lo que quiero recordar.

—Entonces, ¿por qué no te lo atas en tu mano?

—Vuelve a dormirte. Mañana nos espera un largo día.

Ella se puso boca abajo. Al cabo de un segundo se colocó de lado y me sonrió.

—Te he hecho un hueco —dijo—. Si quieres, puedes meterte en él.

2

Mientras Maggie aún dormía, salí de la habitación sin hacer ruido para ir a buscar el descapotable azul del tío Jacques. Aunque hacía ya muchos años que mi tío había muerto y yo había heredado el coche, todavía lo consideraba como su descapotable. El tío Jacques había conducido descapotables toda su vida, siempre con la capota echada. Cuando le preguntaban sobre esta predilección, le gustaba decir con su acento de humorista belga: «Puede que llueva, pero yo no voy a mojarme, ¿verdad?» Y luego se ponía a reír como un bendito, como si no hubiera estado dando la misma respuesta mil veces antes. Cuando yo tenía dieciséis años leí en un libro de historia que uno de los reyes franceses (¿Luis XIII? ¿XV?) había dicho, «Après moi, le déluge», algo que se parecía mucho a lo que mi tío Jacques diría. A decir verdad, si de historia europea se trataba, yo me imaginaba a cualquier déspota francés con el rostro del tío Jacques. La decapitación de Luis (¿XVI? ¿XVII?) hacia el segundo trimestre constituyó para mí una fantasía especialmente agradable.

Después de la muerte de mis padres, mi hermana Bess y yo no teníamos adónde ir y tío Jacques, el hermano de mi madre, nos acogió en su casa. Sabía que yo había de sentirme agradecido y a veces incluso lo estaba.

Ir a recoger el coche significaba desayunar con Bess. (El coche estaba aparcado en el garaje de su apartamento.) En aquella época Bess se preocupaba mucho por las cosas. Escribía cartas a los editores de las revistas, participaba en manifestaciones, se encargaba de imprimir folletos y recoger firmas (siempre utilizaba papel reciclado para ello), acudía a reuniones, se encadenaba a edificios, inspeccionaba detenidamente las etiquetas de los productos y se preocupaba demasiado por su hermano. En pocas palabras, hacía todo cuanto una persona *debe* hacer.

Mientras desayunábamos le dije a Bess que iba a llevarme el coche para ayudar a Maggie a transportar las cosas que tenía en la universidad a su casa.

—Me preocupan mucho una serie de cosas —dijo Bess frunciendo el ceño. No especificó cuáles eran esas cosas y yo la conocía lo suficiente como para saber que no debía preguntárselo. Además me lo acabaría diciendo de todos modos—. Me preocupa mucho una serie de cosas —repitió sirviendo el *porridge* en los boles. [Jane, no sabría decirte exactamente en qué se diferencia el *porridge* de las gachas de avena, creo que el *porridge* es más consistente que las gachas, por eso lo asocio con tu tía.]

Comimos durante cinco minutos sin decir nada.

—Me preocupa mucho la forma cómo has elegido vivir —dijo Bess cuando ya no pudo soportar más aquel silencio.

Como no era una pregunta directa, decidí no abrir la boca.

—Te quiero —dijo ella— pero estoy muy preocupada por ti.

—Estoy pensando en pedirle a Maggie que se case conmigo —respondí.

Bess lanzó un suspiro y se puso a recoger la mesa.

—A decir verdad creo que ya lo he hecho.

—¿Lo has hecho o no? —me preguntó Bess.

—No estoy seguro.

—Habrías de saber si lo has hecho o no —respondió.

—Pues no sabría decírtelo —dije dudando—. Si ella lo recuerda, entonces lo hice. Y si no, no lo hice. Pero en realidad nunca llegué a hacerlo. Quiero decir que no se lo dije con muchas palabras. Supongo que no me importaría si ella creyera que lo hice.

Bess sacudió la cabeza y luego me abrazó. Cuando abrió la boca para decirme algo, comprendí que no podría soportar lo que iba a oír.

—Maggie y yo hemos de ponernos en camino si queremos llegar a su casa a una hora razonable —dije.

—¿Dónde vive? —preguntó Bess.

—No estoy seguro. De hecho sólo me dijo que vivía lejos, pero dando a entender que la distancia era factible en coche.

Bess suspiró de nuevo y abrió la boca para decir algo.

—Ya sé, vas a decirme que debería saber de dónde es antes de casarme con ella.

—Pues no, para tu información iba a decirte que si puedes elegir la ruta, evites tomar la carretera 95 durante el próximo par de horas porque ha habido un accidente con un camión de gasolina. Aunque sin duda sería bueno saber dónde vive antes de que intentes llevarla en coche hasta allí.

—Maggie viajará conmigo. Puede indicarme el camino.

—¿Y si se queda dormida?

—La despertaré. —Bess sacudió la cabeza.

—Me preocupa —dijo ella—, me preocupa mucho esta situación.

Como ya estaba preocupada, decidí preguntarle algo que realmente quería saber.

—Cuando una mujer dice que está «maldita», ¿a qué se refiere?

—Mmmm..., ¿tenía que ver con la menstruación?

—No lo creo.

—¿*Maldita*? ¿Quién está *maldita*?

—Nadie. Sólo quería saber si la palabra «maldita» tiene alguna connotación especial. Me refiero para una mujer.

—¿Acaso dijo Maggie que estaba «maldita»?

—¡Claro que no! Es para mi trabajo —insistí patéticamente—. Estoy traduciendo una de las cartas de Hannah Arendt.

Bess arqueó una ceja.

—Cuando una mujer dice que está «maldita», lo único que uno puede hacer es creerle.

Bess conoció a Maggie por casualidad en un cine. Maggie y yo íbamos a ver una película, y Bess estaba saliendo de otra.

—Tú debes de ser L... —dijo Bess. (L... era la novia que yo había tenido antes de conocer a Maggie.)

—No, no lo es —respondí rápidamente—. Ella es Maggie.

—¿Vais a ver esa película? —dijo Bess señalando el cine que había a su derecha.

—Sí —contesté.

—Es malísima —observó Bess—. Pero a *él* le gustan las películas que no valen nada. —Miró a Bess de pies a cabeza—. Tu pelo es muy rojo —comentó.

—Lo sé —admitió Maggie.

—Tú pareces llamarte más L... que Maggie —le dijo Bess—. ¿De veras te llamas Margaret?

Maggie hizo una pausa antes de contestar.

—A veces —respondió ella.

Colocamos todas las cosas de Maggie en el asiento trasero del descapotable de Jacques. Como la caja que ponía MARGARET TOWN: VARIOS no cabía, tuvimos que dejarla en mi apartamento. Nos pusimos en marcha a las tres de la tarde.

Antes de entrar en el coche levantó la mano para mostrármela. El cordelito seguía atado en su índice. Yo ya estaba empezando a dudar de si había sido una buena idea.

—Estoy comprometida —dijo ella.

—¿Con quién? —le pregunté tímidamente.

Mantuvo en alto su mano izquierda.

—Es para no olvidarme —respondió.

—¿Para no olvidarte de qué exactamente?

—De que estoy comprometida.

Contemplé el cordel, estaba empezando a deshilacharse.

—Se está deshilachando.

—Ya lo sé —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pensaba proteger los extremos con una cinta adhesiva. —Se sacó un rollo de cinta adhesiva del bolsillo y cortó dos pequeñas tiras—. ¿Me ayudas? No puedo hacerlo con una sola mano.

—¿Y por qué no te lo desatas?

—¡Oh, no! Nunca haría semejante cosa. —Negó con la cabeza y me entregó una de las tiras—. Porque me lo ató el hombre que me pidió que me casara con él.

—Aunque te lo desataras y te lo volvieras a atar, él nunca lo sabría.

—Pero yo sí —dijo ella—, y además necesitaría que alguien me lo atara de nuevo.

—Tu novio...

—Mi prometido —me corrigió—, mi prometido. —Le gustaba decir la palabra «prometido».

—Tu prometido debe de ser un cabrón.

—Mi prometido es maravilloso.

—O un racán. —Terminé de proteger el segundo extremo del cordel—. Ya he acabado.

—Gracias —dijo ella—. Y mi prometido no es un racán.

—Si dispusiera de un ovillo de cordel este tío podría casarse con la mitad de las

chicas de Boston.

—Mi prometido nunca haría eso. —Estaba dolida, yo podía verlo.

—Lo siento.

—¿Crees realmente que con un anillo de verdad hubiera sido distinto? Un montón de hombres han regalado un anillo de compromiso a un montón de mujeres y... —Su voz se fue apagando.

—No, tienes razón —le respondí con vehemencia—. Antes sólo estaba bromeando.

—Me gusta mi anillo de cordel —insistió. Le cogí la mano y ella la retiró—. Ahora me has hecho sentir como si no valiera nada —dijo con una sonrisa compungida.

—Lo siento, no pretendía hacerlo —respondí.

—Quizá no sea más que una estupidez. —Lanzó un suspiro—. ¿Por qué los hombres no llevan anillos de compromiso? Al pensar en ello me doy cuenta de que es insultante.

Negué con la cabeza.

—Un anillo de compromiso no es más que una letra escarlata^[1].

—O un cinturón de castidad —añadí.

Ella se echó a reír.

—El año pasado subastamos un par de ellos. Los encontré yo misma en un viejo granero de Pensilvania. —Hacía poco que Maggie había terminado de hacer las prácticas en una casa de subastas, pues quería ser tasadora.

—¿Quién los adquirió?

—Un profesor del Departamento de Estudios de la Mujer de la universidad compró uno, alguien que se dedicaba a adquirir esta clase de objetos se quedó con el segundo y yo no sé por qué compré el tercero.

Arqueé una ceja.

—Nadie más lo quería. Supongo que me dio pena. Si quieres que te lo preste está en la caja que pone VARIOS.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Te has fijado alguna vez que el tiempo verbal de la palabra «comprometido» es en pasado? —me preguntó—. Bueno, técnicamente no es así. Quiero decir que «comprometido» puede ser tanto el pasado como el participio del verbo «comprometerse», pero cuando se refiere al matrimonio, «comprometido» se convierte en un adjetivo. De algún modo la palabra suena horrible, ¿no crees?

—A mí no me costaría nada desatártelo —le dije mirando su anillo de cordel—. Ojalá te hubiera comprado uno de verdad, así no sería tan fácil desatarlo.

Maggie asintió con la cabeza metiendo el meñique en el lacito.

—En realidad, un anillo de verdad puedes perderlo sin darte cuenta, en cambio para quitarme éste he de proponérmelo de veras.

—O alguien debería proponérselo. —Me incliné, le besé la mano y agarré con los

dientes uno de los extremos protegidos del cordel. Me costó desatarlo más de lo que creía, pero ella no me lo impidió—. Debería haberlo atado con un nudo doble —dije.

—La próxima vez mi prometido lo hará —respondió ella.

—¿Cómo sabes que no estaba bromeando? —le pregunté.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que si alguien no te dio más que un pequeño trozo de cordel, ¿cómo sabes que te estaba pidiendo en serio que te casaras con él?

Ella se echó a reír.

—Supongo que no lo sé. Creía que iba en serio, pero no puedo asegurarlo. —Volvió a reír—. Y además no estoy segura de si importa demasiado.

[Al verlo en retrospectiva, Jane, pienso que aquel cordelito tal vez fue un poco prematuro. Pero he de decir en mi defensa que conocía lo suficiente de ella como para saber que quería conocer el resto, sabía tanto de Maggie como ella quería, y conocía tantas cosas de ella como nadie ha llegado a conocer acerca de alguien. ¿Y acaso el amor no es más que curiosidad al principio? ¿Qué es lo que hace que sigamos leyendo un libro? ¿La primera frase? No está mal. ¿El primer capítulo? Es interesante. Y cuando ya casi has llegado al tercero, te dices, ¿por qué no seguir leyéndolo?]

—Lleva tú el coche durante la primera etapa —dijo Maggie sentándose en el asiento del pasajero al tiempo que cerraba la puerta con energía.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

—En el norte del estado de Nueva York, entre Marlboro y Newburgh —respondió—. Como al llegar es fácil perderse, yo conduciré durante el último tramo —añadió y luego apoyó la cabeza contra la ventana y cerró los ojos.

Aunque parezca raro —observó ella con los ojos cerrados— me llamo como el lugar del que procedo. He preferido decírtelo ahora para que no te sorprendieras.

—¿Qué quieres decir?

—Soy de un lugar llamado Margarettown —respondió—. No tiene ninguna importancia, sólo pensé que si no te lo decía podía parecerme extraño.

La miré para ver si me hablaba en serio: tenía los ojos cerrados, pero por la expresión de su boca deduje que no estaba bromeando. No sé por qué, pero me eché a reír.

—Supongo que te pusieron el nombre de tu ciudad y que no fue a la inversa —le pregunté.

Ella también se echó a reír.

—Nunca lo he sabido con certeza —respondió.

Nos alojamos en un motel que había cerca de Connecticut. Maggie se quiso quedar en él porque en la entrada había un cartel que prometía UNA CAMA DE AGUA EN CADA HABITACIÓN, y ninguno de los dos había dormido nunca en una.

La habitación no sólo olía a humedad, sino también a tabaco. La cama de agua de Maggie tenía forma de corazón y parecía un poco deshinchada en el medio. Cerca de los pies de la cama había un siniestro charquito de agua. En general, parecía más un hotel barato de Las Vegas que de Connecticut. Los dos estábamos exhaustos y nos acostamos sin apenas discutirlo.

Nos quedamos tendidos en la oscuridad. Cuanto más quietos intentábamos estar, más se balanceaba la cama. Yo estaba cansado, pero no podía dormirme.

—Cierra los ojos —me dijo ella.

Los cerré.

—Es fácil imaginar que estamos en un barco —me susurró Maggie—. Es fácil imaginar que estamos perdidos en medio del mar.

—¿A qué te referías cuando dijiste que estabas maldita? —le pregunté.

—¿Y tú qué tenías en mente cuando me ataste el cordelito alrededor del índice? —respondió.

—No fue más que un gesto —dije en voz baja.

—¿Lo ves? —contestó ella—. No puedes dar demasiado crédito a lo que te dicen en la cama.

—Parece la predicción de una galletita china —respondí—. No puedes dar demasiado crédito a lo que te dicen... *en la cama*.

Maggie gruñó (amigablemente, creo) y yo cabalgué sobre la cresta de la ola resultante.

3

Bess dice que debería escribir el texto con más sencillez y no intentar redactarlo como si fuera una novela. Le pregunto: «Si no has escrito nunca nada en toda tu vida, ¿cómo puedes saberlo?» Y ella me responde: «Para reconocer un buen texto, no es necesario ser escritor».

«Los mejores escritos son claros, precisos y no demasiado poéticos», me dice.

«¿Como *TV Guide*?», le contesto sarcásticamente.

«Sí, exactamente —me responde ella—, porque el estilo de esta clase de publicaciones es ideal para los temas que tratan.»

Además, Bess añade que he escrito demasiadas cosas de Margaret y de mí en la cama, y que ningún hijo querrá leer tanta información sobre sus padres en la cama.

«¿Y tú qué sabes si nunca has tenido hijos?», le respondo.

«Te crié a ti, ¿no es verdad?», me contesta.

«Lo que más me preocupa —dice ella—, es la parte del principio que trata sobre tu apartamento. Recuerdo aquel apartamento, lo recuerdo muy bien, y las ventanas se encontraban a una considerable altura.»

«¿Y acaso eso importa?», le digo.

«Claro que sí. Tú describes que ves el sol reflejado en la acera mientras se supone que estás tendido en la cama. Pero te aseguro que es imposible ver la acera si estás echado en la cama. El ángulo no es el correcto.»

«¡Oh, Bess! —le respondo—, no es más que una licencia dramática. Necesitaba encontrar una forma de expresar el paso del tiempo.»

«Pues creo que deberías ser más exacto», me dice.

Todo el mundo utiliza alguna licencia dramática y quienquiera que lo niegue es un mentiroso.

«Y además —observa—, yo nunca me encadené a un edificio. Ni nunca creí que ella fuera L..., soy muy consciente de la diferencia entre L... y Margaret. Y a Margaret no la vi por primera vez en el cine, sino cuando os invité a cenar a mi casa. Y en aquella época el tío Jacques aún no había muerto. No puedo confirmar ni negar las otras partes porque yo no estaba allí. Pero no creo que Margaret invitara a alguien que ni siquiera conocía a la cama. ¿Y qué es esa historia de que estaba “maldita”? No recuerdo habérselo oído decir nunca. En absoluto.»

«Es mi versión —le digo a mi hermana—. Por suerte Jane te tendrá a ti y tú podrás contarle la tuya siempre que quieras.»

«Y no deberías escribir que robaste muebles de la universidad.»

«Bess —le digo—, lo que estoy escribiendo es sólo para Jane. Además ocurrió hace quince años. Dudo que alguien intente localizarme. Y aunque lo hiciera, yo ya me habré ido de este mundo en seis meses.»

«¡No digas eso! —exclama ella—. Te lo ruego.»

«Me estoy muriendo —le digo—. Me han jugado una mala pasada, pero no hay

forma de evitarlo.»

«Gracias por aquella parte que trata sobre el *porridge* —me dice Bess con una voz más dulce—. Siempre pensé que era demasiado consistente.»

Y por fin me deja solo. Y he de admitir que me alegro de que se vaya. Lo cual no quiere decir que ella no tenga una cierta razón sobre mi prosa. Es cierto, debería exponer mi propósito con más claridad.

Jane, te escribo porque tu madre murió y yo también me estoy muriendo.

Después de mi muerte, irás a vivir con tu tía Bess, que es una mujer encantadora y sensible. Por supuesto, Bess no es realmente tu tía en el sentido biológico. (Una rápida ojeada a sus voluminosos pechos y caderas te confirmará este punto más allá de cualquier duda.) Sin embargo, te animo a que la llames tía Bess. En esta vida, Jane, tu familia adoptiva es lo único que te queda.

Tu madre murió cuando tenías seis años, pero no has de sentirte triste por ello. Te tuvo en los últimos años de su vida y tu llegada le produjo una gran alegría.

No nos culpes demasiado por haberte llamado Jane. Tal vez parezca la clase de nombre con el que los padres cargan a una hija cuando están demasiado aburridos o no tienen ganas de pensar en otro mejor. Pero en tu caso deliberamos mucho antes de elegir el nombre de Jane. Tu madre detestaba los apodos (su propio nombre era uno de los muchos sobrenombres de Margaret) y quería ponerte un nombre que careciera de ellos. «Una Jane siempre será una Jane», dijo cuando naciste. Y a mí me parece que no había (ni hay) nada malo en ser una «simple Jane», si por «simple» uno se refiere a alguien sincero, sencillo y estable. Yo siempre quise tener estas cualidades, sin conseguirlo demasiado.

Tu madre, Margaret, nació el año de 19... en Margarettown. (Nunca estuve del todo seguro de si se llamaba como la ciudad o de si la ciudad se llamaba como ella.) Su segundo nombre era Mary. «Si me hubieran llamado Mary Margaret en lugar de Margaret Mary —dijo en una ocasión—, sospecho que mi vida habría sido mucho más fácil.» El apellido de Margaret fue Towne hasta el día que tomó el mío. Poco después me lo devolvió y fue de nuevo Margaret Towne una vez más y para siempre.

Cuando nació era Margaret. De niña era May; de adolescente, Mia; y de adulta, Marge. Al morir, volvió a ser Margaret. A lo largo de su vida también hubieron otras iteraciones: la anciana Margaret de cabello canoso, la sexy e imposible Maggie a la que yo adoraba, la maniacodepresiva Greta, y otras, muchas otras. Hubieron un montón de Margaret Townes. A veces me pregunto: ¿cómo pudo Margaret haber sido tantas mujeres a la vez? Y la respuesta es, Jane, que tu madre era la mujer más extraordinaria del mundo y la más común.

Yo conocí a todas estas Margaret Townes y ahora se han ido. ¿Debería admitir que amé a la mayoría pero no a todas? Tal vez si hubiera conseguido amar a Marge, aunque fuera un poquito, las otras Margarets habrían durado más tiempo. Quizá... pero me estoy adelantando a los hechos.

Nuestra historia empezó realmente con la llegada del personaje más ruin de

Margarettown: yo. Sí, Jane, es cierto. Hace muchos años tu querido padre fue un embaucador, un mentiroso y un absoluto bastardo. Era lo que se conoce como un canalla. Por más que odie admitirlo, fui, en algunas ocasiones, el villano de esta historia. Y en otras, el amante interesado. En la vida el villano y el amante interesado son la misma persona más a menudo de lo que uno cree. Se dice que un amante suele ser un ladrón y, en realidad, es difícil amar a alguien sin robarle algo. Si fueras mayor, tal vez me lo discutirías. Quizá dirías que el verdadero amor no roba nada. Que deja a la persona intacta. Pero estarías equivocada, Jane. El amor es un codicioso niño que gatea que sólo conoce la palabra «mío».

Aunque cuando tú eras pequeña, Jane, conocías muchas otras palabras aparte de «mío». Una de tus preferidas (tal vez fue la primera) era «limón».

En el coche, Maggie me comentó:

—Cuando te dije que estaba maldita, sólo me refería a que mi familia es un poco excéntrica. Creo que sólo estaba nerviosa al pensar que ibas a conocerla.

—Es muy lógico —le respondí.

—Mis... —hizo una pausa—, mis tías tienen la estúpida idea de que fui a la universidad para pescar a un hombre.

—¡Oh!, supongo que esta forma de pensar es muy típica.

—¿Lo es? —Su voz sonaba optimista.

—Entre las mujeres de una cierta generación, sí, creo que así es.

—Mis tías son muy anticuadas, pero creo que fui un poco exagerada. —Se echó a reír—. A veces, en medio de la noche las cosas parecen tan insoportables, ¿no es cierto? En medio de la noche todos somos unos niños.

Asentí con la cabeza.

—Es muy interesante que tú y la ciudad tengáis el mismo nombre —le dije.

—Sí —respondió.

—¿Hay alguna historia sobre ello?

—Sí —contestó.

—¿Te gustaría contármela?

—En algún otro momento, quizá —contestó ella—. Por cierto, cuando quieras que conduzca, dímelo.

—De acuerdo —respondí.

—¡Ah!, me olvidaba de decirte que no hay ningún hombre —dijo ella.

—¿Dónde?

—En mi casa. Todos murieron o se fueron. La mayoría se han ido más que muerto.

—¿Estás intentando decirme algo? —pregunté.

—No —contestó—. Sólo te estaba informando. Conocemos tan pocas cosas el uno del otro.

[Tal vez te parezca extraño que Margaret y yo nunca hubiésemos hablado con lujo de detalle de nuestras familias. Como tuve una infancia más bien desdichada, no suelo presionar a los demás para que me hablen de la suya. No es cierto que dos personas que se aman hayan de saberlo todo cada una de la otra. El amor ha de dejar de vez en cuando un cierto espacio.]

Hacia el mediodía Maggie cogió el coche. Se me ocurrió que era la primera vez que yo viajaba con ella como pasajero. La carretera era intrincada y sinuosa.

—Siempre decimos bromeando —comentó Maggie— que la única forma de llegar a Margarettown es intentando perderse.

Pasamos ante un campo de manzanos. La fruta se veía madura, aunque fuera el principio del verano.

—No sabía que hubiera manzanas en esta época del año —dije.

—Ahora ya lo sabes —respondió. Detuvo el coche en el arcén. Cogió una manzana que colgaba fuera de la valla y me la ofreció. Pruébala.

—Sabe bien —dije, y entonces ella me la dio. En realidad, la manzana no era demasiado buena. El primer bocado había sido engañosamente dulce, pero a medida que me fui acercando al corazón, se volvió cada vez más amarga.

Puso la radio y una canción conocida empezó a sonar:

*Y es inútil que enciendas la luz, nena,
esa luz que nunca conocí.*

*Y es inútil que enciendas la luz, nena,
estoy en la parte oscura de la carretera.*

—Me encanta esta canción —dijo ella—. La he oído un millón de veces y no me importaría oírla un millón más, ¿sabes? —Subió el volumen.

*Pero ojalá hicieras o dijeras algo
para intentar que cambie de idea y me quede.
De todos modos nunca hablamos demasiado,
pero no te lo pienses más, está bien.*

—Podría estar escuchando esta canción durante el resto de mi vida —observó—. Cada vez que la oigo, suena distinta.

—¿No serás tú la que es distinta? —le sugerí.

—Tal vez —respondió.

—¿Cuál es la historia de Margarettown? —le pregunté.

—¡Oh!, todas las historias se parecen, ¿no crees? Los hombres y las mujeres se enamoran o se desenamorán. La gente nace, la gente muere. Todas las historias tienen un final feliz o triste, y la diferencia sólo les importa a los implicados. —Tocó el claxon tres veces, como si fueran unos puntos suspensivos, y luego volvimos a ponernos en marcha—. En cierto modo, todos los hombres y mujeres se parecen —dijo.

La mayoría de lugares también se parecen. La única forma de saber que has llegado a alguna parte es por la presencia de una señalización. Voy ahora a describir la de Margarettown, aunque en realidad no la vi hasta un mes después de mi llegada.

La señalización (un rótulo desgastado y corriente de madera) ponía: BIENVENIDO A y luego decía debajo con unas letras más grandes _ARGARETTOW_ (la «M» y la «N» por lo visto habían abandonado la ciudad junto con todos los demás). La señalización era como tantas otras de cualquier lugar. En la línea inferior, donde tendría que haber aparecido la población, había dos

indescifrables dígitos capicúa. La población debía de haber sido de 00 o 99 habitantes, lo único de lo que estoy seguro es que nunca llegó a las tres cifras. Un viajero común apenas se fijaría en la señalización, o ni siquiera en la ciudad. Margarettown se parecía mucho al lugar por el que uno pasa al ir a alguna otra parte. Si en cualquier sitio que te encuentres giras dos o tres veces hacia una dirección equivocada, acabas en un lugar parecido.

Como había dormido muy poco las dos últimas noches, el sueño me venció poco después de detenernos en el campo de manzanos. Era la primera vez que viajaba con Maggie siendo yo el pasajero y conocía relativamente poco si conducía con destreza; quizá fue una insensatez desabrocharme el cinturón para estar más cómodo.

Me sumergí en lo que para mí se había convertido en un sueño recurrente en aquella época. En realidad, lo soñaba tan a menudo que lo anoté en un diario de sueños que Bess me había regalado por Navidad. [Tu tía siempre compra los peores regalos que uno pueda imaginar; casi los espero con ansia porque son espantosos.] Esto fue lo que escribí:

Me encuentro sobre un colchón en medio del mar. Estoy haciendo el amor con una mujer, pero no estoy seguro de quién es ella. No puedo ver su rostro porque su cabello (claro, de color rubio o pelirrojo) lo oculta. Intento apartarle el pelo de la cara, pero me cuesta. Cuando por fin lo consigo, descubro que no tiene rostro. A veces hay una variación en el sueño: su cara se convierte en un espejo y yo me veo reflejado en él, sólo que mi rostro es el de un hombre muy viejo.

Este sueño me pareció increíblemente molesto por su recurrencia, su torpe simbolismo y su melodramático carácter ominoso. ¡Qué juveniles y embarazosos son siempre nuestros sueños!

Cuando desperté, descubrí que Maggie se había dormido al volante, tal como suena, y estábamos a punto de despeñarnos por un pequeño puente de madera y caer al río que discurría por debajo.

Intenté despertarla.

—¡Despierta! —grité.

Un segundo más tarde, otra voz me respondió «despierta, despierta, despierta, despierta», pero no era la de Maggie, sino la mía, aunque al principio no la reconocí. Más tarde me enteré de que en Margarettown había un eco.

—¡Maggie! —grité—. ¡Margaret!

—Margaret Margaret Margaret Margaret Margaret —repitió el eco.

La zarandeeé y al final abrió los ojos. Me sonrió, con una expresión dulce y adormilada.

—Estaba teniendo un sueño de lo más encantador —dijo.

—Sueño sueño sueño sueño sueño —repitió el eco.

—¡Maggie, nos vamos a matar!

—Matar matar matar matar matar —repitió burlonamente el eco.

—¡Joder! —exclamó ella.

—Joder joder joder joder joder —repitió con jocosidad el eco.

En el último momento Maggie pisó a fondo el freno. Su maniobra salvó al descapotable de Jacques y a ella misma de un grave accidente, pero al haberme yo quitado el cinturón, no tuve tanta suerte.

No te asustes, Jane. Todavía no me muero. Lo hago poco antes del final de mi historia, como todo buen narrador debe hacer. La única lesión que sufrí es una pierna rota por tres puntos distintos.

Al principio había planeado acompañar a Maggie hasta su casa, conocer a su familia, quedarme un par de fantásticos días, y volver a mi apartamento del sótano para preparar mi tesis. Pero es obvio que no fue así. Acabé pasando en Margarettown todo el verano (y podía haber sido más tiempo).

Así que cariño acurrúcate, porque voy a contarte una historia. Me han dicho que se parece a un cuento de hadas, pero la mayoría son así (al menos al principio). Si de vez en cuando te parece inverosímil, te pido perdón. Algunas partes las he olvidado y, otras, he decidido olvidarlas. El hombre sin memoria escribe unos recuerdos ficticios. (Creo que es una cita, aunque he olvidado de quién.)

Pero ¡ya basta de excusas! La única forma de empezar a narrarla es haciéndolo de la forma habitual.

Érase una vez

1

No recuerdo quién me dijo que la casa se llamaba Margaron. ¿Quizá nadie lo hizo? ¿Tal vez lo leí en alguna parte? No recuerdo si lo ponía o no en la entrada de la casa. Sólo recuerdo vagamente aquellos primeros días en Margarettown.

Tampoco recuerdo que me llevaran a Margaron. (Es extraño llegar a un lugar sin tener idea de cómo ha sido.) Al unir el recuerdo de mi llegada a otros recuerdos precedentes, supongo que debió de ocurrir algo parecido a esto:

Cruzas con el coche un puente que hay sobre un lago, junto a un precipicio. Más allá del puente hay dos polvorientas carreteras paralelas que se van acercando hasta acabar llevando al mismo lugar: a un pozo. Más allá del pozo hay dos pequeñas colinas, y al otro lado, entre las dos colinas, se encuentra Margaron. Algunas veces la casa parece beige y, otras, casi amarilla, depende de la luz. La casa tiene tres plantas, pero si se observa desde el este parece tener sólo una. Una incorporación posterior a su construcción, una idea adicional, estropea la parte oeste. Margaron, a diferencia de otras casas del lugar, tiene un techo de tejas rojas que desentonan con el conjunto. El jardín de la entrada es inmenso y no del todo llano. Un estrecho camino blanco conduce a la entrada, pintada del mismo color que el tejado. A cada lado de la puerta cuelgan dos faroles de cristal. Aunque no pueda verse desde la parte frontal, el jardín trasero está totalmente deteriorado. (Hubo un tiempo en que se planeó construir en él una piscina.)

Como al principio no me enseñaron de manera formal Margaron, nunca llegué a hacerme una idea de su geografía. Estaba descubriendo constantemente algo nuevo. ¿Hubo siempre un lago? ¿Hubo siempre una cabaña sobre un árbol en el jardín de la entrada? ¿Hubo siempre un cuarto de baño en el tercer piso?

Margaron parecía maleable, pero quizá todas las mujeres son así.

Cuando por fin desperté una semana después del accidente, vi que me habían instalado en el primer piso de Margaron. Al principio creí estar en la habitación de los invitados. Pero más tarde descubrí que era la de Marge, y ella no estaba demasiado contenta de habérmela prestado.

Yo tenía la pierna escayolada suspendida de una polea y una mujer muy vieja estaba sentada junto a la cama.

Era tan vieja que yo ya no podía considerarla una mujer. Supuse que debía de tener casi cien años. Sus ojos eran de un acuoso color marrón. Sus dientes eran amarillos (los naturales) e increíblemente blancos (los postizos). Sus uñas, largas y de puntas afiladas. Estaba delgada como un palillo y llevaba un vestido de tweed oscuro, medias elásticas y zapatos negros ortopédicos. Parecía aseada, pero de su cuerpo se desprendía un característico olor a viejo. Se había pintado los labios de forma exagerada, para una mujer de su edad, de color rojo oscuro. Con los labios pintarrajeados de esa manera su boca parecía en cierto modo desconectada de su persona y anormalmente joven.

—Soy la anciana Margaret —dijo ella.

—Yo soy...

—Ya sé quién eres —añadió interrumpiéndome.

—¿Es usted un familiar de Maggie? —le pregunté.

—Supongo que sí. —Se echó a reír. Me fijé en su boca.

—Me refería a *cuál* es su parentesco con ella.

—En realidad, soy yo quien debería preguntarte qué relación tienes con Maggie.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Qué querías decirle cuando le ataste aquel cordoncito alrededor del índice?

—Pues... —empecé a decir—. ¿Se lo ha contado ella?

—Sólo estaba bromeando —sonrió; su sonrisa sólo era ligeramente horripilante.

¿Te importaría si fumo?

Moví la cabeza para indicarle que no.

—No se lo digas a nadie —añadió.

La anciana Margaret abrió la ventana y encendió un cigarrillo.

—Greta te hubiera pedido que se lo encendieras. Era muy anticuada, pero yo no lo soy. Por supuesto, no me habría importado, habría sido un gesto muy caballeroso por tu parte, pero como estás en cierto modo incapacitado, hay que hacer algunas concesiones.

Quienquiera que fuera Greta, ¿tendrá Maggie el mismo aspecto a los cien años?, pensé.

—No —respondió la anciana Margaret—, ella no fuma. Yo empecé a fumar a los trece años. Fui una niña muy precoz. En aquellos tiempos no nos preocupábamos por el cáncer, los enfisemas o todas esas sandeces. Además sólo tengo setenta y siete

años, aunque ya veo que has creído que tenía más. Después de todo sólo somos expertos en determinar nuestra propia edad. Todos los demás nos parecen viejos o jóvenes y, en cierto modo, todo aquel que es más viejo o más joven que uno dejamos de considerarlo un ser humano.

—¿Acaso he dicho lo que estaba pensando?

—Puedo leer la mente —repuso—. Fue un don que adquirí después del cambio. Además de la habilidad de oler las emociones de los demás. En realidad, creo que forma parte del mismo don. —Se puso a oler el aire—. Tú hueles a lesionado, pero supongo que salta a la vista por qué. ¿Te duele la pierna?

—No demasiado. Pero la escayola me molesta.

—No te duele porque te han dado muchos calmantes, pero pronto te dolerá. A mí me hicieron dos intervenciones quirúrgicas para implantarme las caderas artificiales, por eso sé de lo que te estoy hablando. Has de estar en la cama al menos dos semanas —dijo dándome unos golpecitos en la escayola—. Es lo que Maggie ha dicho. Espero que no te aburras demasiado de sólo poder hablar con unas solteronas.

—Por cierto, ¿quién es usted?

—La anciana Margaret —repitió como si yo fuera corto de entendederas.

—¿Decidieron ponerle a Maggie su nombre?

—¿Decidieron ponerle a Maggie mi nombre? —repitió ella, e hizo una pausa antes de responder—. Sí, supongo que así fue.

—¿Es usted la abuela de Maggie?

—¿No crees que soy demasiado joven para ser su abuela?

—No —respondí lentamente—, creo que no.

La anciana Margaret lanzó un suspiro.

—Entonces supongo que lo soy. ¡Qué horrible!

Era evidente que ya chocheaba un poco.

—¡No chocheo! —exclamó ella—, y me parece muy cruel por tu parte incluso decirlo.

—No lo he dicho —protesté—. Sólo lo he pensado.

—A veces no puedo distinguir una cosa de la otra. En este caso, no es tan grave. Si lo hubieras dicho, me hubiera dolido muchísimo, pero como sólo lo has pensado, me duele solamente un poco.

No vi qué diferencia había.

—Si lo hubieras dicho en voz alta —observó ella—, lo habrías hecho para herirme. En cambio, no siempre podemos controlar lo que pensamos. Por ejemplo, sé que cuando entré en la habitación pensaste que olía a viejo. Y eso también tendría que haberme dolido, pero ¡quién quiere pasarse toda la vida ofendida!

—Lo siento.

—Por cierto, es por la naftalina. Desde que cumplí sesenta y cinco años las polillas empezaron a darme muchos problemas. ¿Por qué crees que es?

—No lo sé.

—¿Por qué la gente joven nunca tiene problemas con las polillas? —me preguntó —. Las polillas siempre van con los ancianos, ¿no crees?

—Si no le importa, estoy un poco cansado —dije.

—Claro, querido —respondió—. ¡Qué desconsiderada he sido! —Apagó el cigarrillo y se dirigió renqueando hacia la puerta, el implante de caderas la había dejado con una pronunciada cojera.

—¿Quién más vive aquí? —pregunté.

—Yo, Marge, Mia y May. Y ahora también ha vuelto Maggie. Lo más probable es que no veas demasiado a May, porque prefiere estar fuera, al aire libre. En el pasado había una persona más, pero se fue y ya no volverá, se fue para siempre.

—¿Y todas son... —dije intentando recordar el parentesco— las tías de Maggie?

—¡Oh, sí! —respondió—. O algo por el estilo. Lo siento si te he cansado con mi charla. ¿Sabes que de niña era muy callada? ¡Qué extraño que a estas alturas descubra que tengo tantas cosas por decir!

Cerró la puerta con una gran delicadeza. En realidad, era como si hubiese tardado diez minutos en cerrarla. Te lo aseguro, Jane, hubiera preferido que la hubiera cerrado de un portazo.

Minutos, horas o días más tarde (cuando se está bajo los efectos de una fuerte medicación resulta difícil calcular el paso del tiempo), al despertar me encontré a Maggie acurrucada a mi lado como un gato. Sólo tenía un ojo morado y aparte de esto no parecía haber sufrido ningún otro daño.

—¿Hace mucho que estás aquí? —le pregunté.

—Un ratito. No quise despertarte. —Me miró la pierna y rompió a llorar—. ¡Lo siento, me dormí! Probablemente piensas que soy la peor conductora del mundo —dijo tirando del cordoncito que volvía a llevar en el dedo.

—Estabas cansada. —No tenía ningún sentido ser duro, sobre todo con las mujeres que ya lo son consigo mismas—. No debí quitarme el cinturón.

—Soy la peor conductora del mundo. Admítelo.

—No...

—¡Admítelo! —me pidió.

—Quizá lo seas, pero no tienes idea de cómo conduce la gente. Te lo aseguro. Conseguiste evitar que tanto tú como el coche sufrierais un grave accidente. Si no hubieras reaccionado con tanta rapidez al despertar, podríamos haber muerto los dos.

—Soy una inútil. Un desastre. Una maldita plaga, eso es lo que soy.

—¿Te sentirías mejor si admitiera que eres la peor conductora que conozco?

—¡Sí! —Y de pronto se echó a reír. Maggie era así. Pasaba de la risa al llanto en menos de un segundo. A ella o le *encantaba* (en cursiva) algo o lo *odiaba* (en cursiva). Era muy impulsiva. Aunque a mí me resultaba excitante este rasgo de su carácter, sospecho que a Maggie no le era fácil vivir con él.

Como la habitación en que me encontraba era muy pequeña, al principio sólo venía una persona a verme cada vez. Aparte de Maggie y la anciana Margaret, sé que

también vinieron Marge y Mia. Debido a una generosa administración de calmantes, los detalles de estos encuentros siguen siendo para mí confusos. [Durante mi período horizontal la única que no apareció nunca fue May, la más joven de todas; en aquella época yo creía que era la prima o la sobrina de Maggie. May tenía entonces siete años, el doble de la edad que tú tenías cuando nos conocimos.] No recuerdo que me presentaran a Marge, a Mia ni a May. Era como si las conociera de toda la vida.

Me gustaría describírtelas, Jane, aunque no estoy seguro de si estas impresiones son realmente unas primeras impresiones. Bess me dijo que para los lectores y sobre todo para las chicas, era importante conocer el aspecto y el carácter de los personajes que intervienen en la narración.

Después de la anciana Margaret, Marge era la mayor. Rondaba la cincuentena y era más bien corpulenta. Su cabello era pelirrojo en las puntas y blanco en la raíz, y demasiado largo para una mujer de su edad. Llevaba un parche sobre el ojo izquierdo. En él había un ojo verde pintado que daba escalofríos. Pareció detestarme desde el momento en que me vio. Me preguntaba muchas cosas sobre mi trabajo, normalmente un signo inequívoco de que esa persona te odia. Sabía que odiaba a todos los hombres porque al principio de nuestra relación me lo dijo. «No te lo tomes como algo personal, pero odio a los hombres», me soltó Marge.

Mia tenía diecisiete años y no quería saber nada de mí. Por medio de una elaborada demostración de poner los ojos en blanco y de malas caras, me dejó claro que la habían obligado a ir a verme. (Perversamente intenté flirtear con ella un poco.) Llevaba su oscuro pelo pelirrojo de manera que le cubría casi todo el rostro. Iba vestida de negro y siempre se pintaba las uñas de ese tono o de color rojo sangre para que hicieran juego con la ropa. El excesivo maquillaje negro que se ponía en los ojos no le favorecía para nada. Estaba siempre escribiendo o dibujando algo en un cuaderno negro que no dejaba ver a nadie.

May tenía siete años y casi siempre andaba fuera de casa. Por eso estaba morena y sucia. En realidad, era difícil saber dónde empezaba la suciedad y dónde terminaba el moreno. Llevaba dos coletas. Sus rodillas estaban siempre en un pésimo estado. Tenía un yo-yo. Le faltaban los dos dientes de delante. Si le preguntabas algo, respondía soltando unas risitas y echando a correr.

De modo que, incluyendo a Maggie, aquel verano había cinco mujeres viviendo en Margarettown. Tal vez te preguntes, ¿vivía allí alguien más? La respuesta es tanto no como quizá. Es no porque Margarettown era una ciudad fantasma y estas mujeres cultivaban su aislamiento. Y al mismo tiempo es quizá porque no me importaba si vivía alguien más. En cierto modo, la impresión que te produce un lugar depende de las personas que conoces en él.

3

Una semana más tarde ya no tenía que tener suspendida en alto la pierna escayolada y pude moverme por los alrededores con muletas. La primera noche que lo hice cené con las cinco mujeres de Margarettown.

La anciana Margaret se sentó en un extremo de la mesa, y Marge en el otro. Mia se sentó a la izquierda de la anciana Margaret, y Maggie a la derecha. Yo me senté al lado de Maggie, y May frente a mí.

La comida fue poco memorable. Ninguna de las mujeres parecía haber adquirido una especial habilidad culinaria.

—Maggie, ¿qué es este sucio cordoncito que llevas en el dedo? —le preguntó Mia, que sólo tenía diecisiete años, frunciendo el ceño.

Maggie se cubrió la mano.

—Es para acordarme de algo —respondió.

—Parece que estés loca —le soltó Mia—. Igual que Greta —añadió bajando la voz.

—¿Sabías que en nuestra ciudad hay un eco? —me preguntó la anciana Margaret intentando cambiar de tema.

—Sí, lo oímos antes de tener el accidente.

—Un eco es una muy buena compañía —observó la anciana Margaret—. Siempre que me siento sola, intento encontrar alguno con el que hablar. Son mucho mejores que los espejos. Los espejos te dicen cosas muy desagradables, en cambio los ecos te apoyan mucho más. Creen que todo cuanto dices es absolutamente genial.

—Así que usted es la abuela de Maggie —le pregunté a la anciana Margaret—. Y el resto sois... ¿las tías de Maggie?

May soltó unas risitas.

—Bueno, es evidente que tú no lo eres —le dije a May.

—Tenía que habértelo contado antes con más claridad —terció Maggie—. Marge es mi única tía.

Marge se echó a reír.

—Y May es mi prima. Y Mia, mi hermana —concluyó Maggie.

—Hola, hermanita —dijo Mia.

—Mia, May y tú os parecéis mucho —observé.

—¿Verdad que me parezco a Maggie? —me preguntó Marge con maldad—. Creo que nos parecemos mucho.

Observé a Marge. No se parecía en nada a Maggie. Aparte del parche que llevaba en el ojo y del pelo rizado, tenía sobrepeso y era treinta años mayor que ella. Además el otro ojo, el que estaba a la vista, era de color negro y tenía una expresión enojada. Por más vieja que Maggie se volviera, sus ojos (¿su ojo?) nunca se parecerían al de Marge. En realidad Maggie se parecía más a la anciana Margaret, que casi tenía ochenta años.

—No veo el parecido por ningún lado —admití.

Marge resopló.

—Con el paso del tiempo lo verás —me respondió.

—¿En qué trabajas? —me preguntó la anciana Margaret.

—Es profesor —respondió Maggie por mí—. Nos conocimos en la universidad.

—Maggie, ¿no estarás acostándote con tu profesor, no es cierto? —preguntó Mia—. ¡Qué asqueroso!

—Sólo soy su profesor asistente —corregí.

—¡Tanto da, es lo mismo! Sigue siendo increíblemente asqueroso y probablemente poco ético —contestó Mia.

—¿Cuál es tu campo? —me preguntó Marge.

—La filosofía —respondí.

—¡Un filósofo! Ésa sí que es buena, Mag —soltó Mia en un tono que sólo podía ser de sarcasmo.

Marge dio un bufido.

—En una ocasión nos acostamos con un filósofo. Fue un desastre —terció ella.

No acabé de entender por qué dijo «nos» acostamos.

La anciana Margaret rió de la misma forma que Maggie.

—Fue aquel que era tan malo en la cama, ¿no es cierto? —observó—. Por más que uno filosofe, si es una nulidad en la cama, lo seguirá siendo, ¿no crees jovencito? —me dijo.

Marge volvió a resoplar. Esta vez en señal de agradecimiento. Tenía un repertorio de distintos resoplidos y bufidos.

Las cinco mujeres empezaban a abrumarme.

—¿Por qué siempre te sientes atraída por hombres que no te convienen? —Marge preguntó a Maggie—. ¿Es tan difícil encontrar a un banquero, un dermatólogo o un abogado? ¿Alguien que nos quiera y que nos mantenga cuando seamos mayores?

—¡Eh!, ¿recuerdas cuándo se enamoró de aquel hombre casado? —dijo Mia.

—¡No estaba casado! —exclamó Maggie defendiéndose—. Sólo estaba comprometido.

—¡Tanto da! —añadió Mia poniendo los ojos en blanco. ¡Aquellos ojos estaban permanentemente en blanco!

—Además no fui yo —respondió Maggie.

—Sí, fuiste tú —insistió Mia.

—No, fue Greta —terció May con calma.

Al mencionar este nombre se hizo un gran silencio en la mesa.

—Tienes razón, May, *fue* Greta —dijo Marge—. ¡Pobre Greta!

La anciana Margaret levantó su vaso de agua para hacer un brindis.

—Por Greta. ¡Dondequiera que esté!

Las demás también la imitaron.

—Por Greta —dijeron a coro.

—¿Quién es Greta? —pregunté.

—¿Sabes? Deberíamos firmar todas en tu pierna escayolada —dijo la anciana Margaret al cabo de un momento.

—No tenéis por qué hacerlo.

—¡Oh, sí!, es lo bueno que tiene romperse una pierna —insistió—. Mia es toda una artista, seguro que se le ocurrirá dibujar algo encantador.

—Sí, me muero de ganas de pasarme un montón de tiempo decorando la pierna escayolada de este vejstorio —exclamó Mia. Sacudió la cabeza con enojo y se levantó de la mesa.

—May, esta noche te toca a ti retirar los platos —ordenó Marge.

May asintió con la cabeza. Apenas había hablado durante la cena, por eso para mí fue la más agradable de todas.

—¡Eh, que sólo tengo treinta y un años! —protesté. Pero no me sirvió de nada. Todo el mundo se había levantado ya. Como no podía moverme con agilidad, me quedé sentado solo en la mesa.

[Al leer esto que acabo de escribir, me temo que no he descrito con exactitud aquella memorable cena. Las limitaciones de la prosa (o al menos de mi prosa) hace que no pueda expresar hasta qué punto estas mujeres hablaban a la vez y se interrumpían constantemente unas a otras. Aunque he reducido la conversación a un tema principal, en realidad se hablaron de varios temas al mismo tiempo. Era como hacer una subasta en una sala llena de ecos.]

La primera vez que Maggie y yo hicimos el amor en Margaron fue unas dos semanas después de aquella cena. Coincidió con el primer día en que pude subir las escaleras que llevaban al dormitorio de Maggie.

La clase de sexo que tienes en la casa donde una mujer ha pasado su infancia es de una naturaleza encantadora y al mismo tiempo ligeramente perturbadora. En primer lugar, has de practicarlo sin hacer ruido, lo cual rodea al evento de un aura de estar haciendo algo prohibido. En segundo lugar, ves todos aquellos testimonios de que ella ha vivido una vida incluso antes de que tú existieras: cartas, anuarios escolares, antiguos corpiños y minifaldas de animadora. Y en tercer lugar, si la habitación todavía conserva la decoración de su infancia, sientes un poco como si estuvieras haciendo el amor con una niña. En la habitación de Maggie la alfombra estaba decorada con unas rosas cuyo color ya estaba descolorido. La lámpara, que parecía una carpa circense, proyectaba sombras en forma de luna y estrellas por toda la habitación, en la que había dos camas individuales. En aquella época las camas individuales nos seguían por todas partes.

Maggie nunca fue una mujer demasiado ruidosa en la cama, pero los viejos muelles del somier chirriaban cómicamente. La cama sonaba como una mujer muy anciana intentando subir una montaña. Por eso estoy seguro de que todos los habitantes de la casa debieron de oírnos. (Salvo, por supuesto, la anciana Margaret, que se estaba volviendo sorda.) La culminación del acto estuvo acompañada por un golpeteo rítmico. Maggie dijo más tarde que procedía de las cañerías, pero yo sabía que había sido Marge. Y en cierto modo era como si estuviera follando también con ella. Incluso me descubrí imaginándome el desagradable rostro de Marge en lugar del de Maggie. Después de que hubiéramos terminado me di cuenta de que seguía pensando en Marge.

—Maggie, el nombre de Marge también puede ser un apodo de Margaret, ¿verdad?

—Supongo que sí —me respondió—. ¿Y...?

—Pues, me preguntaba si tu tía Marge también se llama Margaret.

Ella se dio la vuelta alejándose de mí.

—Mmmm..., supongo que sí.

—Y May, también es un apodo de Margaret. ¿No es cierto?

—Es posible.

—¿Y Mia?

—Mmmm...

—O sea, que incluyéndote a ti y a la anciana Margaret, ¿las cinco os llamáis Margaret?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Acaso importa?

—¿Y todas os apellidáis Towner? —proseguí.

—No entiendo por qué te interesa tanto.

—Sólo es una de esas cosas que a uno le gustaría saber.

—Lo siento —me dijo.

—No es más que una de esas cosas que te gusta que te cuenten.

—Te repito que lo siento, pero no veo qué importancia tiene —respondió.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Maggie lanzó un suspiro.

—Creí que ya lo sabías.

Se levantó para ir al cuarto de baño. Yo también necesitaba ir, pero en mi estado me pareció que le causaría demasiadas molestias.

—Pero ¿por qué todas os llamáis Margaret? —le pregunté cuando volvió.

—Porque ése es nuestro nombre.

—Pero ¿no es... un poco extraño? —insistí.

—Si quieres que te diga la verdad, nunca pensé demasiado en ello. Desde que tengo uso de razón ha sido así, por eso no me parece raro en absoluto.

—Pero...

—¿Sabes lo que siempre me ha gustado de ti? —dijo—. Que nunca me has hecho demasiadas preguntas sobre cualquier nuevo detalle. Me gusta que no pienses que saberlo todo sobre mí es una condición para acostarnos, invitarme a cenar o para cualquier otra cosa. Lo creas o no, me gusta que no lo sepamos todo el uno del otro.

Apagó la luna y las estrellas y se dio la vuelta alejándose de mí.

—Maggie... —le dije de nuevo.

—¿Qué? —respondió mirándome con una expresión que por primera vez me recordó el rostro de Marge. Ahora veía el parecido que tenían.

—Nada.

Maggie se dio la vuelta y se giró varias veces en la cama antes de levantarse de un salto.

—No estoy cómoda. Será mejor que duerma en la habitación del piso de abajo —dijo—. Con la pierna escayolada probablemente necesitas más espacio —añadió en un tono de voz más dulce.

Quise protestar, pero no tenía energía para hacerlo. Además, probablemente era verdad. Me dio un beso y se fue.

Aquella noche soñé que hacía el amor con Maggie, pero se le desprendía el rostro como si fuera una máscara. Y debajo de la máscara estaba Marge.

El nombre de Margaret procede de la palabra griega *margaron*, que significa perla. El nombre se integró en la lengua inglesa a través del nombre latino, Margarita, y del antiguo nombre francés, Marguerite. Margaret es el nombre femenino que más apodos tiene en inglés. Además de los de Mia, Maggie y May, otros apodos son: Grete, Margitta, Gretta, Madge, Maggy, Maisey, Maisie, Mamie, Marg, Margie, Margorie, Margy, Marjie, Meg, Megan, Meggi, Meggie, Meggy, Metta, Peg, Peggie, Peggy, Em y Marga. El nombre también puede escribirse en inglés de cuatro formas distintas (Margarett, Margarit, Margret y Margeret) y tiene veintiocho variantes (Grethe, Reeree, Marit, Magaret, Makaleka, Maragaret, Maragret, Maret, Margaretta, Margarete, Margarite, Margaritta, Margart, Margene, Margerete, Margert, Margery, Marget, Margrete, Margrett, Marguerita, Marguerite, Margueritte, Marjorie, Marjory, Markita, Marquerite y Maretta). Además existe en muchos otros idiomas: Margareta en búlgaro, croata, alemán y serbio; Marka o Marketa en checo; Margrethe o Margit en danés; Margriet en holandés; Marketta o Marjatta en finlandés; Margret, Margarethe, Margitta o Margarete en alemán; Margarta en húngaro; Margherita en italiano; Margit en noruego y sueco; Margarita o Malgorzata en polaco; Margarita en rumano, español y ruso; Mairead en gaélico y Mared o Marged en escocés. Alguien dijo en una ocasión que Margaret era «el nombre escocés nacional», pero no sé quién lo afirmó ni qué fue lo que lo llevó a hacerlo. En el censo de Estados Unidos de 1990 este nombre ocupó el noveno puesto entre los nombres femeninos más populares.

Al tener tantas variantes, es fácil burlarse de las Margarets de todo el mundo. Algunos de estos moteos crueles son: Mugrat, Mugger, Pegasus, Marg A Rat, Magpie, Large Marge, Margarine, Margy Pargy, Megger, Meggy Weggy, Mug Wump, May Zit, Peglit y Maggot. Pero estoy seguro de que hay muchos, muchísimos más. Los niños son de lo más hacendosos a la hora de inventarse formas de atormentarse unos a otros.

A Maggie le gustaba decir que llamar a una hija suya Margaret era lo mismo que no ponerle ningún nombre.

Cada una de las Margarets trazó su firma en mi escayola con un distinto color. La anciana Margaret firmó en rojo, Marge en amarillo, Maggie en azul y May en rosa. May tan sólo escribió MAY, su nombre, y Mia no quiso firmar.

Una noche mientras contemplaba mi pierna (aquel verano no podía hacer gran cosa), descubrí que las tres firmas se parecían mucho. La de la anciana Margaret tenía quizás unos trazos poco firmes, pero aparte de este detalle, las tres firmas eran prácticamente idénticas.

Margaret Towne en rojo en la pantorrilla.

Margaret Towne en amarillo en el tobillo.

Margaret Towne en azul en el muslo.

Y en aquel momento me empezó a rondar una idea por la cabeza, una idea demasiado descabellada como para ser verdad. Y, sin embargo, parecía posible basándome en las siguientes evidencias:

- Cinco mujeres llamadas Margaret Towne vivían en la misma casa.
- Margaret Towne en rojo, Margaret Towne en amarillo, Margaret Towne en azul.
- Maggie en medio afirmando estar maldita.

Jane, ¿quizás hace ya un tiempo que lo sospechabas?

Por eso hice lo que cualquier buen héroe habría hecho. Decidí salvar a Maggie. Preparé las maletas de los dos y la convencí para que huyéramos. En realidad, no me costó convencerla. Margaret tenía el arraigado instinto de huir.

Nos fuimos en medio de la noche. Al verlo ahora en retrospectiva me doy cuenta de que quizá no fue un acto valeroso o ni siquiera demasiado sensato. Tal vez si me hubiera enfrentado con las otras Margarets en aquel momento y lugar, las cosas nos habrían ido mejor a todos. Quizá, pero yo tenía el arraigado instinto de evitar los enfrentamientos, sobre todo con las mujeres.

A pesar de mis dudas sobre su destreza, Maggie tuvo que conducir el descapotable de Jacques debido a mi pierna. Cuando acabábamos de cruzar el puente de Margarettown, dio un frenazo y apagó el motor.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Estamos malditos —respondió ella—. Estamos condenados al fracaso.

—Te equivocas —dije intentando calmarla—. Nos iremos. Y viviremos felices para siempre.

—No es cierto. No podemos. —Hizo una pausa—. Es imposible.

—¿Por qué?

—Esas mujeres...

La interrumpí.

—¡Oh, olvídate de tus hermanas! ¡A quién le importa!

—Esas mujeres no son mis hermanas —dijo—. Sabes perfectamente que no lo son, te lo conté antes.

Hice una pausa.

—Entonces, ¿quiénes son, Maggie?

—Ya te lo he dicho, estamos malditos —repitió desconsolada.

—¡Deja de decir eso! ¿No crees que estás exagerando un poco?

—Es la pura verdad. Soy una mujer maldita. Somos unas mujeres malditas. —Hizo una pausa—. Cuando una mujer normal va cumpliendo años, no deja ningún testimonio, en cambio yo dejo atrás otra persona cada pocos años.

—Lo sé —dije. Y en cierto modo supongo que así era.

—Si de veras lo sabes, entonces también tendrías que saber que huir de aquí no nos servirá de nada. Ellas me siguen a todas partes. Me acaban encontrando. Siempre están conmigo —me respondió con una expresión dura en los ojos.

—Pero Maggie...

Ni siquiera soy la primera Margaret. No soy la original, tú crees que lo soy porque he sido la primera que has conocido, pero la anciana Margaret es la primera, yo no soy más que la cuarta. No soy más que una de tantas después de Mia y antes de Greta.

—Pero ¿cómo puedes decir que eres la cuarta? No tiene ningún...

Ella me interrumpió.

—¡Porque soy un monstruo! —exclamó— y nadie va a quererme.

—Yo te quiero.

—Pero ¿puedes amar también a Marge? Tú la detestas y yo también soy ella. ¡Y Mia es imposible! Y la anciana Margaret... es vieja. ¡Demasiado *vieja*, N.! Y May es una niña.

—Claro que es una niña —puntalicé.

—A no ser que nos ames a todas, no podrás amar a ninguna de nosotras —añadió.

—Pero tú no eres esas mujeres —observé—. Aunque ellas sean como tú, son unas personas distintas, ¿verdad? Sí, es una situación peculiar y un poco extraña. Pero ¡a la larga qué más da!

Maggie lo negó con la cabeza.

—He de volver. No espero que vengas conmigo, N. No espero que te hagas cargo de la situación. Hace poco que nos conocemos. Y sería pedirle demasiado a cualquiera. Tú tampoco eres el primero —dijo desatándose el cordoncito que llevaba en el índice y luego lo dejó en el salpicadero—. Quise creer que era más que un cordoncito, pero tal vez sólo era eso —dijo.

—Maggie —le respondí—. No puedo irme sin ti. No puedo conducir, pero aunque pudiera, no quiero hacerlo.

—Llama a tu hermana. Ella te llevará a casa. De todos modos has de volver para preparar tu tesis.

—Nada ha cambiado —le dije—. Todavía podemos volver a Boston, vivir en mi apartamento del sótano, pedir que nos traigan comida basura. —Ansiaba que Maggie volviera a vivir conmigo en mi apartamento. En aquella época no había comprendido que en los meses que habíamos vivido juntos en él yo había conocido la felicidad o algo parecido.

—Ahora todavía no puedo irme —respondió.

—Te quiero —le dije.

—Dices que me quieres —Maggie dio un bufido como Marge—, pero me temo que en estas condiciones es difícil querer a alguien.

Dio la vuelta con el coche y se dirigió a Margaron. Yo decidí que me iría sin ella. No porque lo deseara, sino porque me lo había pedido.

¿Por que nos enamoramos de alguien? ¿Es por el hoyuelo de un codo relleno? ¿Por el brillo de unos ojos? Cuando te enamoras de una mujer, ¿estás enamorándote de otra totalmente distinta? ¿De una que de algún modo creó el marco para ésta?

¡Quién demonios lo sabe!

Jane, antes de conocer a tu madre, mi corazón era poco más que una semilla. Una temblorosa, gelatinosa y diminuta semilla, como un espermatozoide solitario.

6

Aparte de mi madre y de mi hermana, aunque con ella duró poco tiempo, mi primer verdadero amor fue Miranda, la amante de mi tío Jacques. También fue la primera mujer con la que me acosté, aunque no ocurrió hasta que yo casi tenía dieciséis años. A partir de aquel momento seguimos acostándonos hasta que me licencié.

En una ocasión, después de hacer el amor con Miranda, le pregunté si se sentía ofendida porque el tío Jacques nunca le había pedido que se casara con ella.

—Hombrecito —me respondió—, detestaría ser su mujer. Jack es un marido horrible y un amante maravilloso. —Miranda era la única que podía llamarle Jack.

Jacques probablemente se dedicaba a Miranda mucho más de lo que lo hizo con cualquiera de sus esposas. En realidad, la relación que mantenían duró desde la segunda esposa hasta la cuarta. (Terminó sólo porque Miranda murió a los cuarenta y cuatro años.)

Recuerdo el día en que la conocí. En cierto modo fue muy parecido al día en que conocí a tu madre.

Yo tenía nueve años. Había ido al dormitorio de Jacques para pedirle que me firmara una autorización para el colegio y me encontré con Miranda tendida en la inmensa cama de caoba de Jacques totalmente desnuda, tan sólo llevaba encima un collar de perlas. No intentó cubrirse. Aparte de mi madre y, por supuesto, de mi hermana, era la primera mujer desnuda que veía. [Pregunta: ¿en aquellos tiempos había alguna relación entre ver a una mujer desnuda y enamorarse de ella?]

—¿Qué quieres? —me preguntó Miranda. Nunca fui capaz de identificar su acento. Basta con decir que sonaba melodioso y extranjero.

—Buscaba a Jacques —le respondí—. Intenté dejar de mirarle los pechos.

—Él no está aquí —me contestó—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Le entregué la autorización dócilmente.

—Sólo quería que me la firmara. Es para la salida escolar.

—¿Adónde vais? —me preguntó.

Íbamos al acuario, pero no podía soportar decirle a esta mujer desnuda la simple palabra «acuuario». Quería poder decirle que iríamos a un sitio encantador, a algún lugar que le impresionara. Como los alumnos del sexto curso (yo sólo estaba en el cuarto) habían ido al Sturbridge Village, se me ocurrió decirle que íbamos allí.

—Vamos al Sturbridge Village.

—¿Al Sturbridge Village? —preguntó incrédula—. ¿Te refieres a aquella recreación de un pueblo americano del siglo XVIII con las cabañas de troncos, los telares de algodón y los bueyes?

—Sí —respondí.

—Yo nunca lo he visitado. Me parece una idea espantosa.

Me hizo un imponente gesto para que me acercara.

—Dame la autorización. Imitaré la firma de Jack para ti.

—¿Puedes hacerlo? —le pregunté.

—¡Claro que sí! Lo hago todo el tiempo —me dijo.

A pesar de cualquier duda que pudiera yo tener sobre la ética de aquel ofrecimiento, le pasé la autorización y le di un bolígrafo. Ella firmó el nombre de mi tío con gran soltura.

—¿Sabías que aquí pone que vais al acuario?

¡Oh, qué humillación! Me puse rojo como un tomate al oírle decir «acuario».

—Es un error —mentí desesperadamente—, un estúpido error.

Miranda se encogió de hombros, echándose su larga melena pelirroja sobre los hombros.

—En cualquier caso, el acuario parece ser una elección mucho mejor para pasar una tarde que el Sturbridge Village —dijo.

Dejé de *no* mirarle los pechos por un momento para mirarle a los ojos. Vi comprensión y una expresión divertida en ellos y entonces me enamoré. A aquella edad (o en realidad a cualquier otra), el corazón de uno es lo bastante sencillo.

—Eres muy guapa —le dije.

—Hombrecito —me respondió—, sabes que no puedo acostarme contigo al menos hasta que hayas pasado la pubertad.

Asentí con la cabeza y tomé buena nota de ello.

Miranda tenía el pelo pelirrojo como Margaret y las dos mujeres mostraban un cierto parecido. Tal vez te preguntes, ¿era Miranda la Margaret antes de Margaret? Si no hubiera existido, ¿habría habido una Margaret? ¿Estaba destinado a enamorarme de esta mujer por una maldición? ¿Era mi destino? ¿Las maldiciones y el destino son en el fondo lo mismo?

¡Quién demonios lo sabe!

Antes de conocer a tu madre, mi corazón era como una semilla, Jane. Una curiosa y diminuta semilla, como un espermatozoide solitario.

Aunque consideré llamar a Bess para que viniera a recogerme, al final decidí no hacerlo. En aquel momento no podía enfrentarme con su amor ni con su desmedido interés. Por eso llamé a una persona que no me quería demasiado, que pensaba que yo era un gilipollas, pero que estaba obligado a venir a recogerme de todos modos. Llamé a mi tío Jacques. Ya sé que antes he dicho que había muerto, pero lo que en realidad quería decir es que el tío Jacques estaba muerto siempre que a mí me convenía. Sin embargo, de vez en cuando me veía obligado a resucitarlo.

En aquellos días tío Jacques se acababa de divorciar de su quinta esposa y estaba viviendo en una casa-barco en distintos lugares.

Marqué su número de teléfono.

—¿Sí? —dijo el tío Jacques con su estúpido acento belga—. ¿Qué quieres?

—Necesito que vengas a buscarme. Estoy en una ciudad al norte del estado de Nueva York.

—¿Al norte del estado de Nueva York? Nadie debería ir nunca allí, ¡es una mierda! —exclamó el tío Jacques—. ¿Por qué no coges el coche o vuelves en avión?

—Estoy lesionado —respondí—. Me he roto una pierna y necesito que alguien venga a buscarme.

Al tío Jacques le pareció sumamente divertido por alguna razón.

—Ja, ja, ja. ¿Te la rompiste esquiando?

—No —respondí.

—¿Bailando música country?

—No.

—¿Practicando zexo?

—No.

—¿Estabas...?

—¡Por el amor de Dios, Jacques! Fue en un accidente de coche.

—¿Estás bien?

—No. Me he roto la pierna —repetí.

—¿Y por qué no llamas a tu hermana Elizabeth? —inquirió el tío Jacques.

—Bess está salvando las selvas tropicales este verano.

—Vale, llegaré en tres semanas —dijo.

—¿No puedes venir más pronto?

—No. Estoy en Tahití. Tardaré todo ese tiempo en volver con el barco. Te llamaré cuando llegue a Estados Unidos. ¡Chao! Y entonces el tío Jacques colgó.

Marge había estado escuchando toda mi conversación.

—Nos dejas —observó alegremente—. No puedo decir que me sorprenda demasiado.

—¡Eh, Marge! —le contesté— ¿cómo perdiste el ojo?

Ella sonrió maliciosamente.

—Maggie me clavó las tijeras. Dijo que sólo quería cortarme el pelo, pero yo sé que no es cierto.

—¿Por qué Maggie querría clavarte las tijeras? —pregunté.

—Fue la última vez que trajo una de sus conquistas. —Marge dio un bufido—. Le dije que no le duraría y así fue. Como siempre yo tenía razón. Aunque nadie me haga nunca caso.

El pensamiento de que mi Maggie pudiera acabar convirtiéndose en esta amargada mujer me parecía imposible. Bastaba para que me sintiera contento de irme.

Mientras esperaba que Jacques llegara de Tahití, se instaló una cierta tirantez entre Maggie y yo. Y, sin embargo, la temporada que pasé en Margaretton no fue del todo desagradable.

Aquel verano fue un poco como una jubilación. Salí a pasear, leí libros, descansé, me recuperé de la lesión. Era aburrido, sí, pero el aburrimiento y la felicidad se parecen de una forma asombrosa.

Los paseos con la anciana Margaret eran de lo más agradables. Como le habían practicado dos intervenciones quirúrgicas para el implante de caderas, se movía al mismo ritmo que yo. En aquellos paseos tampoco me preguntaba demasiadas cosas. Quizá no le hacía falta, ya que podía leer mis pensamientos de todos modos. En cualquier caso, estaba dispuesta a ser la única de los dos que hablaba.

—Soy la anciana Margaret Towne y la primera —dijo ella—. Nací en 19..., aquí mismo, en esta casa.

La segunda Margaret fue May. Apareció justo antes de que yo cumpliera los siete años. Un día simplemente vino a cenar. Como parecía mi hermana gemela, nadie quiso decirle que se fuera. Por supuesto, a mi madre le impresionó mucho la aparición de la segunda. En aquella época mi padre bebía un poco y creyó que mi madre le estaba tomando el pelo. Le preguntó: «No lo recuerdo. ¿Acaso tuvimos gemelas?» Mi madre se echó a llorar. Mi padre pensó que lloraba de rabia porque él no se acordaba de si yo era una de las gemelas, y a partir de aquel día nunca más volvió a empinar el codo.

Lo más curioso de May y, en realidad, de todas las Margarets que me sucedieron, es que los años no pasan para ellas. Mientras que yo sigo envejeciendo, ellas han mantenido la edad que tenían al llegar por primera vez. A mí siempre me ha parecido que tendrían que envejecer pero, como es natural, nunca he tenido nada con qué compararlas para averiguarlo.

Cuando yo tenía diecisiete años, Mia apareció en mitad de la cita que estaba teniendo con un chico llamado Michael Levy. Había ido al cuarto de baño a empolvarme la nariz y al volver me encontré a Mia sentada a la mesa, ella y Mike se estaban besando. (Siempre fue más precoz que yo sexualmente.) Decidí no interrumpirles, pero a la siguiente semana rompí con él. Si no podía notar la diferencia entre yo y ella, que también era yo, no quería tener nada más que ver con Michael. A él no le importó porque estaba más interesado en mi nueva «prima» (así es como la llamábamos) que había llegado de otra ciudad.

Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía veinticinco años. Maggie llegó aquel mismo año, en 19... Mia odió la llegada de Maggie, porque ésta era sin duda la más guapa de todas.

Yo le di la razón.

—En aquella época yo era un bombón, ¿no crees? Desde los veinticinco hasta los

treinta y cinco es cuando he sido más atractiva. Aunque en mi adolescencia también era muy guapa, tuve la cara un poco llenita hasta pasados los veinte. A los veinticinco desapareció aquella redondez, fue la época de mi mayor atractivo. Aunque a los cuarenta también irradiaba una belleza especial que, como todo, acabó desapareciendo. —La anciana Margaret lanzó un suspiro al pensar en ella.

El año en que cumplí los treinta y cinco llegó Greta. Tú nunca la podrás conocer porque se suicidó a los treinta y nueve. La llamamos la Desaparecida Margaret. Fueron unos tiempos tristísimos. Después de Greta sólo apareció otra Margaret más, Marge, que llegó cuando yo tenía cincuenta y dos años, el mismo año en que me vino la menopausia. Y los últimos veinticinco años han sido más bien tranquilos, supongo. Me dicen que durante este tiempo no he cambiado demasiado, seguramente por eso no ha aparecido ninguna otra Margaret.

—Si no es una pregunta indiscreta, ¿cómo se suicidó la Desaparecida Margaret? —inquirí.

—Con pastillas y luego se ahogó —respondió la anciana Margaret—. ¡Pobre Greta!, nunca le gustó dejar las cosas a medias. Supongo que yo también soy así.

La anciana Margaret me dio unos golpecitos en la mano. Sus nudillos estaban deformados por la artritis y tenía las manos cubiertas de manchas de vejez.

—Me caes muy bien, jovencito —me dijo— y es fácil ver por qué a Maggie también le gustas.

Yo también le tomé mucho cariño a la anciana Margaret. [Ojalá la hubieras conocido, Jane.]

Un día le pregunté por qué creía que Margarettown era tal como era.

Su teoría fue intrincada, romántica y totalmente desconcertante.

—Mi padre se estaba muriendo, pero quiso asegurarse de que su hija encontrara el verdadero amor, un amor que durara toda la vida. Sabía que sólo un hombre que pudiera valorar a su hija a lo largo de las distintas etapas de la vida valdría realmente la pena. Por eso le pidió a Sarah, su hermana soltera, que era una bruja con una cierta fama en la región, que echara un hechizo a su hija recién nacida. El hechizo la dividiría en varias edades hasta que encontrara el verdadero amor. Cuando lo encontrara, el hechizo desaparecería y ella volvería a ser una sola persona. —La anciana Margaret había soltado toda esta explicación sin detenerse un solo instante para respirar—. Por desgracia —confesó la anciana Margaret—, el verdadero amor cuesta más de encontrar de lo que mi padre creía. Me acabo de inventar esta historia —añadió, y los dos nos echamos a reír.

—Maggie afirma que está maldita —dije.

La anciana Margaret puso los ojos en blanco, me recordó un poco a Mia cuando lo hacía.

—Para ti eso es la juventud —respondió—. Yo no lo veo como una maldición, sino como una bendición. Todos estos años siempre me he tenido a mí misma por compañía, una compañía que ha sido por cierto muy buena.

La anciana Margaret y yo nos habíamos sentado en el jardín de la entrada de la casa.

—Te aseguro que no es algo tan extraordinario como estás dando a entender que te parece —observó Marge desde la cocina asomando la cabeza por la ventana—. Yo tengo muchos más años que tú y estoy segura de que en todo el mundo no encontrarás a ninguna mujer que no tenga en su interior un par de mujeres distintas. —También dijo que Maggie era una «cretina» y que no debía escuchar nada de lo que «una mujer cretina» dijera.

May nos oyó desde la casita que había en el árbol. Nos miró desde ahí arriba con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué es una *maldición*? —preguntó Maggie, que estaba sentada en la mecedora del porche leyendo un libro, nos fulminó con la mirada y llamó a May.

—No hay ninguna *maldición*, querida. No te preocupes.

—Bien —respondió May dulcemente.

—¿May no lo sabe? —le pregunté a Maggie aquella noche en la cama. No estoy seguro de si en aquella época seguíamos haciendo el amor. Supongo que lo hacíamos más por costumbre que por ganas. Además yo no podía dormir sin ella.

—¿Por qué tendría que saberlo? —me preguntó Maggie—. ¿Acaso a alguna de nosotras nos ha hecho algún bien? Seguramente lo sabe, pero prefiere fingir que no, y ¡quién somos nosotras para cuestionárselo!

—¿Nunca te preguntas por qué eres así? —inquirí.

—No —repondió—. Así es como son las cosas.

—¿Puedo ayudarte? —le pregunté.

—Lo dudo —me contestó—. ¿Cuándo vendrá tu tío?

—Pronto —le respondí—. Muy pronto.

En Margaron había un único cuarto de baño. Al vivir con cinco mujeres la situación me resultaba insostenible. (En realidad, incluso es insostenible cuando lo compartes con una sola mujer.) Marge me había dicho que en el tercer piso había un lavabo estropeado. «Quizá puedas arreglarlo», me dijo y luego soltó unas risitas. Por su tono de voz supuse que no tenía demasiadas posibilidades. Sin embargo, cuando fui capaz de subir hasta el tercer piso con una relativa facilidad, decidí investigar el segundo lavabo.

El tercer piso tenía siete puertas y se utilizaba básicamente como desván. Localicé enseguida el lavabo, era la primera puerta junto a las escaleras. Era cierto que no funcionaba y por lo que pude comprobar nunca más volvería a hacerlo. Por lo visto hacía tanto tiempo que estaba estropeado que alguien decidió utilizarlo a modo de maceta. De la taza del váter crecían unos tulipanes rojos y blancos.

Como ya había llegado hasta allí (y bajar las escaleras me costaba incluso más esfuerzo que subirlas), decidí ver qué más encontraba en el tercer piso. Detrás de la segunda puerta había un piano y un atril. Detrás de la tercera, estanterías y más estanterías repletas de libros de texto. Detrás de la cuarta, una habitación que parecía un dormitorio (aunque era distinto del dormitorio donde había encontrado a Maggie la primera noche). Detrás de la quinta, un perchero con unas prendas que parecían disfraces. Detrás de la sexta, seis cuadros, los retratos (posiblemente fueran autorretratos) de Margaret a distintas edades. La última puerta, la séptima, estaba cerrada.

Intenté empujarla con fuerza para abrirla, pero no lo conseguí. Por la ranura de la puerta salía una intensa luz. (¿Quizá me la imagine?) Miré por el ojo de la cerradura, pero no pude ver nada con claridad.

Más tarde, aquella noche le pregunté a Maggie sobre la séptima habitación.

—¿Qué hay en la habitación cerrada con llave? —inquirí.

—¡Oh! —dijo con indiferencia—, nada demasiado interesante. Sólo un montón de trastos. Un montón de cosas que ya nadie necesita.

—Y entonces, ¿por qué está cerrada?

—En realidad es por un hecho fortuito. En un momento dado Greta tenía la llave y ésta se fue... —Hizo un gesto por encima del hombro y el reloj de pulsera se le deslizó por la muñeca. Entonces vi una débil cicatriz vertical que no había visto antes.

—Maggie —le dije— ¿siempre la has tenido?

—Sí —me respondió—. Bueno, no siempre, pero cuando me conociste ya la tenía.

—¿Cómo te la hiciste?

—Fue por un experimento que no me funcionó —respondió.

—Tiene pinta de haber sido un experimento peligroso —observé.

Ella sacudió la cabeza negándolo sin pronunciar palabra.

—¡Qué extraño que no la haya visto hasta ahora! —dije.

Pero Maggie siguió sin decir nada. Intenté que me contara algo sobre su «experimento», pero todo cuando dijo es que no «fue demasiado interesante».

Así que le di un beso en la cicatriz y nos olvidamos del tema.

Mia, la tercera Margaret, quería ser pintora. (La decisión de que tenía que estudiar Historia del Arte en la universidad fue una gran decepción para ella.) Estaba constantemente bosquejando, pintando o garabateando algo, aunque no dejaba ver los resultados a nadie. Mia se había mostrado huraña conmigo desde mi llegada. Por eso me sorprendí cuando me dijo que quería dibujarme. Más tarde me enteré de que la anciana Margaret se lo había sugerido.

Mia dijo que quería colocar su caballete en la orilla del río, a unos cincuenta metros del puente donde habíamos tenido el accidente. En aquella época ya me movía por los alrededores perfectamente con las muletas y me alegré de salir un poco de aquella casa.

—He estado pensando en mi hombre ideal y francamente no es como tú —me dijo Mia—. En primer lugar eres demasiado viejo.

—Pero no lo soy para Maggie —observé.

—Quiero decir que me gustaría salir con un chico de unos veinticinco años como máximo. Y en segundo lugar, no tocas el violoncelo.

—¿Y se supone que debo hacerlo?

—Pues no estaría de más —me respondió—. Y si no al menos tendrías que tocar en una banda de música. Y mi hombre ideal también ha de tener un perro, un gran perro de pelo dorado. Tú no tienes perro, ¿verdad?

—Negué con la cabeza.

—Y sus antebrazos han de ser más musculosos que los tuyos. ¿Y has visto aquellas venas hinchadas que algunos hombres tienen en las manos? Él también ha de tenerlas. —Mia suspiró—. Tú no estarías mal si mi tipo fueran los hombres delgados que no sirven para nada. No puedo creer que seas el tipo de Maggie.

—Si tuvieras ocho años más, seguro que también sería tu tipo y tú lo sabes —le dije.

—Es cierto. ¡Qué deprimente!

Me eché a reír.

—¿Así que no crees que pueda llegar a gustarte nunca?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero esto no habría de importarte. Es mejor que te preocupes por las Margarets mayores. May y yo pertenecemos al pasado, somos lo que Maggie ya ha sido.

—Pues a mí me parece que a Marge no le gusto.

—A Marge no le gusta nadie. Ni Maggie, ni May ni yo. —Mia se encogió de hombros—. Creo que la hemos defraudado. A mí ella también me ha defraudado.

—Estoy enamorado de Maggie y tú lo sabes.

—Sí. Se ve a la legua.

—¿Ah, sí?

—Sí, totalmente. Yo nunca podría quererte, al menos de ese modo. —De pronto dejó de hablar y se me quedó mirando—. ¿Vas a casarte con ella?

—No estoy seguro —respondí.

—Deberías saber si quieres casarte con ella o no —dijo Mia, con un tono exactamente como Bess.

—Sí, ya me lo han dicho.

Estuvo haciendo un esbozo en silencio durante unos veinte minutos. De repente sonrió. ¿Sabes? Tienes una nariz bastante bonita.

—Gracias.

—Creo que sólo voy a dibujar tu nariz, si te parece bien. Es la mejor parte de tu cara. —Arrancó la hoja del cuaderno y la arrugó.

Mia se dedicó en cuerpo y alma a dibujar mi nariz. Estaba totalmente absorta en ello. Los ojos le brillaban intensamente y sus miembros parecían volar en distintas direcciones. Al cabo de poco empezó a anochecer y tuvimos que volver a casa.

Estaba contento por haber podido contemplarla. Por haber podido ver a la mujer a la que amaba cuando era una adolescente —con unas piernas larguísimas, unas extrañas pasiones y unas curiosas ideas— y por saber que se convertiría en otra mujer totalmente distinta. Aunque esta chica nunca pudiera quereme, era increíblemente fácil enamorarse de ella. Maggie había sido una Mia que había sido una May.

—Eres encantadora, ¿sabes? —le dije cuando llegamos a Margaron.

Ella bajó la cabeza, pero yo sabía que le había gustado oírlo.

—No soy nada del otro mundo.

—No es cierto, eres encantadora. Lo que pasa es que aún no lo sabes.

—¿Te gustaría ver tu nariz?

Asentí con la cabeza. Abrió el cuaderno y me mostró el dibujo.

—Es una buena nariz —observé. Y era cierto. Aunque he de admitir que ver una parte mía con tanto detalle era en cierto modo horrible.

—Me gustan las narices —dijo—. Son la única parte del rostro que no se repite. Todo lo demás está duplicado: dos ojos, dos cejas, dos labios, dos oídos.

—Las narices también tienen dos orificios —observé.

—Los orificios no cuentan —me respondió descartando mi idea.

Le estreché la mano. Era huesuda y más pequeña que la de Maggie, era la manita de una adolescente. También advertí que se mordía las uñas.

—Ahora voy a firmarte en la pierna —dijo. Se sacó un rotulador del bolsillo y se inclinó para hacerlo. No pude ver lo que trazaba hasta que acabó: había garabateado una rana con una corona y había firmado debajo.

—Es el príncipe rana —dijo.

—Lo sé. Te ha salido muy bien.

—¿Conoces el cuento del príncipe rana? —me preguntó.

—Una chica besa a una rana y ésta se convierte en príncipe, o algo parecido.

—Ésta es la versión bonita —me dijo Mia—. En la versión auténtica la rana

amenaza a la chica porque ella no quiere darle un beso. Quiero decir que él es una rana. La chica entonces la empuja contra la pared con todas sus fuerzas apretándole el gaznate y la rana se convierte en príncipe. Al estrangularla hace salir al príncipe que llevaba dentro.

—Bonita historia —observé—. ¡Y pensar que en el mundo hay un montón de pobres chicas besando ranas sin saber que de nada les servirá!

Maggie salió en aquel momento de la casa. Miró el dibujo de Mia.

—Interesante —dijo.

—Al oír Mia el comentario de Maggie puso los ojos en blanco y se metió en casa.

Maggie y yo nos sentamos en la mecedora del porche. Me costó hacerlo más de lo que creía por mi pierna escayolada y ella tuvo que ayudarme.

—A los diecisiete años eras adorable —le dije.

Maggie se echó a reír.

—¡Qué va, era horrible! Era arrogante, miedosa, crítica y además me odiaba a mí misma. Para serte sincera, casi me resulta doloroso verla por aquí.

—Insisto en que eras adorable.

—¡Qué piernas más esbeltas tenía! —admitió.

Antes de que vinieras al mundo, Jane, nunca me gustaron demasiado los niños. Quiero decir que adoraba a los niños de los demás, con sus mejillas sonrosadas y su pelo sedoso. Pero la idea de pasar mucho tiempo con uno en concreto, no me atraía en absoluto.

Los niños son en general desdichados y crueles. Y no les falta razón. En primer lugar son muy bajitos y, en segundo, la infancia suele ser una época infeliz, pero los adultos siempre insisten en que los niños son más felices de lo que en realidad son.

Quizá fuera porque el tío Jacques nos crió a Bess y a mí; a él tampoco le gustaban demasiado los niños. El tío Jacques también odiaba a los gatos, como yo.

Por eso aunque May, que tenía siete años, pareciera una niña agradable, yo había estado evitándola la mayor parte del tiempo. Pero me resultó fácil hacerlo, porque estoy seguro de que ella también me evitaba. O quizá me he vuelto demasiado narcisista. Es posible. May prefería entretenerse sola, tanto si yo me encontraba cerca como si no. Se pasaba casi todo el tiempo en la cabaña del árbol o corriendo por los alrededores, ¡quién sabe dónde! Daba la impresión de encontrarse perfectamente estando sola. Los niños en general no son así, y los adultos, menos todavía.

Una mañana encontré una zapatilla al pie del porche. Vi a May correteando por el jardín de la entrada, el suelo estaba cubierto de piñas, ramas y otros materiales espinosos del jardín. Sólo llevaba una zapatilla, el otro pie iba descalzo. Sería un milagro si su suave piecito sobrevivía a aquella carrera por el jardín sin lastimarse. Como también era el pie de Maggie (de algún modo), decidí llevarle la otra zapatilla.

—May —la llamé—, te has dejado aquí una de tus zapatillas.

Por desgracia, creyó que estaba jugando a alguna clase de absurda persecución. Me sonrió alegremente y echó a correr hacia la dirección contraria. Intenté correr tras ella tanto como pude, pero mi velocidad, a pesar de haber aumentado, dejaba aún mucho que desear a causa de mi lesión.

—¡Tortuga! —me gritó.

—¡Deja de correr, May! —le grité a mi vez—, sólo quiero darte tu jodida zapatilla.

—¡Has dicho una palabrota! ¡Has dicho una palabrota! —exclamó—. Lo voy a decir.

Seguí llamándola y ella siguió corriendo. Cuando estaba a punto de olvidarme de la maldita zapatilla y de renunciar a alcanzarla, May se acercó corriendo al pozo.

Durante diez espantosos segundos temí que se hubiera caído a él, pero por suerte se había quedado enredada en el cubo.

Jadeando y exhausto me acerqué cojeando al pozo. May estaba sentada en el cubo riendo. Una de las razones por la que no me gustan los niños es porque son imprudentes y otra, porque son narcisitas.

Alzó la cabeza sonriéndome, disfrutando de lo lindo.

—Pide un deseo —me dijo.

—No, gracias —le respondí.

—Si no pides un deseo les diré que has dicho una palabrota —insistió—. Cuando vas a un pozo has de pedir un deseo.

Cerré los ojos e intenté pensar en un deseo adecuado.

—¿Qué has pedido? —me preguntó.

—Si te lo digo, no se cumplirá, ¿no es cierto?

Como no pudo llevarme la contraria, dejó que tirara de ella para sacarla del pozo. Le di la zapatilla y May se la puso.

—¡Qué divertido ha sido! —dijo. Colocó su manita sobre la mía—. Greta también solía perseguirme.

—¿Greta era tu tía?

—No, Greta era yo, lo único que con más, muchos más años —dijo May.

—¿Sabes qué fue lo que le ocurrió a Greta? —le pregunté.

—Se fue a nadar y nunca más volvió. —Se encogió de hombros como diciendo «simplemente pasó».

Asentí con la cabeza.

—Más tarde se cortó las venas, pero Maggie le vendó las muñecas. —Volvió a encogerse de hombros como diciendo de nuevo «simplemente pasó».

Asentí con la cabeza.

—Más tarde intentó ahorcarse con una cuerda, pero la cuerda se rompió.

Asentí con la cabeza.

—Más tarde se compró una pistola sin saber que era de juguete. Y cuando se la puso en la sien, todo el mundo se echó a reír.

Asentí con la cabeza.

—Más tarde puso en marcha el coche en el garaje y se quedó dentro de él, pero la anciana Margaret abrió la puerta del garaje.

Asentí con la cabeza.

—Todas creían que yo no sabía lo que Greta estaba intentando hacer. Soy una niña, pero no una pequeña idiota.

Asentí con la cabeza.

—¿Has oído lo que he dicho? ¡No una pequeña idiota! —dijo ella copiando la frase de una rima infantil—. ¿A que tiene gracia?

—¡Sí, es verdad! —exclamé—. ¡Eh!, May, ¿sabes por qué no se despeñó el pequeño idiota de la rima?

Hizo una pausa y sacudió la cabeza indicando que no lo sabía.

—¡Porque tenía una pierna rota!

—¡No tiene gracia! Para cambiar de tema dio unos golpecitos con los nudillos de la otra mano en la pierna escayolada.

—¡Qué guay es tu escayola! Ojalá yo tuviera una.

—Gracias por el cumplido.

—Sé lo que significa el cordoncito —me dijo.

—¿Qué cordoncito?

—El que Maggie lleva en el dedo. Significa que piensas que es guapa y adorable, que la amas, que deseas besarla en la boca cada día y que quieres casarte con ella.

—¿Eso es lo que significa? —le pregunté.

—Hoy quizá no, pero sí algún día —respondió.

—¿Y alguna cosa más?

—¡Y que quieres hacer un millón de pequeños idiotas con ella! Se rió de su propia broma.

—Gracias, May. Ahora ya tengo las ideas mucho más claras. —La besé en la cabeza y le prometí que volvería a jugar a perseguirla al día siguiente.

Aquella noche le pregunté a Maggie sobre Greta.

—Tenía treinta y cinco años —me respondió—. Era demasiado bella demasiado lista demasiado depresiva demasiado divertida demasiado triste y demasiado de todo al mismo tiempo. Es difícil vivir de esa forma. Acabó consumiéndose. Acabó consumiéndonos a todas.

—¿Alguna vez has pensado en suicidarte? —le pregunté.

—Sí —admitió—. A veces, pero creo que ya lo sabías.

—¿Desde que me conociste?

—Poco antes —me respondió.

Me descubrí mirándole sin querer la cicatriz.

—Sé lo que estás pensando —me dijo—, pero quiero que sepas que nunca me cortarías las venas. Si quisiera suicidarme posiblemente me ahorcaría con un cordoncito muy corto.

Era julio y el tío Jacques aún no había venido a buscarme. Al principio no me preocupé, supuse que probablemente se habría detenido en Haití o en Sao Paulo, o que se había casado por sexta vez. Jacques era de fiar, aunque solía llegar tarde a las citas.

Pero pasaron dos semanas más.

Y luego dos más.

A mediados de agosto recibí una desesperada llamada de Bess.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no me has llamado en todo el verano? He tenido que sobornar a un tipo de la universidad para que me diera el número de teléfono de la casa de Maggie.

—Me he roto una pierna —le expliqué—. No he podido llamarte.

—El tío Jacques ha muerto —me dijo—. Has de volver a casa.

Me eché a reír.

¡Maldito tío Jacques! ¡Maldito jodido cabrón! Odiaba a ese gilipollas. —Un segundo más tarde me eché a llorar. Había sido para mí un padre malísimo, pero era el único que tenía.

—Ya era mayor, N. Tenía setenta y siete años —señaló Bess con dulzura.

La misma edad que la anciana Margaret, me dije.

—¿Cómo murió? —le pregunté.

—De un derrame cerebral —me respondió. Todo ocurrió muy deprisa. No sufrió.

—No me habría importado que hubiera sufrido un poco —observé. Y volví a echarme a llorar—. Ni siquiera era nuestro verdadero padre.

—Y además has estado fingiendo durante años que había muerto —me recordó Bess.

—Sí, tienes razón. —Me soné la nariz con la manga—. Tú sí tienes suerte, porque en realidad no estás emparentada con ese bastardo —le dije.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Bess.

—Me refiero en el *sentido biológico*.

—¡Oh, venga, N.! —me gritó Bess—. ¡Ya sabes que odio ese juegucito tuyo!

En realidad, Jane, Bess *es* tu tía en el sentido biológico. Aunque de vez en cuando yo bromeo sobre el tema, ella es mi hermana y siempre lo ha sido. Si antes te he mentado era porque no quería que creyeras que ibas a acabar con el mismo problema de peso que ella. Cuando tengas hijos comprenderás lo importante que son las historias que les cuentas. Un niño cree lo que le dices sobre él, por eso has de tener mucho cuidado en este aspecto. Cuando yo era un niño, el tío Jacques me acusó de ser «un inmoral en cosas de sexualidad» como mi madre y «un mentiroso patológico» como mi padre, y toda mi vida he estado llevando esas etiquetas en mayor o menor grado.

La noche antes de irme para asistir al funeral de Jacques, no podía dormir y bajé a

la cocina. Marge se encontraba allí, sentada sola a la mesa, bebiendo una margarita casera. Estaba llorando desconsoladamente con el ojo sano y no intentó ocultar sus lágrimas.

Le pregunté qué le pasaba.

—Hoy me siento un poco infeliz —me contestó—, pero estoy segura de que se me pasará.

—Lo siento —le dije.

—No te compadezcas de mí. Todo el mundo es infeliz. Sólo es cuestión de tiempo.

—Mi tío ha muerto —le respondí.

Me sirvió una margarita.

—Bebe —me ordenó.

Lo hice.

—No me gustan los hombres blandengues —me soltó. Ya empezaba a estar un poco achispada.

—¿A qué te refieres al decir «hombres blandengues»? —le pregunté.

—Eres muy atractivo, pero no me gustan los hombres blandengues —me repitió.

Después de dos margaritas más, empezó a subir el tono de voz.

—¡Quiero viajar! —gritó—. ¡Quiero ver mundo!

No pude evitar pensar que sólo vería medio mundo, porque no tenía más que un ojo.

Después de dos margaritas más, volvió a estar deprimida.

—Odio a Margaret Towne —soltó—. Ojalá pudiera irme de este lugar; todo el mundo que vive aquí es muy aburrido, y yo también lo soy. —Se echó a reír—. No tengo ninguna posibilidad de que te acuestes conmigo, ¿verdad? Maggie no tiene por qué enterarse.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—De todos modos prefiero a las mujeres. Entonces dame un beso, ¿de acuerdo?

La besé sin ganas, apenas le rocé la mejilla con los labios.

—¡Si tanto asco te doy, peor para ti! ¿Te acuerdas de aquella vez que fuiste con Maggie a casa de tu amigo Paul para presentársela y ella al beber demasiado contó aquella estúpida historia sobre los monos de África y te puso en un compromiso?

Me acordaba perfectamente.

—Pues esa noche era yo —dijo ella. Ahora había entrado en una fase agresiva de su borrachera—. ¡Era yo, Marge! ¡Puedo salir de su interior siempre que quiera! Tienes suerte de irte ahora que todavía puedes.

—Si vas a ponerte tan desagradable, buenas noches, Marge —le solté—. Me levanté, pero dándome un empujón me obligó a volver a sentarme.

—¡Saldré de ella todo el tiempo, espera y lo verás, niño! Te espera una mujer culona, unos niños culones, una mujer apestosa, con el pelo cochambroso, amargada, chillona y malhablada, y una pileta del lavabo mugrienta.

La aparté de mi lado de un empujón.

—Estás borracha —le dije—. Estás borracha y me das asco. Subí cojeando las escaleras tan deprisa como pude.

—¡A PARTIR DE AHORA SÓLO ME VERÁS A MÍ, NO LO OLVIDES! —me chilló Marge persiguiéndome. Se abrió la blusa y me mostró sus gordas, carnosas y arrugadas tetas. Éstas me miraron acusadoras.

Al entrar en el dormitorio, Maggie encendió la luz.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó. Por más tarde que fuera a acostarme, ella siempre fingía estar despierta.

—Marge tiene unas tetas enormes —le dije.

Maggie se echó a reír.

—Pareces asustado.

—Es que eran grandes, muy grandes y parecía que se iban a abalanzar sobre mí desde todas partes. Me cogió desprevenido. —Le rodeé con la mano uno de sus bonitos y proporcionados pechos. Lo miré y me pregunté: «¿Llevará Maggie esas tetazas en su interior?»

Era sorprendente pensar que una sola mujer pudiera ser todas esas Margarets a la vez. ¿Cómo podía querer tantas cosas distintas? ¿Eran todas las mujeres así? ¿Tan esquizofrénicas y atolondradas? En cualquier caso, estaba contento de irme para asistir al funeral de Jacques.

Aquella noche soñé con L... la novia que había tenido antes de conocer a Maggie. Soñé con sus tetas de tamaño normal, su melena rubio platino que olía a césped, sus ojos claros, su voz insulsa y vacía, y su expresión monótona y sosa. Soñé con la dulce, estúpida y simplona L. Me desperté con la erección más grande del mundo. Si no hubieran sido las cuatro de la madrugada, probablemente la habría llamado en aquel mismo instante.

Al día siguiente volé a Boston para asistir al funeral. Como la semana anterior me habían puesto otra escayola que me permitía andar mejor, pude viajar en avión sin ningún problema. Sentí un poco de tristeza al ver que el médico partía con la sierra la escayola cubierta de firmas. Sin embargo, nunca he sido demasiado sentimental y pensé que no tenía sentido conservar una asquerosa y sucia escayola. (Ahora, pensándolo bien, hubiera deseado haberlo hecho.)

A pesar de cualquier duda que tuviera sobre la destreza de Maggie como conductora, ella me llevó al aeropuerto.

—¿Volveré a verte? —me preguntó en la puerta de embarque.

—Claro que volveremos a vernos.

—Si no quieres volver, no lo hagas —me dijo—. Es evidente que has estado en Margaron más de lo que habías planeado. Sé que lo nuestro no puede durar para siempre y el funeral puede ser una buena ocasión para ponerle fin.

—Volveré, Maggie. Volveré.

—¡Oh, casi te he creído! Te he creído hasta que lo has dicho por segunda vez. —Se echó a reír—. Si no vuelves nunca más, no te odiaré y tú lo sabes.

—Gracias —respondí.

—Al menos no demasiado —añadió.

—Podrías acompañarme a Boston —dije.

Maggie sonrió durante un segundo y me dijo que no con la cabeza.

—Gracias de todos modos, tanto si lo has dicho de veras como si no. Y además no importa si es una cosa o la otra.

—No lo he dicho de veras —añadí bromeando.

—¡Qué gracia! —exclamó Maggie en un tono que indicaba que no le había hecho ninguna.

Los pasajeros empezaron a subir al avión. En lugar de darme un beso, me estrechó la mano.

—Te quiero —dijo—, y sea lo que sea lo que ocurra, puedes llevarte este bonito recuerdo en tus viajes.

Estoy seguro de que el funeral del tío Jacques pasará a la historia funeraria por haber sido uno de los peores que ha habido.

En primer lugar, todos estábamos de malhumor, porque hacía uno de esos días de agosto tan pesados, calurosos y húmedos que sólo se dan en Boston. Y en segundo lugar, nadie quería estar ahí porque a nadie le importaba un rábano la muerte del tío Jacques. Aunque fuera encantador a ratos, había *sido* un auténtico gilipollas.

El funeral empezó en realidad cuando la primera esposa de Jacques y la quinta (la última) casi llegan a las manos porque las dos querían sentarse en el centro de la primera hilera de sillas. Ambas sostenían ser la «verdadera» esposa. Al final ni una ni otra pudieron ocupar este lugar. Se lo concedieron a la única hija biológica de

Jacques, la anoréxica Amelie, que fumaba un cigarrillo tras otro y a la que no podía importarle menos dónde se sentaría.

El funeral de hecho concluyó cuando la tercera esposa de Jacques sufrió un ligero ataque de apoplejía y tuvimos que llamar a una ambulancia para que se la llevaran al hospital.

De los seis portadores del féretro, yo, un licenciado en filosofía que aún no tenía la pierna en plena forma, era sin duda el más fuerte de todos. Los otros cinco eran mi hermana Bess, que mide metro y medio de altura, tres viejos veteranos de guerra compinches de Jacques (al primero le acababan de implantar una cadera artificial, el segundo tenía una rodilla hecha polvo y el tercero, un brazo ortopédico), y, por supuesto, la anoréxica Amelie, que fumaba un pitillo tras otro. En circunstancias normales Bess habría sido la más fuerte de todos, pero la noche anterior al funeral había sido salvajemente atacada por arañas mientras dormía. Tenía el rostro tan hinchado que apenas podía abrir los ojos.

Tuvimos que subir los seis una cuesta con el ataúd a hombros. Como había llovido la noche antes («Après moi, le déluge», me susurró con voz ronca Bess), el camino estaba lleno de barro y era muy resbaladizo. En un determinado momento, no pudimos sostener el féretro de Jacques y fue deslizándose ruidosamente cuesta abajo hasta llegar al pie de la colina. Yo estuve a punto de sugerirles que lo dejáramos tirado ahí. Amelie, resoplando y jadeando, se sentó sobre el ataúd de su padre para fumarse un par de cigarrillos, uno detrás de otro. A nadie pareció importarle.

—¡Maldito Jacques! —blasfemó Amelie con el mismo acento belga que su padre —, ¡maldito jodido cabrón!

Sólo al final del funeral advertí que L... estaba allí. Cuando conocí a Margaret, acababa de romper con ella. Fue un momento horrible: sólo hay unas cuantas formas de decirle a una chica que prefieres poner fin a la relación. Hacía casi un año que no la veía.

Ahora estaba más delgada y llevaba su cabello rubio platino recogido en una cola de caballo, un peinado que la favorecía. Sus ojos azules, claros y vacíos, resaltaban contra el oscuro vestido que lucía. Los ojos de L... eran tan claros que parecían encontrarse en un perpetuo estado de sorpresa.

Me saludó con la mano.

—Te daría un beso, pero estoy sudando a mares —le dije.

Me besó en la mejilla.

—Cariño, siento mucho lo del tío Jacques.

Me encogí de hombros.

—¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Es una larga historia —repuse.

—Sí, no hace falta que lo digas.

—No era necesario que te molestaras en venir, L... Yo que soy el sobrino de ese gilipollas he estado a punto de no hacerlo.

—A mí Jacques siempre me cayó bien —dijo—. Era muy amable conmigo. Siempre que me veía, me daba un abrazo.

—Porque sólo quería sentir tus pechos.

—¡No seas vulgar, no me gusta cuando te pones así! —exclamó L... agitando la cabeza—. ¿Todavía sales con la misma chica?

Dudé antes de responder.

—¿Tan difícil es la pregunta? —añadió levantando una de sus cejas perfectamente depiladas.

—Más de lo que crees.

—¿Sabes lo que pienso? Que siempre estás complicando las cosas —dijo.

—Probablemente tienes razón.

—Si aún sales con la misma chica, ¿por qué no ha venido al funeral? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Prefiero no hablar de este tema.

—¿Cómo se llamaba? —me preguntó.

Sabía que se acordaba perfectamente de su nombre, pero por alguna razón fingía no recordarlo.

—Se llama Margaret.

—¡Ah, es cierto!, ¡Margaret! —L... se echó a reír—. Se llama Margaret Towne, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Margaret es un nombre muy corriente, ¿no crees?

—¿Ah, sí?

—Bueno, no me refiero a que sea un nombre humilde, sino a que hay muchas personas que se llaman así.

¡Oh, L..., fuiste siempre tan transparente! Tu transparencia fue tu único encanto, supongo. Creo, ¡y que Dios me perdone!, que decidí llevármela a la cama en ese momento.

—Tienes muy buen aspecto —le dije.

—¿Ah, sí? —Su voz sonaba esperanzada.

—Sí, y además te he echado mucho de menos. Y en cierto modo, así era. Acostarme con L... fue siempre tan agradable como masturbarme: no te pedía ni te arrebatava nada, era tranquila y fácil de satisfacer.

Era fácil de satisfacer y aburrida. Me la follé, y mientras lo hacía estuve pensando en mi Maggie, en mi sexy, confundida y complicada chica. Sabía que estaba loca y maldita, sabía que un día (¡cualquier día!) podía ser Marge o la anciana Margaret, sabía que llevaba dentro pequeñas Mias y Mays, pero la amaba de todos modos. La amaba. La amaba y la extrañaba muchísimo. Tanto que apenas podía respirar.

—¿Te ha gustado? —me preguntó L... al terminar.

Es horrible decirlo, pero me había olvidado de que L... seguía ahí. La había utilizado y ahora sólo quería que desapareciera de mi vista. Pobre y simplona L...

Jane, me siento avergonzado de la forma con que la traté esa noche. Y además he decidido decirte la verdad: cuando conocí a Margaret por primera vez, todavía salía con L... Acababa de pedirme que me casara con ella, pero aun así esto no justifica mis ruines actos.

Si me hubieras conocido en aquellos tiempos me temo que no te habría gustado demasiado. Tú eres una excelente persona, lo sé, y yo entonces no lo era.

Después de irme del apartamento de L... decidí llamar a Maggie, aunque fuera a altas horas de la noche.

—Antes de conocerte salía con alguien —empecé a decirle.

—Claro, es natural —respondió ella.

—Quiero decir, justo antes de conocerte. Y también un poco mientras salía contigo. Se llamaba L... y...

Maggie me interrumpió.

—Ya lo sabía —dijo.

—¿Lo sabías?

—¿Cómo podía no saberlo? —me preguntó—. Pero no me importaba. Estaba locamente, estúpidamente, perdidamente enamorada de ti. Era un sentimiento más allá de la razón o del sentido común. ¡Por Dios!, N., ¡claro que lo sabía!

Ella lo sabía.

—Ahora que sabes que estaba enterada de lo de L... ¿te gusto menos? —me preguntó.

—¿Por qué tendrías que gustarme menos?

—Porque significa que lo sabía y que aun así no me importaba.

Me eché a reír.

—Maggie, me estás sobrevalorando.

—Pero la culpa tampoco fue totalmente mía. Aquel día tú no jugaste limpio. Entraste en esa habitación y nunca mencionaste a L..., ni una sola vez. Si lo hubieras hecho en ese momento, quizá, tal vez... No, probablemente no.

»Aquel día decidí que te amaba y sabía que ya no iba a cambiar de idea —dijo ella—. Y te conozco. Vas a decirme que eso no es amor en realidad, pero yo creí que lo era, ¿acaso importa si lo era o no?

»Miras a un hombre a los ojos y ves en ellos toda tu vida. Yo no sabía nada de ti, pero me parecía que te conocía de toda la vida y que siempre te conocería. Te miré, N. y ni siquiera me importaba lo que no sabía de ti. Ni siquiera me importaba si no me amabas. ¿No te parece una estupidez? ¿Que soy una estúpida? Te amé en el mismo momento que entraste en la habitación.

—Pero ¿no te hubiera importado si yo no te amaba? —le pregunté.

—Habría sido una tragedia. No me malinterpretes. Sólo quiero decir que te amaba aun sin saber si tú me corresponderías. Te amaba sin tener ninguna garantía de tu amor. Y al principio nuestro futuro parecía muy sombrío. Parecía imposible, como si se hubieran puesto en marcha demasiadas cosas. En aquel tiempo casi te odié, por no

saber que yo deseaba con toda mi alma que lo nuestro funcionara, pero nunca pude hacerlo.

—Gracias por no odiarme —le dije.

—Gracias por no odiarme —repitió ella—. Que forma tan barroca de decir «te quiero», ¿verdad? ¡Qué romántico!

—Volveré pronto —le prometí.

—¡Oh! —empezó a decir y luego hizo una pausa. Yo estaba seguro de que iba a preguntarme cuán pronto sería, pero no fue así—. Dejaré la luz del porche encendida para ti, N. —dijo—. No es fácil encontrarnos de noche.

—Pero no te he dicho el día que volveré —observé.

—La dejaré encendida *hasta* que vuelvas —respondió.

Todo se decidió en dos o tres momentos, Jane. Tu madre en la cama, tu madre con aquellas botas y tu madre esta noche. Y ¡oh Dios!, eso es amor o algo muy parecido.

A la mañana siguiente se efectuó la lectura del testamento. Por si no lo he mencionado antes, el tío Jacques estaba forrado. Entre otras cosas, heredé una casa unifamiliar en la elegante calle Charles de Boston, tres descapotables antiguos y una suma de dinero lo suficientemente elevada como para no tener que trabajar nunca más.

Aquella tarde le compré a Maggie un anillo de compromiso, uno de verdad. El aro era de platino y parecía un pedacito de cordel. Estaba decorado con una sola perla.

Te aseguro, Jane, que me gusta todo lo que tiene que ver con pedirle a una chica que se case conmigo: la adquisición del anillo, el acto de arrodillarte, la petición. No me imaginaba llegar a hacerlo, pero lo hice. Me gustó ser capaz de llevarlo a cabo para ella. Después de nuestro poco convencional noviazgo, me gustaba la naturaleza convencional del acto.

Me gustaba el ritual. Me sentí como si me hubiera unido a alguna importante tradición de almas intrépidas e insensatas.

Maggie se puso el anillo y se lo quedó mirando.

—¿Cuándo se convierte una perla en una perla? —me preguntó.

—Cuando la venden en una joyería por mil dólares y la llaman perla —respondí.

—Estoy hablando en serio. ¿Cuándo deja de ser una mota de polvo, un elemento molesto para una ostra? ¿En qué momento?

—Supongo que cuando se cubre con la primera capa nacarada.

—Pero ¿puede decirse que eso es una perla? ¿No es demasiado pequeña para llamarla así?

—Es una perla, M., créeme. Lo único que necesita es tiempo para fabricar más capas. Una perla tiene muchas diminutas perlititas en su interior.

—Me pregunto si la perla lo sabe. Si siente que ya no es una mota de polvo.

—Dudo que a la ostra le importe una cosa o la otra —le dije bromeando.

Maggie ignoró mi comentario, como si fuera innecesario para su razonamiento.

—Creo que la perla siempre lo ha sabido. Creo que es imposible estar destinada a ser una perla y no saberlo. En cierto modo, fue siempre una perla incluso antes de serlo.

—Maggie, ¿quieres casarte conmigo o no?

Ella rió cariñosamente.

—Lo haré —me susurró al oído—, pero tuve que jugar antes un poco contigo. No me he olvidado de tu condenado cordoncito, ¿sabes? —me dijo frunciendo el ceño y luego se echó a reír de nuevo.

Fui a buscar a la anciana Margaret para darle la buena noticia. No estaba en ninguno de sus lugares habituales. Por fin la encontré en el dormitorio, estaba muerta. Había fallecido mientras dormía. Supongo que se debió a aquel segundo infarto tan temido. O quizá simplemente por aquel maldito comodín: la vejez. Vi su barra de labios encima de la mesita y por respeto decidí pintarle los labios por última vez.

Fui a buscar a las otras Margarets. No sabía si darles primero la buena o la mala noticia.

En la habitación de Mia encontré una nota sobre el escritorio que ponía: «Me han concedido una beca para estudiar pintura en la escuela de Bellas Artes. He conocido al violoncelista con el perro dorado. No me esperéis. Besos. Mia».

En la habitación de Marge había ropa desparramada por todas partes. También había dejado una nota: «Por fin me he ido al extranjero. Os mandaré una postal si tengo tiempo. Si alguien encuentra mi libro titulado *The Portable Gertrude Stein* enviádmelo por favor. Saludos, Marge. P. D. Maggie puede quedarse con mi olla de cocción lenta. P. P. D. Volveré antes de lo que creéis». Su parche colgaba inquietantemente del espejo.

Salí al exterior a buscar a May. Estaba de pie cerca del río.

—¡May! —la llamé.

Me saludó con la mano y yo hice lo mismo.

—¡May! —grité—, he de decirte algo.

Agitó la cabeza. Sus coletas pelirrojas volaron de un lado a otro, chocando contra sus mejillas hasta que éstas también enrojecieron. Y entonces ocurrió algo muy extraño. Aquellas coletas pelirrojas volaron con tal rapidez que se convirtieron en una especie de alas. Y May empezó a elevarse del suelo. Y el resto de su cuerpo se convirtió, ante mis propios ojos, en un pajarito rojo. ¿Quizás en un petirrojo? ¿En un cardenal? (Los pájaros nunca me entusiasmaron demasiado.) En cualquier caso, se convirtió en un pajarito rojo y se alejó volando.

—¡May! —la llamé, pero ya se había ido.

Como ya no teníamos ninguna razón para quedarnos, ayudé a Maggie a empacar sus cosas y a la mañana siguiente cogimos el coche para volver a Boston. Podía haber conducido yo (mi pierna estaba casi del todo recuperada), pero ella insistió en hacerlo. Juró que esta vez no se dormiría al volante y yo la creí.

Era el primer fin de semana de septiembre, el verano ya se había terminado. El aire era limpio, fresco y suave. Cuando acabábamos de cruzar el puente, Maggie aparcó el coche y se echó a llorar.

—Vamos a casarnos —dijo—. Cuando me lo pediste no quise creérmelo. Quería asegurarme de que hablabas en serio. Estoy acostumbrada a esos espacios tuyos que dejas.

—¡Eres tú la de los espacios! —respondí.

—¿Bromeas? —me preguntó—. Fuiste tú el que me ató aquel cordoncito en el dedo sin explicar tus intenciones. Después de que nos acostamos, no volviste a llamarme hasta unos dos meses más tarde. Nunca mencionaste a L. ¿Y qué me dices de tu vida? Sólo he visto a tu hermana una vez y ni siquiera sé lo que les ocurrió a tus padres. La mayor parte del tiempo eres un absoluto misterio. Ni siquiera conozco tu maldito nombre. Eres tú el que deja esos espacios.

—Es Timothy —dije.

—Timothy —repitió ella—. Nunca me lo hubiera imaginado.

—Y mis padres murieron al estrellarse el avión en el que viajaban.

—Lo siento.

—Y mi hermana es muy crítica con todas mis novias, por eso no me gusta llevarlas demasiado a su apartamento.

Ella asintió con la cabeza.

—Y no te llamé porque L...

—Eso ya lo supuse —admitió.

—Y no puedo explicarte lo del cordoncito —dije—, o sea, que ni siquiera pienso intentar hacerlo.

Maggie puso de nuevo el coche en marcha y nos fuimos del lugar. Supongo que debimos de pasar la señalización que ponía Margarettown, pero si lo hicimos no me acuerdo. A los lugares les gusta anunciarse con bombos y platillos cuando llegas, pero al dejarlos son mucho más discretos en ese sentido. A veces uno se va de un lugar y ni siquiera sabe que se ha ido.

Así que abandonamos la parte norte del estado de Nueva York. Los árboles que estaban llenos de fruta cuando llegamos, no tenían ahora ninguna, y los que no tenían ninguna, estaban ahora llenos de ella.

Después de aquel verano, volví a esta parte del país por distintas razones (una vez para dar una conferencia, y otra para asistir a la boda de una antigua novia), pero te aseguro Jane que ninguna de ellas se parecía en lo más mínimo a la primera vez que

la visité.

La noche antes de casarme, volví a tener otro sueño «simbólico». Como no me había deshecho de aquel maldito diario de sueños, por lo visto no podía dejar de tener sueños «simbólicos». En cualquier caso, esto fue lo que escribí en él:

Estamos en la ceremonia. Maggie es la novia. Entonces me doy cuenta de que todas las otras Margarets también están allí. May es la niña que la acompaña. La anciana Margaret es la madre de la novia. Mia es una de la damas de honor y Marge, otra. Cuando el pastor pregunta: «¿Deseas tomar a este hombre por esposo?» todas las Margarets presentes responden a coro: «Sí, quiero».

La única persona que vino a nuestra boda fue mi hermana Bess. Acudió sola. En aquella época prefería mantener su vida privada en privado, incluso a mí me excluía. Todos los miembros de la familia de Margaret habían, por supuesto, muerto.

Al proceder de una familia de Boston bastante prominente, yo podía haber invitado a otras personas, pero no quise someter a Margaret a ese grado de escrutinio. Además, toda aquella gente no habían sido para mí más que unos nombres en unas felicitaciones navideñas. (El tío Jacques estaba, gracias a Dios, muerto.) Cuando me comprometí con L... su familia mandó más de quinientas misivas anunciando nuestro compromiso. Nos llegaron, como maná caído del cielo, relojes para la repisa de la chimenea, marcos de plata de ley y cocteleras. L... estaba encantada. No sé adónde fueron a parar todos esos tesoros después de romper nuestro compromiso. Seguro que un hombre más listo que yo sabría la respuesta.

Al discutir el tema de nuestro casamiento Margaret dijo: «Los enseres para la casa no me interesan tanto como para justificar una boda con muchos invitados. A mí ya me basta con que tú acudas a él». Tampoco quiso que hubiera ninguna dama de honor. Le parecía una costumbre malsana: «Al principio, en la Edad Media —me dijo—, había damas de honor sólo en los casamientos reales. Todas ellas iban vestidas exactamente como la novia, servían de señuelo por si alguien intentaba asesinarla». [Todavía no sé si esto es cierto. Tal vez desees preguntárselo a tu tía Bess, ella suele conocer esta clase de cosas.] Margaret sólo me insistió en el detalle de las flores: quería que fueran de papel fino de colores, como los arreglos florales de *origami*.

—¿Por qué de papel? —le pregunté.

—Las flores de papel duran más —me respondió—, y podré conservarlas siempre.

—A no ser que haya un incendio, una inundación o un incidente con una trituradora de papel —observé.

—Además, las flores me deprimen. Huelen a decrepitud.

Así que Maggie tuvo sus flores de papel. Desde lejos parecían de verdad. Por desgracia, aquel día llovió y las flores artificiales quedaron ligeramente empapadas.

—Habría sido mejor comprar flores naturales —dije.

Maggie se encogió de hombros, alzó los pastosos capullos a la altura de su rostro

y tomó aire.

—Se secarán —me respondió—, ya lo verás.

—¿A qué huelen los capullos de papel? —le pregunté.

Volvió a tomar aire.

—A nada —repuso—. ¡Menos mal!

Arrojó las flores de papel a Bess, que se había pasado la mayor parte del tiempo emborrachándose. Bess las dejó caer al suelo.

—Supongo que esto significa que nunca me casaré —dijo. (Por el momento, ha tenido razón.)

¿Qué más puedo decir sobre mi primera y última boda? La noche anterior dormimos separados (¡ella era en ese sentido de lo más anticuado que hay!) y una parte mía estaba preocupada preguntándose con qué Margaret iba a casarse por la mañana. Afortunadamente la Margaret con la que me casé aquel día tenía más o menos mi edad, no era joven ni vieja. Se trataba de una nueva Margaret, una Margaret que parecía haber hecho desaparecer a todas las otras. Sin embargo, al mirarle a los ojos podía ver en ellos a Marge, a la anciana Margaret, a la pequeña May y a los vestigios de las otras Margarets. Incluso vi a Greta, era la primera vez que la veía, pero aun así la reconocí. Y sabía que me estaba casando con todas ellas. Mientras el pastor leía los votos, que siempre me han parecido las frases de una obra de teatro, supe por primera vez exactamente lo que significaban. Que cada una de las frases (en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad...) se refería a todas aquellas distintas personas con las que ibas a casarte aunque sólo contrajeras matrimonio con una.

¡Ah, Jane! Ahora al mirar en retrospectiva mi propia boda pienso que ojalá hubiésemos tenido más enseres para el hogar. Si la presencia de una licuadora de tamaño industrial y de una funda de edredón de mil doscientos hilos ayudara a que una pareja siguiera junta (o a que les costara más separarse), entonces pienso que ojalá hubiésemos tenido todos los enseres del mundo.

Cuando esa noche nos metimos en la cama, como marido y mujer por primera vez, Maggie me contó esta historia.

—N. —me preguntó—, ¿sabías que nuestra boda fue la primera del día?

—Claro que sí —le respondí—, después de la nuestra había programadas dos más en la iglesia.

—Pues cuando fui al vestidor para recoger las cosas que me había dejado, la novia de la segunda boda ya se encontraba en él. Llevaba el mismo vestido que yo. Era clavado. Tenía el mismo corte, el mismo color. Era como una copia del mío.

—La mayor parte de vestidos de novia se parecen, ¿no crees? ¿Acaso no son todos blancos y ampulosos?

—Sí, pero te aseguro que su vestido era clavado al mío. Y la novia también se parecía un poco a mí. Sólo que era rubia. ¿No te parece extraño?

—Sí —le respondí, aunque en realidad después de nuestro peculiar noviazgo este

episodio no me parecía demasiado raro. De hecho, me parecía felizmente, dichosamente común. Me parecía la clase de divertida anécdota que puede pasarle a cualquier novia en cualquier momento y en cualquier boda de cualquier lugar. Me imaginé a Maggie contándosela a nuestros nietos algunos años más tarde. Sólo que con el paso del tiempo habría ido mejorando cada vez más. «La otra novia podía haber sido mi hermana gemela —diría Maggie—. La otra novia se puso nerviosa y se desmayó. Entonces su madre me pidió si me importaría suplantar a su hija e ir hasta el altar en su lugar, y así lo hice. Como aún llevaba el vestido de novia puesto, al principio el novio ni siquiera notó la diferencia.»

—¿Por qué estás sonriendo? —me preguntó Maggie—. Parece como si tuvieras un secreto.

—Me estaba imaginando... —empecé a decir—. Sólo... —empecé de nuevo a decir—. ¡Soy muy feliz! —exclamé—. De todas las Margarets del mundo, de todas las que podían estar hoy aquí, me alegro de que hayas sido tú la que está conmigo. Podía haber sido cualquier otra, y tú lo sabes.

Ella me miró desconcertada.

—¿Qué quieres decir? —Margarettown ya se había convertido en un lejano recuerdo para ella, podía verlo.

—A veces pienso en todas las cosas que han tenido que ocurrir para conducirnos hasta aquí. Tuviste que ir a la universidad a los veinticinco años. Tuviste que dejar aquel curso de filosofía obligatorio para la mitad del segundo semestre. Tuviste que faltar siempre a clase. Tuviste que tener un bolígrafo debajo de la cama. Tuviste que...

Ella me interrumpió.

—Tal vez todos estos episodios no sean más que detalles. Tal vez nos habríamos encontrado igual aunque cada detalle hubiera sido totalmente distinto.

»O quizás habrías conocido a una chica totalmente distinta a mí y ni siquiera hubieras notado la diferencia —me susurró—. Tal vez habrías sido perfectamente feliz con ella, o incluso más de lo que pudieras serlo conmigo.

—Habría notado la diferencia, Maggie, te lo aseguro, la habría notado.

Y entonces hicimos el amor. No puedo decir que hubiera un notable cambio entre el sexo prematrimonial y el sexo posmatrimonial. Y por lo que sé, Bess tiene razón, Jane, tú no quieres oír demasiadas cosas sobre la vida sexual de tus padres. Aunque te diré que en Margaret Towne fui feliz durante un tiempo.

Y después de la boda tal vez te preguntes, ¿qué Margaret fue ella?

Al final fue Maggie la mayor parte del tiempo.

Fue casi siempre Maggie, creo.

Fue Maggie, pero me di cuenta de que en realidad no había llegado a conocerla nunca.

Esta exquisita tortura

1

En enero ella abre una galería en una zona de la ciudad donde hay tantas otras galerías, y que se llama Gallery Row. La suya se especializa en piezas arquitectónicas antiguas. Es la única que vende esta clase de objetos en Gallery Row.

Un delicado cartelito cuadrado cuelga de la puerta de su tienda:

M. TOWNE

~

ANTIGÜEDADES

La frase *antigüedades arquitectónicas* no cabía en el cartel sin que se viera apretada y a ella le preocupaba que «Antigüedades» no fuera un término claro. Tuvo que elegir entre el estilo o la claridad, y no por primera vez en su vida eligió el estilo.

La tienda de la puerta de al lado se especializaba en libros poco comunes y en objetos coleccionables sin un valor intrínseco. El día que ella abre la galería, el propietario de la tienda de al lado va a verla para presentarse y le regala una botella de champán de un moderado precio como gesto de buen vecino. Para corresponderle ella le ofrece compartir el champán con él.

—¿Qué significa la «M»? —le pregunta el hombre de la puerta de al lado mientras abre la botella de champán.

—Margaret —le responde ella—, pero siempre he odiado este nombre (es su típica respuesta).

—Entonces te llamaré Meg —dice él—. Meg —repite.

Hasta este momento nadie la había llamado nunca Meg. Ha tenido muchos otros apodos, pero nunca el de Meg. Piensa en decirle uno de los otros nombres, pero de pronto le parece que es mejor no molestarse en ello. ¡Y qué importa de todos modos! Si quiere llamarla Meg, ¡tanto le da!

—Sí —responde ella—, Meg.

—Encantado de conocerte, Meg —dice él mientras sirve el champán en dos vasos de papel. Meg ni siquiera siente el deseo de corregirle.

2

En febrero el delicado cartelito cuadrado de Meg se cae al suelo. El buen vecino, el hombre de la puerta de al lado, tan amable como siempre, la ayuda a colgarlo de nuevo.

—¿Has nacido en esta zona? —le pregunta el hombre de la puerta de al lado.

—No, pero estudié aquí —responde Meg.

—¡Qué casualidad!, yo también —dice él. Resulta que no estudiaron en el mismo colegio, pero se enteran de que los dos han vivido en el mismo edificio (aunque en distintas épocas).

—¿De dónde eres? —le pregunta él.

—Nací en Albany —le responde ella.

Por lo visto él conoce Albany muy bien. Sus abuelos vivieron en esta ciudad antes de mudarse a Florida y él solía pasar los veranos allí. Resulta que la casa de sus abuelos se encuentra a quinientos metros de la casa en la que Meg pasó la infancia.

—¿En qué calle vives ahora? —le pregunta él.

—En la calle Charles —responde Meg. Por lo visto su casa unifamiliar se encuentra al lado de la casa donde él solía vivir antes de casarse en el mes de abril con Sam (un apodo de Samantha).

Resulta que Meg se había trasladado a su nueva casa en el mes de mayo, después de que su marido la heredara de su tío Jack.

—Creo que nos hemos pasado la vida estando a punto de encontrarnos —le dice bromeando el hombre de la puerta de al lado.

Meg ríe por compromiso.

Al cabo de varias horas de que su delicado cartel vuelve a colgar de la puerta, Meg todavía se sigue torturando un poco con la observación de su vecino. Toda la tarde no deja de pensar en ella como si se encadenara formando un signo del infinito en su cabeza: *Creo que nos hemos pasado la vida estando a punto de encontrarnos, creo que nos hemos pasado la vida estando a punto de encontrarnos, creo que nos hemos pasado la vida estando a punto de encontrarnos*. Le resulta doloroso pensar en ello (no sabe por qué), pero le gusta sentir ese dolor (no sabe por qué).

Al volver a su casa unifamiliar de la calle Charles, le cuenta la historia a su marido.

—Es obvio —dice bromeando el marido—. Si no me hubieras conocido, sin duda te habrías enamorado de él.

Megg besa a su marido y le dice que no es verdad.

—Por cierto, ¿qué es lo que vende? —le pregunta él.

—Libros poco comunes. Coleccionables.

—Coleccionables —repite él—. ¿En qué consisten exactamente?

—No estoy segura —responde Meg.

El marido lo busca en el diccionario: «Objetos impresos que ya no despiertan

ningún interés», lee en él, «cualquier objeto de corta vida».

—No tengo idea de cuándo uno de esos objetos es obligado a pasar a mejor vida —observa.

Al día siguiente Meg da las gracias al hombre de la puerta de al lado por haberle colgado el cartel. Como muestra de gratitud, le dice que puede elegir la pieza que desee de su tienda.

—Quería elegir algo para ti, pero no sé qué es lo que te gusta. Ven a buscarlo cuando quieras con... tu mujer —añade un segundo más tarde. Meg no consigue decir el nombre de la mujer de forma audible.

En marzo Meg tenía las siguientes antigüedades para vender:

- 10 arañas de cristal del salón de baile de un buque (Meg espera que un restaurante o cualquier otro comercio se las compre todas, odia la idea de venderlas por separado).
- Un espejo de bronce de la cómoda de un burdel de los años veinte.
- Un pasamanos de caoba tallado con cupidos, frutas y flores.
- Una balastrada de hierro de la galería de un hotel de Nueva Orleans.
- Un cartel (también de hierro) de una perfumería francesa del siglo XVIII.
- Más de 100 puertas (en concreto un grupo de puertas de dos hojas pintadas a mano de una iglesia de Saint Augustine, en Florida; la pintura de las puertas representa la historia del Arca de Noé).
- Más de 50 ventanas (Meg está orgullosa de sus ventanas. Siempre le ha sorprendido cómo algo tan normal puede tener un aspecto tan distinto).
- 25 pomos de cristal en forma de pera de un baño turco de California (Meg no está segura de si sólo estos pomos parecen unos testículos o de si todos lo parecen).
- Distintos artículos de ferretería (tiradores, barras para las cortinas, grifos, bisagras, etc.).

El último sábado de marzo el hombre de la puerta de al lado acompaña a su esposa Sam a la tienda para que elija el objeto prometido.

—¿Está Meg? —pregunta el hombre de la puerta de al lado.

—No —responde la dependienta tal como Meg le ha pedido que dijera—, pero me avisó de que vendrían.

Meg, por supuesto, se ha escondido en su despacho, que se encuentra en el *loft* que hay encima de la tienda. Desde este lugar puede observar al hombre de la puerta de al lado y a su mujer sin que la vean.

La mujer es tan alta como Meg y tiene el pelo de color rubio oscuro, el mismo color que ella tenía antes de teñírselo de pelirrojo. Meg decide que aunque algunas personas dijeran que esa mujer es más guapa que ella, la mayoría asegurarían lo contrario. Las dos son por el estilo, pero Meg llega a la conclusión de que ella (Meg) tiene los ojos más bonitos y los pechos más grandes.

La mujer del hombre de la puerta de al lado consulta diligentemente las existencias de Meg antes de decidirse por un conjunto de diez tiradores de cristal. Los tiradores procedían de un tocador art decó con espejos en tan mal estado que fue imposible restaurarlo. El precio del conjunto de tiradores es de 80 dólares. Meg los echará en falta, pero reconoce que Sam ha elegido el objeto perfecto: ni demasiado barato ni demasiado caro.

—Dele las gracias a Meg de nuestra parte —le dice el hombre de la puerta de al lado a la dependienta.

—¡Qué lastima no haberla encontrado! —se lamenta su esposa al salir—, aunque después de haber estado en su tienda, siento casi como si la hubiera conocido.

—Te gustará —le dice el hombre de la puerta de al lado sosteniéndole la puerta—. Se parece mucho a... La puerta se cierra antes de que Meg pueda oír a qué o a quién «ella se parece mucho».

Tumbada en el suelo de su despacho, Meg compara al hombre de la puerta de al lado con su marido. No es tan atractivo como mi esposo, piensa. Ni tan inteligente. El hombre de la puerta de al lado es más pobre y más gordo que mi marido. Y además tiene menos pelo que él.

Entonces, ¿por qué Meg está pensando todo el tiempo en el hombre de la puerta de al lado?

La dependienta sube al despacho para ir a buscarla.

—¿Has echado una buena siesta? —le pregunta en un tono agradable.

La siesta había sido la excusa que Meg había dado.

—No he podido dormir —admite Meg.

—¡Qué lástima! —dice la dependienta—. Tenías entonces que haber bajado. Su esposa es muy guapa. Se parece a la mujer que se casó con John F. Kennedy.

—No te estarás refiriendo a Jackie.

—No, me refiero a la rubia, a la que se casó con el hijo.

—Carolyn Bessette Kennedy —dice Meg.

—Sí, era igualita a ella, pero con el pelo más oscuro.

—Algunas personas también dicen que me parezco a Carolyn Bessette Kennedy —observa Meg, aunque en realidad nadie se lo ha dicho.

—¿De veras?

—Bueno, cuando tenía el pelo más claro.

La dependienta se queda mirando a Meg ladeando un poco la cabeza y la observa cerrando uno de sus ojos.

—Quizá, quizá. Sí, ahora veo el parecido —dice. Pero Meg sabe que la dependienta sólo está intentando ser amable—. Ya sé que no está bien decirlo —añade bajando la voz—, pero no esperaba que su mujer fuera tan guapa, quiero decir que ella es mucho más guapa que él.

—¿Tal vez él tenga otras cualidades? —sugiere Meg.

—Sí, supongo que así es —dice la dependienta examinando su manicura—. Parece un tipo lo bastante dulce.

A Meg le gustaría darle un puñetazo a la dependienta, pero en ese momento el marido de Meg entra a la tienda.

—Éste sí que es un hombre atractivo —le susurra la dependienta—. Tu marido me pone a cien, Meg —añade sacando el pecho y saludando insinuantemente al marido de ésta—. ¡Eh, guapo, estamos aquí! —le dice llamándole.

En realidad, la mayoría de mujeres (y algunos hombres) tienen esta clase de reacción con el marido de Meg. Es más sexy que guapo. Su parte sexy hace que la gente crea que es más guapo de lo que es.

4

En abril Meg y el hombre de la puerta de al lado empiezan a quedar para comer juntos casi cada día, salvo los fines de semana. Son unos encuentros inocentes, los dos tienen una especie de amistad de lunes a viernes. Normalmente van al restaurante chino del Jardín de la doble felicidad, el local que les cae más cerca y que ofrece un menú especial por 4,50 dólares. Además del primer plato, el menú especial incluye un refresco y una galletita china de la suerte.

Un viernes a Meg le salen dos papelitos en la misma galletita. El primero dice:

Serás lo bastante sensato como para no esperar demasiado de los demás.

Y el segundo:

El hombre sabio lo sabe todo. El astuto sabe cómo es todo el mundo.

Esos papelitos ya le habían salido en otras ocasiones. Meg se ha dado cuenta de que después de dos semanas de estar comiendo en el mismo restaurante, los papelitos han empezado a repetirse. El mismo viernes, al hombre de la puerta de al lado sólo le sale un papelito:

Valoras la honradez y tienes unos sólidos principios éticos.

¿En la cama? Meg no puede dejar de preguntárselo. El hombre de la puerta de al lado la mira y ella se ruboriza.

—Parece como si guardaras un secreto —le dice él.

Sabe lo que estoy pensando, piensa Meg.

—No —le asegura—, soy un libro abierto.

—Mi suegra siempre utiliza esta expresión —observa él.

—¿Ah sí?

—Siempre emplea dos frases. La primera es «Soy un libro abierto», y la segunda «¡Eso es lo que hay!»

—«¡Eso es lo que hay!» —repite Meg—. ¡Qué deprimente!

—Sam también dice lo mismo —observa el hombre de la puerta de al lado—. Aunque no estoy de acuerdo con ninguna de las dos. Después de todo, las cosas son como son.

—Yo creo que lo deprimente es cómo se usa la frase —responde Meg—. Nadie dice nunca «Me acaba de tocar la lotería. ¡Eso es lo que hay!», sino que esta expresión sólo se emplea cuando uno desea que la situación hubiera sido distinta.

—El móvil del hombre de la puerta de al lado empieza a sonar y ha de volver corriendo a la tienda.

¡Eso es lo que hay!, piensa Meg.

En mayo un hombre corpulento intenta robar una pila para pájaros de cemento de tamaño mediano de la tienda de Meg. La pila tiene dos palomas de jade en el interior y probablemente pesa más de setenta kilos. Como Meg vende principalmente objetos de gran tamaño, los robos no son un problema para ella.

El hombre de la puerta de al lado persigue al ladrón y logra atraparlo con facilidad. Naturalmente la velocidad del ladrón se ha visto muy reducida al tener que correr cargado con una pila para pájaros de setenta kilos de peso.

El ladrón, sudando y jadeando, casi parece aliviado de que lo hayan atrapado.

—Creo que me está saliendo una hernia —dice poniéndose la mano en el costado.

—¡Te lo mereces! —le responde el hombre de la puerta de al lado.

El ladrón se encoge de hombros y se disculpa.

—No pensaba que fuera tan pesada.

—¿Por qué diantres lo ha hecho? —le pregunta Meg.

—Me gustaban esos pajaritos. Quería regalársela a mi esposa. A ella le encantan esta clase de cosas.

El ladrón respira con dificultad. Meg le mira a los ojos y sospecha que no es un mal tipo. A ella también le gustan esos pajaritos.

—¿Cuánto cuesta? —pregunta el ladrón—. Quiero comprarla.

—Mil dólares —responde Meg.

—¡Por Dios!, ¿lo dice en serio?

Meg asiente con la cabeza. En realidad, la vendía por tres mil dólares, pero le ha dicho el precio que creía que él podría pagar.

—¿Se puede pagar a plazos?

—Meg —le dice el hombre de la puerta de al lado—, deberías estar llamando a la policía.

Ella vuelve a encogerse de hombros.

—No vale la pena —dice.

—¿Así que me puedo ir? —pregunta el ladrón.

—¿Y por qué no? —le responde Meg encogiéndose de hombros otra vez.

El hombre de la puerta de al lado suelta al ladrón y éste se va rápidamente arrastrando los pies.

—¡Y no vuelvas! —le grita el hombre de la puerta de al lado.

—Gracias —le dice Meg.

Él se encoge de hombros.

—No deberías haber dejado que se fuera. Es una cuestión de principios, Meg.

Meg puede ver que le ha decepcionado. La decepción, observa, es la emoción más intensa que ha expresado hacia ella. Ha de alejarse de él, piensa, porque su decepción le produce una extraña reacción. Por alguna razón la llena de algo que sólo puede describirse como alegría.

Y en ese momento Meg sabe lo que ha estado sospechando desde el instante en que dejó que el hombre de la puerta de al lado la llamara Meg.

Meg se ha enamorado del hombre de la puerta de al lado. Él le ha recuperado la pila para pájaros y le ha colgado de nuevo el cartel. Por estos servicios su corazón está maduro de deseo y gratitud. Aunque a ella le cuesta distinguir una emoción de la otra.

Meg se echa a reír porque es absurdo descubrir que se ha enamorado de un hombre sólo porque le ha recuperado la pila y le ha colgado el cartel.

Se ha enamorado de un hombre que ciertamente no es mejor que su marido. Y, sin embargo, es más novedoso que él. Y en el amor, ¡cuanto más novedoso, mejor!

¡Meg está enamorada! Está enamorada, y aunque le parezca un poco descabellado y horrible, quiere contárselo a todo el mundo. Incluso a su marido, por más absurdo que parezca.

6

En junio el mundo conspira contra Meg para asegurarle de que está realmente enamorada.

Ve en las noticias de la tele un trillado y breve reportaje sobre el estilo de vida de los marchantes casados.

Uno de los personajes del libro que está leyendo se llama como el hombre de la puerta de al lado. Por eso tarda un mes entero en acabar de leerlo, aunque sea una novela muy breve.

En el avión en que viaja para asistir a una conferencia en Santa Cruz sobre piezas arquitectónicas antiguas, le ofrecen una bolsita de *pretzels*. Ella los rechaza amablemente, pero la azafata insiste en que los acepte diciéndole «para más tarde». Al cabo de una hora, al abrir la bolsita, descubre que los *pretzels* tienen forma de corazón. Es una promoción de la distribuidora para que el consumidor al comérselos los asocie con la reducción de las enfermedades del corazón. Se pone a mirarlos y le entran ganas de llorar.

Meg sospecha que es más guapa y más lista que la esposa del hombre de la puerta de al lado, pero también sabe que tanto da, ya que él conoció a su esposa primero. Y en el amor, lo que más cuenta es el orden de los factores. Pero aun así sigue torturándose pensando: ¿Quizá sólo se casó con ella porque aún no me había conocido?

Al cabo de un rato intenta mentalizarse para dejar de amar al hombre de la puerta de al lado. Cada vez que se acuerda de su nombre, se pellizca el antebrazo. Aunque intenta hacerlo durante una semana, el método no le funciona. No obstante, acaba con una serie de pequeños y antiestéticos cardenales. Cuando su marido le pregunta cómo se los ha hecho, Meg le responde: «No tengo la menor idea».

En julio Meg cumple treinta y un años. El hombre de la puerta de al lado le compra un regalo. Es un rótulo antiguo eléctrico de un cine en Margaret, Alabama. Las viejas bombillas de la parte delantera están fundidas y rotas, y además hay que cambiar la instalación eléctrica. El cartel dice: CINES MARGARETTOWN. Meg estima que debe de tener ochenta años de antigüedad. Tiene el llamativo y vistoso aspecto de un rótulo de aquella época. A Meg le encanta.

—Lo encontré en un mercadillo y pensé en ti —dijo él—. ¿Sabías que incluso existe un lugar llamado Margaret en Alabama?

Aquella noche Meg se lleva el cartel a casa y ello provoca una gran pelea con su marido. Meg siempre está llevando a casa objetos que él considera «trastos» y ella «arte».

Es una de aquellas peleas del Génesis en las que se saca a relucir cualquier error que uno haya cometido desde el inicio de los tiempos. Dura nueve horas, descontando la hora de descanso de la cena.

He aquí algunos extractos de las frases de Meg:

Quizás es más raro aún que tú siempre seas el mismo. ¿Qué clase de persona no cambia nunca? ¡Eso es lo que es extrañamente cabrón!

Es mi MALDITO CUMPLEAÑOS, gilipollas.

¡Deja de complicarme la vida! ¡Lo que yo quiero es alguien que sencillamente me ame! ¡Tú esperas demasiado de mí!

Y no pienso pasar el día de Acción de Gracias con tu hermana. ¡Sus platos son una mierda, capullo!

¿Por qué nunca me dejas beber de tu vaso? ¿Es que crees que voy a contaminarte o algo parecido? Me saca de quicio.

¿Por qué siempre te comportas como si estuviera a punto de derrumbarme? ¿Por qué me ves como si estuviera rota y deshecha?

Incluso odio cómo me miras.

Para su esposo sólo hay un problema. Está harto de que la casa esté llena de los destartalados «trastos» de su mujer. Se lo ha dicho muchas veces de muchas diferentes maneras con diferentes palabras. Le ha sugerido que guarde más «trastos» en la tienda, pero en realidad esto no es un gran problema para él. Al cabo de poco (después de una hora, para ser exactos), se arrepiente de haberle hecho aquel comentario y a partir de ese momento sintoniza con todo cuanto ella le dice.

Sin embargo, Meg está decidida a tener una pelea aquella noche en particular y lo consigue. Una buena pelea puede ser una gozada. La considera su regalo de cumpleaños.

8

En agosto Meg se plantea dejar a su marido, pero dejar a una persona es más difícil de lo que parece. Hay que dividir el dinero, las casas, las mascotas y los corazones. La logística de la separación parece totalmente abrumadora. Meg sospecha que esto, más que nada, es lo que hace que las parejas sigan juntas.

Se da cuenta de que aunque quiera tener una aventura, no siente ningún deseo de dejar a su marido.

Hacia el final del mes, su esposo le regala dos docenas de tulipanes: una roja y otra blanca. A Meg le parece por el momento que todos los problemas que tenían se han solucionado.

9

En septiembre Meg ve a su marido almorzando con la mujer con la que se había comprometido antes de casarse con ella. No le ha comentado que iba a comer con ella.

Se llama Libby. Meg contempla a su marido flirteando con Libby durante veinte minutos, pero en realidad no le importa. Sabe que aparte de su hermana Bess, Libby es la única amiga que su esposo tiene en el mundo.

Meg observa a Libby y se pregunta si él se está acostando con ella. Decide que no le importa si es así o no.

Aunque no le importe, guarda la información en su cabeza para utilizarla otro día.

En octubre Meg se acuesta con el hombre de la puerta de al lado. El encuentro sexual no es nada del otro mundo e incluso le parece un poco antiorgásmico. En cierto modo, el sexo nunca ha sido importante para ella.

Hay que mencionar que Meg sospecha que el hombre de la puerta de al lado se ha tirado un pedo durante el acto.

Hacen el amor en el apartamento de él. Meg está tan distraída con el pedo y tan ansiosa por irse que al terminar se va a casa con dos zapatos distintos: uno es suyo y el otro, de Sam, la mujer del hombre de la puerta de al lado. Los zapatos son muy parecidos, ambos son de piel negra. El zapato de Meg tiene la punta más cuadrada y el de Sam, el talón un poco más alto.

En cuanto Meg entra a casa, su marido se percata de que lleva dos zapatos distintos.

—¡Eh, Meg! —le dice—, ¿te has ido hoy de casa de esta manera?

—¿De qué manera? —pregunta Meg.

—Llevas dos zapatos distintos, cariño.

Su marido se acerca a ella y le saca el zapato de Sam.

—¿Lo ves? —dice.

Maggie lo coge enseguida. Se da cuenta al instante de su error y se ruboriza. El marido de Meg cree que ella se ha ruborizado al avergonzarse por su distracción. La abraza.

—Has estado trabajando demasiado —dice él.

Meg se queda allí parada calzando un solo zapato, el suyo. El que lleva puesto es uno de sus favoritos (el otro está en el apartamento del hombre de la puerta de al lado). Se pregunta qué es lo que va él a decirle a su mujer cuando encuentre el zapato que no es suyo y si alguna vez ella, Meg, volverá a recuperarlo.

Piensa que de todo lo sucedido lo que más lamenta es haber perdido aquel zapato.

Contempla su pie desnudo y advierte una gran ampolla en el dedo gordo. Piensa irracionalmente «es por culpa de esa estúpida zorra y de su estúpido zapato que hace ampollas».

El marido de Meg quiere hacer el amor con ella en ese mismo instante. Y aunque a ella no le apetezca, lo acepta. Pero le dice que primero ha de ducharse.

En noviembre, Michael, un amigo del instituto, la llama a casa. Aunque hayan pasado tantos años, Meg reconoce su voz, y cuando Michael la llama «Mia», se siente al instante como si volviera a tener diecisiete años.

Michael fue su primer amor, si es que esta clase de distinciones tiene algún valor. Los dos años que pasaron juntos fueron una tortura. En la actualidad es rabino y está casado, pero aún le queda tiempo para llamar a Meg siempre que pasa por la ciudad. Ahora le llaman rabino Mike.

—Mike, ¿qué te parece la monogamia? —le pregunta Meg.

—Mmmm... no sabría qué decirte —le responde el rabino Mike y luego se echa a reír.

—Pero ¿es práctica?

—Mmmm... ¿a qué te refieres?

—Quiero decir que si cuando nos casamos dejamos de tener amigos del sexo contrario. Te casas y ¡paf! Se supone que la mitad de la población deja de interesarte.

—Aunque estés casada puedes seguir teniendo amigos, Meg, pero te aconsejo que no te acuestes con ellos. —Si se va a acostar con alguno, el rabino Mike cree que ha de ser con él.

Meg sacude la cabeza.

—Últimamente me he estado sintiendo tan cansada —le dice al rabino.

—Sí, se te nota.

—Y vieja —añade Meg—. Mira cómo estoy ahora. Siempre supe que la belleza tenía los días contados, pero nunca pensé que pasaran tan deprisa.

—Ahora tu cara me gusta más. Así, envejecida.

Meg pone los ojos en blanco.

—¡Jódete! —le suelta Meg.

—¡Jódete tú! —le responde el rabino Mike.

—Sabes, Mike, he estado la mayor parte del año enamorada de alguien que no era mi marido, creí que iba a enloquecer. —Al instante de acabar de decirlo se siente mejor, más ligera.

El rabino Mike asiente con la cabeza. Está acostumbrado a que la gente vaya a verle para contarle toda clase de problemas y se alegra de poder ayudar a su vieja amiga.

—Estaba locamente enamorada. Estaba convencida de que no podía vivir sin él. No tenía ningún indicio de que sintiera algo por mí, pero pensé en dejarlo todo por ese hombre, Mike. De veras lo hice.

El rabino Mike asiente con la cabeza de nuevo. En su fuero interno no puede imaginar cómo puede existir un hombre que no sienta nada por Meg.

—Me acosté con él en una ocasión, pero él no me quería y yo lo sabía. Estaba totalmente enamorado de su mujer y lo sigue estando. No sé por qué sentí aquel

irreprimible deseo de corromper a un hombre tan perfecto, pero lo hice.

—¿Y no será eso lo que te atrajo de él?

—Te aseguro Mike que era uno de sus mayores atractivos. ¡Qué horrible! Le quería porque amaba con locura a su mujer.

—¡Pobrecita! —dice el rabino Mike.

—Pero la situación fue menos desagradable de lo que pensaba. Me alegré de saber que aún podía amar de esa manera a alguien. Amar a alguien, aun sabiendo que no tienes ninguna oportunidad de que te corresponda, produce un cierto placer. Aquel dolor me hizo sentir viva, como se dice en esos casos.

—El amor —observa el rabino Mike moviendo la cabeza— es una exquisita tortura.

—No podía dejar de pensar en él, aunque no fuera mejor que mi marido. Intenté mentalizarme para dejar de hacerlo, pero no lo conseguí. Era como si fuera adicta a él. Durante meses no pude sacármelo de la cabeza. Y cada vez que hablaba de su mujer, sentía como si me estuviera traicionando. Como si estuviera hundiendo un cuchillo en mi maldito corazón.

—¿Y qué pasó?

—Acabé acostándome con él. Y después sentí que aquella aventura era absurda, que no valía la pena. Y al cabo de un tiempo, dejé de pensar en él.

—¿Tu marido lo sabe? —le pregunta el rabino Mike.

—No —dice ella, pero luego duda—. En realidad, no estoy segura.

—Contigo me pasó lo mismo —le dice el rabino mirando al suelo—. Quiero decir que yo también sentía lo mismo por ti. Hasta el punto que muchos años más tarde seguía pensando en ti, preguntándome: «¿Y si?» Ese «¿Y si?» era lo peor de todo. Ni siquiera cuando conocí a Arianne pude dejar de pensar en ti, Mia. Cuando le pedí que se casara conmigo, me sentí como si te estuviera traicionando.

Meg se echa a reír.

—Siempre estamos traicionando a alguien. Si no es a la persona con la que estamos, es a la que aún no hemos conocido. Y si no es a la que aún no hemos conocido, quizá sea a nosotros mismos. ¿Lo entiendes?

El rabino Mike lo niega con la cabeza.

—No. Pero ¿acaso en las cuestiones del corazón hay algo que tenga sentido?

—¿Te enseñaron a decir eso en el Colegio de Rabinos? —le dice Meg volviendo a poner los ojos en blanco. Cuando está con Mike siempre se comporta como una adolescente—. Ni siquiera era guapo, ¿sabes? Era un hombre de lo más común. Uno de tantos. Pero lo más curioso es que era clavado a ti. Podía haber sido tu hermano.

—¡Qué halagador! Acabas de decir que no era guapo y que era un hombre de lo más común. ¡No te imaginas lo halagador que me resulta tu comentario!

—¡Oh, Mike!, no te lo tomes así. Sólo quería decir que no estaba segura de si lo amaba tanto porque se parecía a mi primer amor.

—¡Tu de lo más común y poco agraciado primer amor!

—Ya sabes que te quiero, rabino Mike. —Ella le llama así de vez en cuando porque sabe que eso lo desarma.

El rabino mueve la cabeza mostrando incredulidad y se aleja de Meg.

—Te quiero Mia, siempre te he querido. Y probablemente te seguiré queriendo toda mi puñetera vida.

Pero Meg sabe que el rabino Mike en realidad no la ama a ella, sino a aquella adolescente de diecisiete años llamada Mia que ya no existe. En realidad, la atracción que sentimos por nuestro primer amor no es hacia él, sino hacia nosotros mismos. El rabino Mike ama a Meg porque le recuerda aquel joven que era antes de llamarse así.

—¿Quieres saber mi opinión? —le pregunta antes de irse.

Meg asiente con la cabeza.

—Cuando me decías que ya no amabas a tu marido te estabas mintiendo a ti misma. Lo que pasa es que no puedes creer que le traicionas sólo porque estás aburrida.

—Quizá tengas razón —admite Meg.

—Porque siempre hay un hombre en la puerta de al lado, Mia.

Durante el día de Acción de Gracias Meg se encuentra mal y cree tener la gripe. La mayor parte del largo fin de semana se lo pasa en el cuarto de baño.

Cree tener la gripe, pero se equivoca. Está embarazada, aunque no lo descubrirá hasta al cabo de seis semanas.

En diciembre finaliza el contrato de arrendamiento de la tienda y Meg decide no renovarlo. El negocio de vender piezas arquitectónicas antiguas no ha ido tan bien como ella esperaba y ya ha tenido bastante con esta experiencia.

No le dice al hombre de la puerta de al lado ni a su marido que ha cerrado la tienda. Se limita a sacar el delicado cartelito cuadrado de la puerta y se va.

De camino a casa, Meg piensa en suicidarse.

Durante el segundo semestre del segundo curso de la universidad, la compañera de habitación de Meg se había suicidado saltando a las vías del metro. Meg había entablado una estrecha amistad con aquella chica y después de su muerte había abandonado los estudios en la universidad durante tres años. En el transcurso de aquellos tres torturadores años Meg solía pensar que al suicidarse se le habían acabado todos los problemas a su compañera. Hasta el día de hoy (hasta este mismo instante exactamente), Meg se pregunta a veces por qué la gente se empeña tanto en vivir cuando es mucho más fácil estar muerto.

En una ocasión intentó explicar a su marido por qué el suicidio de su compañera de habitación le había afectado tanto.

—Cuando Kat murió, el suicidio se convirtió en una opción más real para mí de lo que jamás lo había sido —observó Meg.

Su marido no entendió lo que estaba intentando decirle.

—Es como la opción de ir de vacaciones; una amiga tuya va de vacaciones a Mustique y aunque a ti nunca se te haya ocurrido ir a ese lugar, a partir de entonces lo ves como un posible destino. Si tu amiga ha ido, tú también puedes ir.

Su marido le contestó que no entendía lo que estaba intentando decirle.

Meg ha estado pensando mucho en ello a lo largo de los años y cree que tirarse a las vías del metro es uno de los mejores métodos para suicidarse, ya que no requiere demasiados preparativos y es muy económico. Sin embargo, tiene sus inconvenientes, porque el metro puede arrollarte sin llegar a matarte y entonces puedes acabar convertida en una inválida o en una paralítica. Piensa que si algún día quiere suicidarse, ha de emplear un método seguro.

Decide que es muchísimo mejor cortarse las venas. Lo hará un día en que esté segura de que su marido no se halla en casa. Si vas a cortarte las venas, no quieres que nadie te interrumpa, piensa.

Meg va a una papelería y compra el papel de carta más caro que encuentra. Al llegar a casa se pone a escribir una carta a su marido. Pero todo cuanto llega a escribir es «Querido N.», porque descubre que no tiene nada más que decirle.

Meg piensa que es mejor olvidarse de la carta y cortarse de una vez las venas. Se dirige al cuarto de baño. Coge una de las maquinillas de afeitar de su marido y saca la cuchilla de la funda. Se acerca la cuchilla a la muñeca. Pero cuando va a cortarse las venas, le entran ganas de vomitar.

El vómito le quita las ganas de suicidarse por el momento. Piensa que ya lo hará cualquier otro día.

Hoy Meg se cepilla los dientes, echa la cuchilla a la basura y decide dejar a su marido.

Susurros

1

Al principio son dos, pero ellos no lo saben.

«¿Estoy solo aquí?», piensa uno de ellos.

«No», responde el otro.

Uno de ellos se pregunta si se ha imaginado la respuesta. «No», le asegura el otro.

«¿Cómo sabes que no somos el mismo? —le pregunta—, ¿cómo sabes que no eres producto de mi imaginación?»

Y el otro se pone a pensar y a pensar y admite que no está seguro.

«Parece como si fuéramos el mismo porque conoces mis pensamientos», piensa uno de ellos.

«Tienes toda la razón», piensa el otro.

«Pero al ser este lugar tan oscuro, podría haber sin duda alguien más aparte de mí.»

El otro está de acuerdo.

«Espero que seas otro, porque así me sentiría menos solo y disfrutaría siempre de tu compañía», piensa uno de ellos.

«Hemos de actuar como si fuéramos dos hasta que estemos seguros de que no lo somos. No creo que nos haga ningún daño», piensa el otro.

Así fue como zanjaron la cuestión.

2

«Creo que estoy oyendo a alguien», piensa uno de ellos.

«Es sólo a mí a quien oyes», piensa el otro.

«Es algo del exterior», insiste el primero.

«¿Qué hay en el exterior?», le pregunta el otro.

«No estoy seguro, creo que debe de haber otros como nosotros.»

«¿Estás seguro de que no es a mí a quien estás oyendo?»

«No, es a otro —piensa—. No hace el mismo ruido que tú.»

«Pero...»

«¡Escucha!»

Los dos se ponen a escuchar, pero el sonido que uno de ellos ha oído antes ya ha cesado.

«Lo oigo —piensa el otro—. Oigo un cálido y rítmico sonido. ¡Son... los latidos de un corazón!»

«No son más que los tuyos», piensa el primero.

«No —insiste el segundo—, no son los nuestros, sino los de otro. Los de alguien más grande, alto y fuerte que nosotros. Creo que hay alguien más aparte de nosotros.»

Uno de ellos se pone a escuchar y el otro piensa: «Sí, sé exactamente a lo que te refieres. Yo también he oído esa voz. ¿Quizás esa voz y esos latidos pertenecen a otro aparte de nosotros?»

«Tal vez —piensa uno de ellos—. ¡Eh, se me ha ocurrido una idea!»

«Ya sé cuál es —piensa el otro—, sé lo que vas a pensar incluso antes de que lo pienses. Te estabas preguntando si era posible que estuviéramos viviendo dentro de alguien. A mí también me lo parece. Ahora que pienso en ello, ha estado con nosotros desde que tengo uso de razón.»

«¿No te parece extraño?», le pregunta.

«¿Por qué habría de serlo? Siempre ha sido así», le responde el otro.

3

Los dos pasan varias semanas juntos. Durante todo este tiempo, la capacidad auditiva de uno de ellos aumenta mucho más que la del otro.

Hay uno que duerme más que el otro y mientras está durmiendo, el otro oye un extraño sonido. Es una voz profunda, quebrada y melancólica. Y, no obstante, le resulta muy agradable. La voz dice:

*Es inútil que me llames a gritos, nena
como nunca antes lo hiciste.
Y es inútil que me llames a gritos, nena,
ya no puedo oírte.*

Uno de ellos da una patadita al otro porque ya puede usar los pies. «¡Despierta! ¡Despierta!»

«¿Qué pasa?», le pregunta el otro.

«¡Escucha!»

*Mientras voy por la calle, pienso y me pregunto:
en el pasado amé a una mujer, dicen que era una niña.
Le di mi corazón, pero ella quería mi alma,
pero no le des más vueltas, está bien.*

«¿Qué es?»

«Es... ese agradable sonido de palabras y de algo más. ¡Oh!, no sé cómo describirlo. Uno de ellos intenta encontrar una palabra que exprese qué es aquel sonido y de pronto se le ocurre: ¡es música!»

«No puedo oírla», admite el otro.

«¿A qué te refieres?»

«No puedo oírla tan bien como tú. Mi oído aún no es tan bueno como el tuyo.»

Uno de ellos lamenta que el otro no pueda oír la música. Y entonces se le ocurre una gran idea: «te la tararearé».

«¿Puedes hacerlo?»

«No sé, pero lo intentaré.»

Uno de ellos intenta tararear la canción. «¡Oh, lo siento! —piensa uno de ellos—, cuando la tarareo suena distinta.»

«Me gusta —piensa el otro—. Por favor, sigue tarareándola.»

De modo que uno de ellos intenta imitar lo mejor posible a Bob Dylan, aunque todavía no sepa quién es. Le cuesta imitarle sin una guitarra ni una armónica, o sin palabras, o sin tener las cuerdas vocales totalmente desarrolladas.

En el mundo exterior Margaret apaga el tocadiscos. Piensa que le ha parecido oír los primeros sonidos de sus hijos. Se pregunta si aunque sean tan pequeños pueden hacerlo y decide consultarlo en uno de sus libros sobre el desarrollo infantil.

—¡Hola, bebés! —les susurra Margaret.

Uno de ellos deja de tararear la canción.

«¡Eh, creo que está hablando con nosotros! ¿Qué nos está diciendo?», le pregunta el otro.

«Si te callas te lo diré —le responde—. ¡Ah!, dice que es nuestra madre y que uno de nosotros se llama Jane y el otro, Ian.»

«¿Quién de los dos quieres ser?», le pregunta el otro.

«Ian.»

«Por alguna razón pienso que tú debes de ser Jane», piensa el otro.

«¡Ah, vale!, te haré caso. Yo seré Jane y tú, Ian. A no ser que más tarde descubramos que es al revés.»

«Claro», asiente el otro.

A partir de aquel día uno se llama Jane y el otro, Ian.

«Si nos llaman de dos formas distintas, debemos de ser dos», piensa Jane.

«Hace ya un tiempo que hemos estado actuando según este principio», responde Ian.

«Pero ¿cuál es la diferencia? —se pregunta Jane—. ¿Qué diferencia hay entre Jane e Ian?»

«No estoy seguro —piensa Ian—. Quizá sólo nos llaman de dos formas distintas para diferenciarnos, pero en realidad somos iguales.»

«Me he dado cuenta de que yo soy un poco más grande que tú —piensa Jane—. Y de que por lo visto también absorbo más alimento. ¿Tal vez ser una Jane significa ser un poco más grande y absorber más alimento?»

«¿Crees que nuestra madre sabe lo que está ocurriendo aquí?», le pregunta Ian.

«Creo que lo sospecha, pero no hay forma de saberlo con certeza», responde Jane.

«¿No sería extraño tener una Jane y un Ian dentro de ti sin saberlo?»

«Sí, es verdad —asiente Jane—. O tal vez no. Quizá nuestra madre siempre nos ha llevado dentro y como es algo tan natural, ni siquiera lo sabe.»

«¿Crees que algún día llevaremos dentro Janes e Ianes?»

«No lo sé.»

«¿Crees que nuestra madre oye todo lo que pensamos del mismo modo que yo oigo todo lo que tú piensas?»

«No lo sé.»

«¿Crees que estaremos siempre aquí?»

«No lo sé.»

«¿Crees...?»

«¡Ian, no lo sé!»

«Hay tantas cosas que no sabemos, Jane. ¿Cómo podremos saberlas todas?»

«Creo que lo mejor es centrarnos en una pregunta cada vez», decide Jane.

«¿Crees que estaremos siempre aquí?», le vuelve a preguntar Ian.

Jane piensa, piensa y piensa.

«No lo sé», admite.

«Me alegro de que estés aquí —piensa Ian—. No puedo imaginarme estar en este lugar solo.»

«¡Ian, no estás creciendo tan deprisa como yo!»

«Ya lo sé —admite Ian—, pero en cierto modo es mejor. Como aquí no hay demasiado espacio, si yo fuera tan grande como tú apenas cabríamos.»

«Tienes razón —piensa Jane—. Pero ¿a estas alturas no habrías de tener pulmones? Yo los tengo.»

«¿Qué son los pulmones, Jane?»

«Estas curiosas bolsas que hay dentro de ti. Creo que nos ayudarán si algún día salimos de aquí.»

«¿Por qué piensas que algún día saldremos de aquí? ¡Nadie nos ha dicho que vayamos a salir!»

«He dicho “sí”, Ian.»

«Y sí que tengo pulmones, lo único que son más pequeños que los tuyos. ¡Y además quién los necesita!»

«¿Y los pulgares? A estas alturas, ¿no deberías tener los pulgares formados?»

«¡Sí que tengo pulgares! —protesta Ian—. Para tu información, los tengo desde hace tiempo.»

«¡No te piques conmigo, Ian! Sólo te lo preguntaba porque me intereso por ti.»

«¡Y también tengo algo más que tú no tienes!, señorita engreída con tus grandes pulgares y pulmones.»

«¿Ah sí? ¿Qué es?»

«Tengo un pulgar más entre las piernas.»

«¡Qué extraño!, piensa Jane.»

Y así es como descubre la diferencia que hay entre Ian y Jane. Pero para ella es poco más que un detalle técnico.

6

«Te quiero, Jane —piensa Ian—. Eres lo que más quiero del mundo.»

«Soy lo único que conoces.»

«No es verdad. Hay nuestra madre, la música y probablemente incluso otros como nosotros fuera.»

«Sí, pero en realidad no los conoces. Si los conocieras tan bien como a mí, tal vez también los amarías.»

«Pero ¿no crees que es maravilloso que de todo cuanto hay en el mundo seamos tú y yo los que estemos aquí juntos?»

«Sí, lo es», asiente Jane.

«Por favor, no me dejes nunca», le ruega Ian.

«¿Adónde podría ir?»

«Ahí fuera», piensa Ian.

«Nunca iría a ninguna parte sin ti, Ian. Deja de pensar algo así. En su lugar es mejor que golpeemos las paredes.»

Ian está de acuerdo.

—Están dando pataditas —exclama Margaret—. ¡Eh, ven y comprueba cómo se mueven!

Ian se cansa enseguida y ha de dejar de golpear. Y a Jane no le apetece hacerlo sola.

Es el mes de agosto y Margaret está pasando un calor como el que nunca recuerda haber sufrido. Se siente tan ardiente como el sol.

En realidad se siente como el sol. No, como un planeta. No, como el universo. Margaret es un universo en sí misma. Es una fuerza sustentadora. Es un Dios. Pero no se trata de cualquier dios griego o romano, ni de la diosa menor de un panteón de otros dioses, sino ¡del mismo Dios!

Y en su calidad de Dios, no recuerda haberse sentido en toda su vida tan plena, tan unida.

Y a Dios le encanta estar desnuda porque la ropa da calor, limita innecesariamente los movimientos y le parece una ridícula farsa.

En realidad, cualquier cosa y cualquier persona del pasado le producen esta sensación. Y ahora todas le importan un pepino.

«No quiero ser grosera, pero aquí cada vez estamos más apretados —piensa Jane—. Lo más probable es que hayamos de irnos a otro lugar muy pronto.»

«¿Cómo crees que será ahí fuera?», le pregunta Ian.

Jane es optimista.

«Bueno, sé que hay música, que nuestra madre parece lo suficientemente agradable y que tú también estarás ahí. En realidad, tengo ganas de ver cómo es.»

«¿No te da miedo?»

«¿Por qué tendría que dármelo?»

«Es que podría haber cualquier cosa ahí fuera, Jane. ¿Y si todos son tan grandes como nuestra madre? Aquí dentro estamos calentitos, podemos comer todo lo que queramos, conversar a nuestras anchas y...»

Jane se echa a reír.

«No te preocupes, Ian, será fabuloso, te lo prometo.»

Ian sólo se muestra prudentemente optimista.

Mientras tanto el mundo susurra: «Ya falta poco, ya falta poco, ya falta poco, poco, poco, poco, poco, poco». Y todos pueden oír su advertencia, ese inevitable susurro, incluso Ian.

9

El momento ha llegado, pero Ian aún no está preparado.

«Me alegro de haberte conocido —piensa Ian—. Aunque hubiera conocido a todos los demás, no habría encontrado nunca a nadie como tú.»

«¿Por qué hablas como si fuéramos a separarnos?», le pregunta Jane.

«Me alegro mucho de haber estado todo este tiempo contigo», le responde Ian.

«¡Deja de decir tonterías! ¡Me estás asustando!»

«Sabes, Jane, no he querido decírtelo antes. Incluso he intentado no pensar en ello por miedo a que te enteraras, pero mis pulmones nunca llegaron a desarrollarse adecuadamente.»

«¿Y...?»

«Al parecer cuando sales ahí fuera necesitas esa clase de cosas. Y por si no te has dado cuenta, yo aún soy muy, muy pequeño.»

«¡Y qué más da! Tal vez sólo significa que necesitas más tiempo para crecer». Jane se siente desesperada.

«Creo que mi tiempo en este mundo se acaba, Jane.»

Jane se pone a golpear las paredes con todas sus fuerzas.

«¡¡No puede respirar!!», grita, pero nadie la oye, y si alguien lo hiciera tampoco la entendería.

«Ian, no quiero salir ahí fuera sin ti.»

«Lo intentaré, Jane, pero no creo que lo consiga.»

«¡No pienses eso!»

«He estado pensando mucho en ello.»

«¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Si yo sé todo lo que piensas!»

«En una parte de mí que ni siquiera tú conoces. He estado pensando mucho en ello y creo que la mayoría salen a este mundo solos, sin nadie más, Jane. Hemos tenido mucha suerte al ser gemelos. Ya sé que es lo único que conocemos, por eso nos cuesta pensar que podría haber sido distinto, pero de no haber sido así nos tendríamos que haber conocido ahí fuera como todos los demás. Y ahí fuera tal vez nunca nos hubiéramos conocido. O quizás habríamos conocido a otros que nos hubieran distraído. O tal vez nos habríamos conocido demasiado pronto o demasiado tarde...»

«¡Ian, Ian, Ian, Ian! ¡Oh, Ian!»

«Estos días que hemos pasado juntos han sido muy dulces, ¿no crees, Jane? Creo que es lo que llaman felicidad.»

Es la primera vez que Jane oye esta palabra, pero de algún modo sabe que es correcta.

Y en Margaret Towne, Jane fue feliz durante un tiempo.

Un hombre sobre el papel

1

Cuando Margaret y yo nos casamos, todo el mundo quería saber cómo nos habíamos conocido. Contábamos dos historias: la corta que ella se inventó para los cócteles y la larga, la verdadera.

Ya te he contado la larga, Jane. Tu madre cuando contaba la versión corta decía con una sonrisa de complicidad: «En realidad, es todo un tópico. Él era *mi profesor*, aunque parezca increíble. Era *mi profesor* de un curso de filosofía obligatorio que yo había de hacer antes de licenciarme. Tuve que elegir entre acostarme con él o suspender el curso. En aquella época me pareció que irme a la cama con él era la mejor opción». La versión de Margaret solía ser recibida con unas afectuosas carcajadas. Aunque a mí su historia siempre me pareció en cierto modo ligeramente insultante.

Por lo visto todo el mundo cree que es importante cómo las parejas se conocen, pero a mí siempre me ha interesado mucho más cómo se separan. En general, creo que las separaciones tienden a ser más reveladoras que las uniones. Y, sin embargo, a todo el mundo le encanta las historias de las uniones, aunque sean todas iguales. Siempre son «Un amigo nos presentó», o «Al principio nos odiábamos», o «Me enamoré desde el primer momento que le vi», o «Sólo éramos amigos».

Por eso creo que a la gente les gustan tanto. Les encanta oírlas porque todas esas historias siempre son iguales, nos recuerdan a la nuestra.

Quizá las historias de las separaciones también lo sean: «Me enamoré de otra persona», o «Me desperté una mañana descubriendo que ya no le quería», o «Ella murió», o «Él murió», o cualquier combinación de ellas.

2

Al día siguiente de nuestra boda volamos a Bali para pasar allí la luna de miel.

Durante el viaje tuve otro de mis pretenciosos y proféticos sueños. Esto fue lo que escribí en el visitado diario de los sueños:

Maggie está hecha de madera y se puede abrir por la mitad. Es una muñeca rusa. (Creo que también las llaman *matrioskha*.) Dentro de Maggie hay otras muchas Maggies más pequeñas. Reconozco algunas de ellas de Margarettown, pero hay muchas otras. Cientos y cientos de Maggies. Voy abriendo las distintas muñecas, pero nunca puedo llegar a la más pequeña.

[Jane, ¿crees que el hecho de llevar un diario de los sueños hace que uno tenga sueños «importantes»?]

La primera mañana de nuestra luna de miel, me encontré al despertar con una mujer madura tendida a mi lado.

—¡Quién coño eres! —grité.

La mujer madura se dio lentamente la vuelta. Abrió sus grasientos párpados y me miró.

—Estoy cansada —me dijo—, pero ya que estás despierto, ¿puedes traerme una taza de café?

Yo estaba cansado y aturdido por el largo viaje en avión, por eso no reconocí al principio a Marge.

Le sonreí de manera forzada y fui por el café. Al regresar ella volvía a ser Maggie, pero el daño ya estaba hecho: sabía que Marge podía aparecer en cualquier momento.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Maggie.

Le dije que no con la cabeza.

Y ciertamente no fue la última vez que sería Marge. A lo largo de nuestra vida de casados solía ser Marge por las mañanas.

3

La verdadera intimidad consiste en ver cosas de la otra persona que nadie más puede ver. A veces ni siquiera quieres verlas. La verdadera intimidad es el bigotito que ella se depila, el tamaño real de su sujetador, el forúnculo en su culo y el tinte que gasta para el cabello.

Cuando ya llevábamos seis meses casados descubrí que el cabello pelirrojo de Maggie era «teñido». Una mañana la encontré en el cuarto de baño con el pelo cubierto con una pasta de color rojo manzana. En la repisa del cuarto de baño había una caja vacía de Medium Rich Auburn, tono n.º 180.

—Creí que tu cabello pelirrojo era natural —le dije.

—Pues no lo es.

—¡Oh! —exclamé—, este tinte es muy rojo. ¿Estás segura de que es el color adecuado?

—Al lavar el pelo se vuelve más claro —me respondió.

—¿Estás segura?

—No es la primera vez que lo uso, ¿sabes? —me contestó—. Saldré de aquí en veintidós minutos, ¿vale? —dijo empujándose con suavidad para que me fuera.

Nunca más volví a mencionar lo del tinte.

Supongo que debí de haberlo sospechado antes. Menos del dos por ciento de la población tiene el cabello de color pelirrojo «natural». Y lo más increíble de todo es que su vello púbico siempre había sido de color rubio oscuro. Todo cuanto puedo decir es que a veces vemos los signos y decidimos ignorarlos.

Aunque durante el resto de nuestro matrimonio bloqueé la escena de mi memoria.

Poco después de nuestro segundo aniversario Margaret llegó a casa cargada con un gran rótulo rectangular envuelto en un plástico.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Es un rótulo —dijo ella. Dejó el paquete en la mesa del comedor y lo desenvolvió. En realidad, era un rótulo bastante grande y antiguo con unas palabras formadas por bombillas de vidrio grueso. La mayoría de las bombillas estaban resquebrajadas o completamente rotas. El rótulo decía «CINES MARGARETTOWN». La «M» y la «N» de MARGARETTOWN habían desaparecido.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—¿Qué vas a hacer con él?

Margaret se encogió de hombros.

—Aún no lo sé —me respondió—, pero parecía demasiado perfecto como para tirarlo. Un tipo de Georgia que conozco y que vende antigüedades me lo ha enviado. Procede de un viejo cine que se estaba viniendo abajo en Margaret, en Alabama. —Sonrió con una extraña y ocultadora sonrisa—. ¿Sabías que existía un lugar llamado Margaret en Alabama?

—No.

—Voy a pedir al electricista que le eche una ojeada. Quizá pueda hacer que vuelva a funcionar.

—Y entonces, ¿qué? —le pregunté.

—Entonces funcionará.

—¡Por amor de Dios!, Margaret, ¿acaso ya no tenemos bastantes trastos que no funcionan?

—¿Eso es lo que piensas?

—Sí —hice una pausa—. No...

Ella me interrumpió.

—¿Y no puedes ver por qué este rótulo es especial para mí?

Lancé un suspiro.

—Es obvio que pone tu nombre, pero está sucio, viejo y roto. Sabes que lo dejarás en alguna parte, te olvidarás de él y se volverá más sucio, viejo y roto aún.

—¡Que te jodan! —me dijo con una voz perfectamente clara y agradable. Cogió su viejo y destartado rótulo y se fue.

En realidad Margaret ya me había dejado meses antes de irse. ¿La maleta hecha? ¿La llave en la encimera de la cocina? Sólo se me ocurrió después.

La noche que supe con toda seguridad que me estaba engañando con otro llegó a casa con dos zapatos distintos. Uno era un zapato con tacón de aguja, el suyo, y el otro, un mocasín que pertenecía a otra mujer, supongo que a la amada del amante de Margaret. Parada ahí, con aquellos zapatos desparejados, se veía culpable y sexy. Nunca la había deseado tanto.

Supongo que Margaret estuvo planeando engañarme meses antes de llevarlo a cabo. Había una cierta sonrisa en su rostro que yo sabía no era para mí. Un cierto brillo en sus ojos, ocultadores y distantes. Sabía que me había visto almorzando con L... en un restaurante. Yo la vi, pero ella no se dio cuenta. Margaret me vio, pero fingió no hacerlo. No le había dicho que planeaba comer con L... aquel día y ella tampoco mencionó nunca habernos visto. Sólo a una mujer que ya no te ama dejan de importarle los almuerzos secretos con exprometidas.

Vi al amante de Margaret en una ocasión. Estaba en un cóctel que Margaret había ofrecido para promocionar su galería. Lo supe enseguida. Lo que les delató no fue la conducta de él hacia Margaret, sino la de ella: reía de una determinada manera (demasiado prolongada, demasiado fuerte), le prestaba una determinada atención, adoptaba una determinada postura, una determinada intención. Yo sabía muy bien cómo se comportaba Margaret cuando estaba enamorada.

Su amante era mayor que yo y más calvo. Pero he de admitir que era un poco más alto. Al día siguiente de haberle visto, llamé a L... y quedamos para encontrarnos en su apartamento.

La cuestión no es por qué sentí la necesidad de acostarme con L... después de ver al amante de Margaret (ya que es evidente), sino por qué L... me permitió hacerlo.

—¿Por qué dejas que te trate así? —le pregunté cuando ya habíamos acabado.

—Ya sé que te has portado muy mal conmigo —dijo—, y sé perfectamente que debería mandarte a paseo y no volver a verte ni a hablarte nunca más. Ya sé que no tengo... ¿Cuál es la palabra? ¿Amor propio?

—Dignidad —sugerí.

Se echó a reír.

—No pensaba llegar tan lejos, pero es cierto, dignidad —dijo ladeando la cabeza—, *dignidad*, ¡por Dios! Al menos sé qué es lo que piensas de mí.

—¡Oh, L...! —protesté.

—Supongo que te quiero y no me importa demasiado si tú no me amas. Aprovecharé la menor oportunidad para estar contigo. —Se rió de una forma que demostraba que era consciente de su situación—. Sabes perfectamente que me gustaría no haberme enamorado de ti, pero lo hice. Enamorarme de ti fue lo más fácil del mundo. Para mí fue como tropezar con un tronco. Y una vez has tropezado con él,

no es fácil deshacer el tropiezo.

—Margaret está enamorada de otro.

—Lo sé —dijo L...—, ¿por qué ibas a estar aquí si no?

—¿Y no te importa?

—¡Claro que me importa!, pero no puedo hacer nada. —L... se levantó de la cama y se puso a cepillarse su larga melena de color rubio platino—. Podría llamarla, si quieres —dijo—. Podría llamarla y montar una escena. —Se recogió la melena en una cola de caballo.

—Siempre me ha gustado este peinado —dije.

—Si la llamara e hiciera una escena, quizás ella te prohibiría volver a verme, incluso como amigos.

—¿Y de qué me serviría? —le pregunté.

—Cariño, no lo haría por ti —dijo ella—, sino por mí. —Me miró con aquellos tristes y vacíos ojos azules—. Ojalá tuvieras un hermano para que pudiera enamorarme de él. Incluso me conformaría con un padre viudo o con un primo. Alguien como tú a quien pudiera amar en lugar de a ti. Pero ya no puedo amarte más. No puedo. Ni tampoco quiero amar a otro.

—¡Oh, L..., deja de ponerte tan dramática! Estás condenada a volver a amar a alguien.

—¿Condenada? ¿No te parece una palabra muy fuerte?

—Condenada, destinada... sólo depende del punto de vista de uno.

—No dirías eso si Margaret te dejara —observó amargamente.

—Si lo hace, acuérdate entonces de decírmelo.

¿Por qué me acosté con L...? Porque quería, por supuesto. Y porque creía que tenía todo el derecho a hacerlo, ya que me había acostado con ella en muchas otras ocasiones. Es como pasar en coche por delante de la casa donde viviste de niño: la tentación de detenerte y ver dónde los nuevos inquilinos han colocado el sofá es muy grande.

Pero en realidad no lo hice porque tuviera ganas de estar con ella, sino porque quería dar a Margaret una razón para dejarme. Y también quería saber: ¿si tiene una razón, la utilizará?

Sí, lo hizo. Me dejó y te aseguro que parecía casi aliviada de haberlo hecho.

Una semana después de nuestra cita, L... llamó a Margaret como yo había sospechado que lo haría.

—Me he acostado con tu marido —dijo L...

Margaret se echó a reír.

—Bueno —respondió—, él también fue casi tu marido. Y supongo que ya te habías estado acostando antes con él. De modo que sólo estamos hablando de una cuestión de cronología. —Margaret me pasó el teléfono—. Es para ti —añadió.

Cogí el auricular.

—¿Diga? —dije, pero L... ya había colgado—. Se ha ido —observé. En realidad

podía haberme estado refiriendo a cualquiera de ellas.

Al día siguiente encontré a Margaret en la sala de estar con cinco maletas que no hacían juego. Como me había estado imaginando este momento durante tanto tiempo, me dio la impresión de haberlo vivido ya.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté.

—Volver por supuesto a Margaret Towne —respondió.

—L... no significa nada para mí...

Ella me interrumpió.

—¡Qué cosa más horrible de decir!

—Sólo me acosté con ella para ver si podía recuperarte.

Margaret se echó a reír.

—Salta a la vista que esta táctica ha ayudado a que las cosas mejoraran mucho.

—¿Cómo pudiste enamorarte de él? Es más viejo y *más gordo* que yo.

—Ha sido la parte *que yo* lo que ha marcado la diferencia.

—Está casado, no te quiere.

—Lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. Siempre he tenido el don de enamorarme de los hombres que no me convenían —observó entregándome un trozo de papel mojado y arrugado de color rosa pálido—. En la nota te lo explico todo. Siempre he comunicado por escrito aquello que deseaba decir.

Cogí el papel, estaba en blanco.

—¡Está en blanco! —exclamé. Ella le echó un vistazo.

—¡Oh! Supongo que al bolígrafo se le debió acabar la tinta. No me di cuenta porque la escribí a oscuras. Si la miras a contraluz, tal vez puedas leer las marcas de las letras en el papel.

—Podríamos haber encontrado otro bolígrafo, ¿sabes?

—No habría sido lo mismo, porque la escribí con *el bolígrafo*, aquel que estaba debajo de mi cama —explicó.

—¿Lo has conservado todo este tiempo?

—¡No puedo evitarlo, soy una sentimental! El papel de la nota también es de mi ramo de novia. ¿Te acuerdas de él?

—Por supuesto. Ha sido una gran idea —dije.

—Pensé que sería el papel perfecto. En realidad, destruí el resto de las flores con una trituradora de papel.

—¿Ves cómo tenía yo razón?, las flores de papel no duran más que las naturales.

—Y yo también, porque los matrimonios basados en un cordoncito se rompen con la misma facilidad que los basados en una alianza —dijo bromeando.

—Nunca me perdonaste por ello —dije.

—No.

—Aquella mañana no te estaba pidiendo que te casaras conmigo, ¿sabes?, sólo te puse el cordoncito para acordarme de que había de pedírtelo en un futuro no muy lejano.

—¡Qué romántico! —repuso ella—. Deberíamos haber mandado las tarjetas de nuestro compromiso a los amigos en post-its.

—Los familiares de Margaret Towne tienen el placer o el disgusto de anunciarles que ella va a casarse con...

—Ven aquí —me dijo.

—¿Seguiremos siendo amigos? —le ofrecí. No fue lo mejor que pude decirle, pero en aquel momento no se me ocurrió otra cosa.

—Te mandaré mi dirección cuando me asiente en alguna parte —me prometió—. Pero me mintió, Jane, te lo aseguro, me mintió.

Y entonces hicimos el amor y luego ella se fue.

Varios meses después de su partida se me ocurrió que si todas ellas no se hubieran convertido en una sola Margaret, al menos me habría quedado alguna para hacerme compañía. En aquella época me habría conformado con cualquiera de ellas, incluso con Marge.

6

A estas alturas ya sabes que me estoy muriendo. Cuando leas esto ya me habré muerto. Sea por la razón que sea, a la gente parece gustarle conocer de qué se está uno muriendo. Personalmente no veo que importe demasiado, porque cuando te estás muriendo, te estás muriendo y punto. Y cuando te has muerto, te has muerto y ya no hay marcha atrás. Es el final, ésa es la realidad.

Pero por si sientes curiosidad por saberlo, te diré por qué me estoy muriendo. Por ridículo que parezca, contraí una incurable y extraña meningitis provocada por un detestable virus cítrico tahitiano de larga incubación.

Aproximadamente un mes después de que tu madre se fuera, viajé al extranjero para buscarla. Me había prometido mandarme su número de teléfono, pero por razones que sólo ella conoce, nunca lo hizo.

Utilizando una parte de mi herencia, di la vuelta al mundo en un buque llamado *SS Eponymous*. La busqué por todas partes, pero fue inútil. [Jane, si alguien quiere desaparecer del mapa, lo consigue sin ningún problema.]

Cuando me dirigía a Tahití, el barco naufragó. Fui el único superviviente. Todos los botes salvavidas estaban agujereados porque el primer oficial de a bordo, un maniacodepresivo, había estado apagando los cigarrillos en dichos salvavidas sin que nosotros lo supiéramos. Al hundirse el barco, tuve la suerte de poder encaramarme a uno de los colchones individuales extra largos de los camarotes.

Floté en el mar durante tres semanas en aquel colchón individual extra largo alimentándome sólo de pescado crudo y de limones tahitianos. De no ser así, probablemente habría sido víctima del escorbuto o me habría muerto de hambre. Pero por culpa de los limones tahitianos, contraí una incurable y extraña meningitis. Al final he comprendido que aunque no me hubiera muerto entonces, me habría acabado muriendo tarde o temprano. Y Jane, me siento muy afortunado de que haya sido ahora, porque de haber sido en aquellos tiempos, no habríamos llegado a conocernos nunca.

Durante las tres semanas que estuve flotando a la deriva sobre el colchón extra largo (al que acabé llamando *SS Extra largo*), tuve un recurrente y vívido sueño sobre tu madre. No sé cómo pudo ocurrir, pero llevaba encima el diario de los sueños que mi hermana me había regalado por Navidad; creí haberlo dejado en el camarote, pero por lo visto no podía deshacerme de él. [Por cierto, ¿acaso hay algo más aburrido que el diario de otro? ¿Que escuchar los sueños de los demás? ¿No te parece que un diario de los sueños es la literatura más aburrida que se ha concebido nunca?] Esto fue lo que escribí en él:

Margaret es un gigante. Es tan grande como la TIERRA entera. Es un PLANETA en sí misma. Y, sin embargo, es más Margaret que nunca. Más que todas las Margarets que he conocido. Quiero hacer el amor con ella, pero soy demasiado pequeño. Soy tan pequeño que cabría totalmente en su interior. Trepo hasta la abertura que hay entre sus piernas. Y una vez dentro de ella, descubro a un niño y una niña. Los

dos me resultan familiares. Van vestidos con uniformes escolares. La niña me pregunta: «¿Cómo te llamas?» Antes de poder responderle, el sueño se desvanece.

Ahora al verlo en retrospectiva, me doy cuenta de que el sueño no era sobre Margaret, sino sobre ti, Jane.

Este verano te has ido a Camp Heywood. Es el primer verano que pasas fuera de casa. Tu tía Bess y yo discutimos largo y tendido sobre esta decisión. Yo opinaba que debías ir de colonias porque era mejor que no vieras el lento deterioro de tu papá. En cambio Bess pensaba que no debías ir porque más tarde agradecerías haber pasado este tiempo extra conmigo.

Nos despedimos hace tres semanas. Tú estabas sumamente triste. Por suerte la tristeza de una niña de nueve años no dura demasiado. Justo la semana pasada me mandaste esta postal:

Querido papá:

Las colonias no son tan horribles como creía. Y la comida, tampoco. Hemos hecho pulseras con cordoncitos de colores y montado a caballo. No sé por qué a todo el mundo le hace tanta ilusión, si no es más que un caballo. Aquí también cantamos mucho. ¿A qué vienen todas esas canciones? Por la noche encendimos una hoguera y tuve que darle la mano a una niña que tenía un extraño sarpullido, pero aparte de esta clase de cosas, las colonias no son tan horribles como creía. Aquella niña me dijo que el sarpullido no era contagioso, pero claro que si lo era no iba a contármelo, ¿no crees?

Te echo de menos.

Te quiero,

Jane.

Yo también te echaba de menos. Te echaba tanto de menos que no podía respirar.

Cambiaba de idea continuamente. Algunas veces quería morirme antes de que volvieras. Y otras, era egoísta y quería verte. He estado pensando en ambas situaciones y ninguna de ellas me parece ideal.

Morir es repugnante, asqueroso e inútil. Soy una improductiva fábrica que come-caga-duerme y que no sirve para nada. Por suerte, vas a perderte la peor parte (me refiero a las partes humanas más humillantes como las cuñas, los sueños húmedos y las alucinaciones producidas por la fiebre). Para ti no soy más que un hombre sobre el papel, ordenado y en blanco y negro. Las partes que omito dejan de existir.

Te escribo las cinco peores partes de la muerte por si sientes curiosidad por conocerlas:

1. Todo el mundo piensa que es totalmente aceptable entrar en tu habitación mientras estás leyendo o haciendo algo e interrumpirte. Cariño, incluso antes de haber muerto ya dejas de ser un ser humano.
2. La muerte es totalmente previsible y jodidamente aburrida. Me paso mucho tiempo mirando culebrones. La gente dice que no se parecen a la vida real, pero en realidad son como la vida misma. Por ejemplo, tanto los personajes de los culebrones como las personas del mundo real están cometiendo siempre los mismos errores sin cesar. Aunque los personajes de los culebrones tienden a resucitar después de haber muerto, lo cual no pasa en la vida real, o al menos no suele pasar.
3. La muerte es muy dolorosa. (Es inútil, aburrida y además es de mal gusto describir tu dolor a otro.)
4. Todas las personas que te rodean («los vivos») empiezan a parecerte fantasmas y te da la impresión de estar muerto antes de haberte ido al otro mundo. Y, sin embargo, no puedes dejar el hábito de querer vivir.

Esta parte es la peor.

5. Te pasas mucho tiempo en la cama, pero sin poder tener relaciones sexuales con nadie.

Por cierto, esta mañana me he despertado sintiéndome mejor. Mi muerte sin duda debe de ser inminente.

Margaret dijo en una ocasión: «La única forma de llegar a Margarettown es intentando perderse».

Perderse es más difícil de lo que uno cree. La mente actúa traidoramente para volver a orientarse, no quiere que te pierdas. Cada vez que ves un punto de referencia, deseas girar para dirigirte a él o alejarte. Respondes sí o no. Pero tu mente tiende a hacer un promedio con todos esos síes y noes. Y al final acabas volviendo casi siempre al lugar de inicio.

Por eso hice lo que creí era la cantidad exacta de giros equivocados, pero no pude volver a encontrar a Margaret Towne. Y al cabo de un tiempo, dejé de buscarla. Llegué de Tahití pesando quince kilos menos e hice todo lo posible por vivir sin ella.

Debo confesar, sin embargo, que sólo dejé de buscarla activamente. En el metro, me fijaba en los zapatos. Cuando veía un zapato negro puntiagudo, mi corazón se paraba en seco. En la calle Charles casi me atropella un taxi cuando me llamó la atención una cola de caballo pelirroja. Al examinarla con más detenimiento, descubrí que tenía el vulgar color rojo tomate de un cabello teñido.

—¡Cariño! —exclamó la propietaria de la cola de caballo—, ¿no me reconoces?
Era L...

—¡Por Dios! ¿Qué te has hecho en el pelo?

—¿Te gusta? —me preguntó.

—¡Es muy rojo!

—Me alegro de que te guste. No podría soportar que lo odieras.

—¿Por qué decidiste teñírtelo de ese color? —inquirí.

—¡Oh, no lo sé! Sólo quería cambiar de aspecto —respondió—. ¿Cómo estás? —me preguntó cogiéndome de la mano.

—Estoy... —¿Cómo estaba de todos modos?—. Estoy bien.

—Soy tan feliz. Voy a casarme —dijo sosteniendo en alto la mano. Llevaba el mismo anillo que habíamos ido a comprar juntos hacía un montón de años.

—L... —le pregunté—, ¿no es el mismo anillo, verdad?

—No querido, no es exactamente el mismo. Pero siempre me han gustado los diamantes tallados y engarzados de este modo. Sólo porque lo nuestro no funcionara no significa que ahora me hayan de gustar otra clase de joyas. —Se echó a reír.

—¡No sabes cuánto me alegro! Por lo que veo sólo ha cambiado tu tipo de hombre.

—Te gustará —me aseguró—. Se parece mucho a ti, sólo que él me quiere. —Al decírmelo me miró—. ¡Ni siquiera has protestado! Hace mucho tiempo esta reacción me hubiera dolido un poco.

—Lo siento, L...

—¿Cómo está ella?

—Me dejó.

—En realidad ya lo sabía. No sé por qué te lo he preguntado. —L... asintió con la cabeza lentamente—. Lo siento mucho. Ahora que soy tan feliz, me arrepiento de la parte que pueda haber tenido en ello.

—No fue por tu culpa. Ella quería dejarme de todos modos. Tú sólo le diste una razón para hacer lo que deseaba. Probablemente debería enviarte una felicitación navideña.

L... se echó a reír.

—En realidad lo hizo.

—¿Qué ponía? —le pregunté.

—Ya sé que es una tontería, pero la eché a la basura sin ni siquiera abrirla.

Mi corazón se puso a latir con fuerza.

—L... ¿te acuerdas del matasellos?

—¿El matasellos? —L... entrecerró sus grandes ojos azules—. El matasellos era de... no me acuerdo. ¿Por qué? ¿Es importante?

—No demasiado.

—Creo que un amigo mío la vio el verano pasado en una fiesta en Vineyard. Pero no estaba seguro de que fuera ella. Quizá sólo era una mujer que se parecía a...

La interrumpí.

—Enhorabuena, L... Dime dónde te alojas para que pueda enviarte un cucharón de plata de ley o alguna otra cosa.

Ella asintió con la cabeza.

—Hoy tenía la sensación de que iba a toparme contigo. Siempre que paso por esta calle pienso en ti. He intentado dejar de hacerlo, pero nunca llego a conseguirlo.

Asentí con la cabeza.

—Enhorabuena, de verdad.

—Debería alegrarme de que estés tan triste.

—No lo estoy.

—Debería alegrarme, pero no es así. ¿Puedes decirme por qué?

—No lo sé, L... Me porté contigo como un cabrón.

Me abrazó. Sus brazos eran más gruesos que antes.

—Ya no te quiero —me susurró al oído—, de verdad.

—Me alegro.

—¡Y odias el color de mi pelo!

—¡No es cierto, *me encanta!* —le mentí—. Te viene que ni pintado. —Fue la única vez que le dije la verdad.

Varias horas más tarde, después de haberme ido a casa, L... seguía sentada en las escaleras de mi hogar unifamiliar. Estaba llorando, no sé del todo por qué. Cuando me estaba planteando salir a ver qué le pasaba, mi hermana Bess llegó para mantener la tradición semanal de cenar conmigo y hacerme sentir culpable. Sólo había visto a L... en una ocasión, pero al divisarla la abrazó enseguida. ¡La buena de Bess! Siempre dispuesta a ayudar en un incendio o en una inundación. [Aunque sea sólo tu

tía, siento que puedes confiar por completo en ella, Jane, quiero que sepas que es más estable de lo que tus padres podríamos haber sido.]

No pude evitar seguir la pequeña pista de L... e intenté encontrar a Margaret en Vineyard. Llamé a información para que me dieran su dirección sin albergar demasiadas esperanzas. Pero para mi sorpresa, allí estaba ella: Margaret Towne, en Chilmark, en la calle Stonenham, n.º 75, apartamento 1. Cuando llamé al número que me facilitaron junto a su dirección, nadie se puso al teléfono. Decidí acercarme en coche hasta el lugar.

El n.º 75 de la calle Stonenham, una antigua casa victoriana con un porche cruzado, era la casa de aspecto más abandonado de toda la calle. Se había dividido en tres apartamentos, y en cada una de las plantas vivían distintos inquilinos.

Llamé al timbre. Una atractiva mujer de mediana edad abrió la puerta. Llevaba su abundante melena negra recogida en un moño y aunque ya hacía frío, vestía tan sólo una malla negra, un sarong multicolor y la clase de zuecos que Maggie solía ponerse. La mujer parecía estar esperándome.

—Estoy buscando a Margaret Towne —le dije.

—Sí —me respondió.

—¡Ah!, ¿es usted?

—Sí, repitió.

—No tiene el aspecto de ser una Margaret Towne —dije decepcionado.

—Todo el mundo me llama Rita. Towne es mi apellido de casada —se echó a reír —, aunque en realidad ya no lo estoy, pero nunca llegué a cambiármelo. Me acostumbré a llamarme Margaret Towne, ¿sabe?

Asentí con la cabeza.

—Siempre he odiado mi nombre de soltera: Ochonueve. Tiene demasiadas sílabas.

—Rita Ochonueve. Me gusta —observé.

—¿Le gustaría ver mis obras?

Aunque no sabía a qué obras se refería, asentí con la cabeza y la seguí al interior. Me sentía demasiado deprimido como para volver en aquel momento al coche.

En la sala de estar de Rita había cerca de cien vistosas cajas de puros decoradas con escenas tridimensionales y con collages. Se parecían a los dioramas que los niños elaboran para los informes escolares, sólo que los de las cajitas eran mucho más intrincados y bellos. En una de ellas había la imagen de una muñeca con un vestido azul sentada en una concha marina. En otra se veía la parte superior de una tarta nupcial suspendida en el aire por encima de una tambaleante torre de esferas de relojes. En otra aparecía un hombre de papel maché con unos pájaros rojos de papel saliendo volando de su corazón. Y en otra, dos esqueletos cogidos de la mano bailando sobre el planeta. Había tantas pequeñas escenas que me costaba asimilarlas todas a la vez. Por un momento me olvidé de lo decepcionado que estaba porque la «verdadera» Margaret se me había escapado una vez más.

—¿Qué son? —le pregunté.

—Cajitas —me respondió.

—Son preciosas.

—Gracias. Las he estado haciendo desde que era niña. Toda mi vida se encuentra en estas cajas. Cada una representa una época distinta de mi vida —dijo.

Señalé la del hombre con pájaros saliendo volando de su corazón.

—¿Qué le ocurrió a ese hombre?

—¡Ah, sí! Es mi hombrecito pájaro. Él me dejó, pero estoy segura de que se arrepintió el resto de su vida de haberlo hecho —observó con una sonrisa—. El precio de las cajas va de ciento cincuenta dólares a...

La interrumpí.

—¿Las vende? —le pregunté.

—Intento hacerlo, aunque en la temporada baja no es demasiado fácil que digamos. —Se echó a reír y luego de pronto se puso seria—. ¿Acaso usted no vino aquí para comprar alguna?

Hice una pausa y decidí mentirle.

—Lo que quería decir era: ¿no le cuesta separarse de cualquiera de ellas si cada una es un capítulo de su vida?

Ella sonrió.

—¡Oh!, en realidad como no me aferro a las cosas, me he acabado acostumbrando, resulta más fácil de lo que uno cree.

—Me quedaré con el hombre pájaro.

—Cuesta trescientos cincuenta dólares —dijo.

—De acuerdo. Trato hecho.

Cogió el diorama de la estantería y se puso a envolverlo en una hoja de papel de periódico.

—No puedo decir si lo echaré o no lo echaré de menos —observó.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué hubiera hecho si le hubiera pedido mil dólares por ella? —me preguntó.

—Los habría pagado.

Al irme del número 75 de la calle Stoneham, advertí el cartel pintado a mano que había en la entrada: CAJITAS DE RITA. Como ya sabes, Jane, no era la primera señal que me había pasado por alto.

Mientras conducía de vuelta a casa pensé en las miles de Margaret Townes que había en el mundo aparte de la mía: Margaret Townes castañas, Margaret Townes de piel morena, Margaret Townes de ojos marrones, Margaret Townes viejas, jóvenes, buenas y malas, Margaret Townes maestras, Margaret Townes banqueras, Margaret Townes abogadas y Margaret Townes amas de casa.

Este pensamiento era una tortura.

8

Durante el tiempo de su ausencia aprendí lo que significaba tener fe, ser como una de esas personas que creen en Dios. Cada noche me acostaba pensando: *amo a esta mujer*, y cada mañana me despertaba pensando lo mismo: *amo a esta mujer*. Despertarte cada mañana y saber que sigues amando a la misma persona es un acto de deliberada fe. De fuerza de voluntad. La fe consiste en despertar cada mañana y en creer que sigues pensando lo mismo.

Aunque no volviera a mí nunca más, sabía que la seguiría amando toda la vida. Es triste reconocerlo, pero durante las ausencias es cuando realmente aprendemos a amar.

9

La parte más increíble de la historia es que ella volvió a mí, Jane.

—Has cambiado —me dijo.

Admití haber cambiado.

—Tienes la cabeza más grande y eres más alto de lo que recordaba.

Agité mi cabeza de mayores proporciones.

—Te recordaba tan alto como yo, pero ahora veo que no es así. ¿Quizás en aquella época yo llevaba zapatos con tacones más altos? Creo que debe de ser por eso. En aquellos tiempos todas las mujeres llevaban tacones altos.

—Es porque te estás encogiendo.

—¡No digas eso! —Se echó a reír y cerró los ojos—. ¡De veras que no eres como te recordaba!

—Te busqué —le dije—, pero no estabas en ninguna parte.

—O al menos en ninguna de las que me buscaste.

—¿Dónde estabas? —le pregunté rodeando su cabeza entre mis manos y mirándole a los ojos—. ¿Dónde estabas?

—¿Tiene alguna importancia? —me preguntó—. Ahora he vuelto. Ya tendremos tiempo de sobras para contarnos nuestras penas.

—Margaret —empecé a decirle, y entonces ocurrió algo muy extraño. Me senté en el mismo umbral y me eché a llorar.

—No llores —me dijo—, quiero presentarte a alguien —añadió señalando el inicio de las escaleras donde estaba sentada una niña que no debía de tener más de tres años.

—¿Es May? —le pregunté. Parecía más pequeña que ella, pero cuanto mayor nos hacemos los adultos más jóvenes nos parecen los niños. ¿Volvían a existir todas las Margaret Townes de antes?

—¿Quién es May? —me preguntó Margaret con una expresión de curiosidad—. Te presento a Jane.

En realidad, la niña de la escalera no tenía la rúbrica del cabello pelirrojo de una Margaret. Su pelo era de color rubio oscuro.

—¿Jane? —repetí.

Al oír tu nombre sonreíste y levantaste la cabeza para mirarme. Como me había quedado sin habla, te saludé con la mano.

—¿No te parece un nombre muy bonito? —me preguntó Margaret.

—Sin duda —asentí—. Mi madre también se llamaba así, ¿lo sabías?

—Sí —respondió Margaret—. Descubrirás que he olvidado muy pocas cosas de ti.

—Hay algunas cosas que preferiría que olvidaras.

—Si me dices cuáles son, haré todo lo posible por complacerte.

—Si te las digo, volverás a recordarlas.

Margaret me cogió de la mano y me llevó al inicio de las escaleras.

Tú me estrechaste la mano, Jane, con una gran circunspección y fuiste muy educada conmigo, como cuando uno se dirige a un tío o a un socio. Pero al mirarte a los ojos reconocí los míos en ellos. ¡Oh, Jane! ¿A ti también te pareció como a mí que todos los acontecimientos de la historia del mundo habían sucedido para que se produjera este encuentro en las escaleras de mi casa?

Aquel día tú manejaste la situación mucho mejor que yo. Te presentaste y yo hice también lo mismo. Luego me preguntaste si debías llamarme por mi nombre de pila o si prefería que me llamaras papá.

Margaret nunca me habló de dónde había vivido o de lo que había estado haciendo durante esos tres años. Ni tampoco por qué había vuelto. Aunque me hubiera gustado saberlo, ahora yo tenía más años y era más sabio que antes; por eso no se lo pregunté. El amor que sentía por ella era mayor que mi curiosidad y estaba dispuesto a vivir con aquel misterioso lapso de tiempo.

10

[Debo confesar que la mujer que volvió a mí no era la misma que la que me había dejado. Físicamente hablando la nueva Margaret tenía las caderas y los pechos más grandes. También tenía una cicatriz en el vientre causada por una cesárea, supongo que se la hicieron al tenerte a ti. Quizá ya no fuera Marge, pero tampoco era Maggie. Y los cambios psicológicos que había experimentado eran aún más difíciles de señalar.

Al verlo en retrospectiva tengo una teoría sobre el regreso de Margaret. Creo que sentía en su interior los murmullos de Marge y de la anciana Margaret, y sobre todo los de Greta. Que sentía que estaban intentando aflorar a la superficie, esperando la menor oportunidad para apoderarse de ella.

Por eso no creo que volviera por mí. Si no hubiera sido por ti, dudo que la hubiera vuelto a ver más. Habría seguido perdida en algún lugar para siempre. Sé que volvió por ti, Jane, para entregarte a mí.]

Durante la mayor parte de los diez últimos años había estado perdiendo a una Margaret o a otra, pero la pérdida de la última Margaret fue sin duda la peor de todas.

Cuando experimentas la pérdida de tu pareja, de algún modo pierdes más cosas de ella de las que hubieras podido imaginar. Yo estaba preparado para perder a la amiga con la que jugaba los partidos dobles de tenis, a mi compañera de cena, a mi chica sexy. Pero no estaba preparado para los éxodos de todas aquellas otras pequeñas Margarets, de unas Margarets que nunca me había preocupado de advertir: Margaret yendo a buscar el correo sólo con los calcetines puestos, Margaret en la mesa de la cocina comiendo unas uvas sin lavar, Margaret cayéndose dormida con el libro abierto sobre el rostro, Margaret dejando sus chanclos junto a la puerta, Margaret escribiendo unas largas cartas que nunca llegaba a enviar. [El amor se encuentra en estos detalles, Jane, si no fuera así podríamos amar a cualquiera.]

Las casualidades parecían no dejar de surgir. Justo cuando creía que no podía ya perderla más, descubría otra forma de volver a perderla.

Cuando Bess y yo éramos niños, robaron a los vecinos de la puerta de al lado. Como éramos unos niños muy curiosos y morbosos, le preguntamos a nuestra vecina qué les habían robado. La mujer nos respondió: «Aún no lo sé. Lo sabré cuando lo busque y descubra que no está aquí».

Así es exactamente como yo me sentía cuando murió la última Margaret.

Unos seis meses antes de la muerte de Margaret, empezó a mostrar su verdadera edad no en su aspecto físico, sino en los pequeños detalles que alguien que no la conociera a fondo no habría notado: se apoyaba en mí al subir las escaleras, se acostaba cada vez más temprano, perdió el apetito, dejó de leer, me contaba las mismas historias una y otra vez.

Yo quería que Margaret fuera a ver al médico, quizás incluso a un psicólogo, pero ella no mostraba ningún interés.

—¿Por qué? —me preguntó.

«Porque te estás muriendo», pensé yo.

—¿Porque me estoy muriendo? He estado viviendo muchos años si los sumas todos y ya estoy preparada para irme de este mundo. Morir no tiene nada de malo mientras no tardes demasiado en hacerlo.

—Todavía no eres vieja —le dije—, ¿quizá se pueda hacer aún algo?

Margaret se echó a reír.

—Tal vez a ti no te lo parezca, pero cuando fuimos al supermercado la semana pasada ¡la cajera creyó que eras mi hijo!

—Te lo estás inventando.

—Lo que pasa es que no me ves tal como soy, en realidad nunca lo hiciste. —Margaret se echó a reír—. ¡Qué increíble!, debes de quererme con locura, si no no hubieras estado tan ciego todos esos años.

Asentí con la cabeza.

—¡Claro que te amo, M.! Por eso quiero que te vea un médico.

—No serviría de nada y tú lo sabes. Me siento vieja, cada día lo soy más, la vida es así.

Más tarde se me ocurrió que podía leer mis pensamientos. Sólo la anciana Margaret poseía esta habilidad en sus últimos días.

Un mes antes de que Margaret muriera, la encontré plantada ante el espejo del baño a punto de cortarse las venas con la cuchilla de la maquinilla de afeitar. Se la arrebaté.

—Creí que sería más fácil de esta manera —observó—, antes de que yo empeore demasiado.

—No vas a empeorar —le aseguré.

—Lo siento —me dijo disculpándose—, seguro que cuando me conociste pensabas que era una chica de veinticinco años de lo más normal.

—Nunca creí que fueras de lo más normal —respondí.

—Lo siento —repitió—. No soy la persona que creíste que era, ¿no es cierto?

—Maggie, cariño, no digas eso. Cuando se trata del amor, nunca obtenemos exactamente lo que esperábamos. Tú sabes que para mí sólo ha habido una mujer.

—Porque no has conocido a otras —me contestó.

—Ni falta que me hace, lo sé —respondí—. Además, enseguida me cansaba de las chicas con las que salía, en cambio contigo jamás me pasó. Cada día eras un misterio para mí, porque nunca sabía quién ibas a ser.

—Ni yo tampoco.

—En realidad, fuiste la mujer perfecta para mí, porque tenías todas las ventajas de la monogamia y del adulterio al mismo tiempo.

—Me estás atribuyendo demasiadas virtudes —dijo y luego se echó a reír—. Cuéntale a Jane algunas bonitas historias sobre mí, ¿vale?

Asentí con la cabeza.

—Invéntatelas si es necesario.

Asentí de nuevo con la cabeza.

—¿Cómo será la historia que le contarás? —inquirió.

—Aún no lo sé.

—Dime sólo cómo empezará.

Me puse a pensar durante unos momentos.

—No lo sé —le respondí.

—Podría empezar de una forma sencilla —dijo—. Incluso con «Érase una vez...», así sería como un cuento de hadas.

—Érase una vez —empecé a decir—, un hombre que se sentía perdido.

—No me gusta, es demasiado deprimente. Ha de ser una historia para niños, N.

—Érase una vez un hombre que vivía en Margarettown con una mujer llamada Margaret Towne. —Me encogí de hombros—. Me temo que este inicio tampoco es demasiado bueno.

—¡Me gusta! —observó ella—. ¡Me gusta mucho!

Negué con la cabeza.

—No, no es demasiado bueno.

—Me estoy muriendo —añadió con una sonrisa. Y al cabo de un mes, se murió.

Tenía ochenta y siete años o treinta y cinco, depende de como se mire.

La causa de su muerte fue la vejez o la juventud, depende de como se mire.

Existe, por supuesto, otra versión de la historia. (*Siempre* hay otra versión.) No se diferencia demasiado de la primera, salvo en uno o dos pequeños detalles. El principal se encuentra al comienzo, cuando yo entro en el cuarto de baño: Margaret se había cortado las venas doce horas antes de que yo la encontrara tendida en el suelo, muerta.

En esta versión Margaret también dejó una nota. La nota ponía casi las mismas cosas que he escrito en forma de diálogo para ti.

La segunda versión es la que tu tía Bess quizá te cuente. Te ruego que la ignores. Créeme Jane, tu madre murió por causas naturales.

Durante mi enfermedad Bess se ocupó de mí. Discutíamos sobre ti a menudo y estas discusiones me hacían sentir más viejo de lo que nunca me he sentido. De vez en cuando le contaba un poco el proyecto que nos incumbe, pero ella opinaba que el poco tiempo que me quedaba debía dedicarlo a cuestiones prácticas. Supongo que por cuestiones prácticas se refería a redactar el testamento, limpiar los armarios y tomar el té. Debo añadir que yo en cambio considero que este proyecto en cuestión es sumamente práctico. A mi modo de ver una niña ha de conocer algunas cosas sobre sus padres.

—Margaret no era más que una mujer de carne y hueso —dijo Bess—. Una mujer muy interesante, sí, pero de carne y hueso al fin y al cabo. A Jane no le hará ningún bien que le llenen la cabeza de historias y estupideces.

Margaret no era más que una mujer de carne y hueso, en la vida real no fue tan maravillosa —solía repetirse Bess cuando deseaba llegar a una conclusión.

—¿Qué le dirás a Jane sobre Margaret? —le pregunté.

—Que su padre amaba muchísimo a su madre y que ella se suicidó.

—¡Qué historia más horrible, Bess! —exclamé—, no es adecuada para una niña de su edad. Esta historia sólo la entristecería.

Así que si le preguntas a tu tía Bess, tal vez ella te cuente la estúpida y trágica historia de una madre con una depresión crónica que se suicidó y de un padre con cáncer. PERO NO LE HAGAS CASO. Tu tía Bess quiere lo mejor para ti, pero te aseguro que esta historia no es más que una sarta de mentiras. Es un relato de segunda mano. Ella no estaba ahí, no vio lo que pasó. Hazle caso en la mayoría de cosas, pero también has de estar preparada para ignorar algunas otras.

Y mientras reflexiono en ello, me preocupa pensar que la vida con tu tía pueda resultarte a veces deprimente.

Pero quiero que sepas que a pesar de sus grandes caderas, Bess es en el fondo una excelente persona. Recuerda que a ella y a mí nos crió un hombre que no sabía tratar a los niños y que los odiaba, pero que, al mismo tiempo, tenía unas rígidas ideas acerca de cómo habían de educarse.

Por eso te pido perdón, Jane. Por haberme fallado el cuerpo y por los momentos

en los que Bess pueda ser demasiado estricta (o literal) contigo. Recuerda que desde alguna parte del universo tu absurdo papá te estará viendo desde arriba —o quizá desde abajo—. Y que este absurdo papá piensa que todo cuanto haces es maravilloso y correcto, que eres una niña perfecta.

—Estoy pensando en volver a Margarettown —le digo a Bess una semana antes de morir.

—Margaret está muerta —me responde pacientemente.

—No me estoy refiriendo a la mujer, sino a la ciudad —puntualizo—. Margarettown es una sola palabra, no acaba en «e» —añado bajando la voz.

—No existe ningún Margarettown —afirma Bess con firmeza.

—¡Claro que existe! —le respondo—. Estuve todo un verano allí. Las distintas Margarets vivieron en ese lugar, Bess, y aunque cada una tuviera distintas edades, todas ellas eran pelirrojas. Maggie no era una mujer, sino seis, ¿lo sabías?

Bess se echa a reír.

—Ahora sé a lo que te refieres. Y si te hubieras fijado un poco más, habrías descubierto que en mí también hay una Elizabethown. ¡Así es, hermanito!, tu normal hermana, tu común y corriente Bess tiene también diez mujeres en su interior. Nací siendo Elizabeth, pero nadie me llamó así. De niña era Lizzie, seguramente lo recuerdas. En la adolescencia era Liz. Y cuando fui a la universidad me convertí en Bee, y lo he seguido siendo más o menos en los últimos veinte años. Salvo cuando me siento muy atrevida. En esos momentos soy Eliza. Y cuando me siento muy apocada, entonces soy Beth. Odio sentirme así. Pero, por supuesto, para mi hermano siempre he sido la vieja Bess.

—¡Eso no son más que nombres! En cambio Margaret era distintas mujeres a la vez.

—¡Todas somos distintas mujeres a la vez! Me temo que nunca nos has conocido demasiado.

—¡Oh, venga, Bess!

—Todas somos ciudades, N. Y cuanto más años tenemos, más gente va a vivir en ellas. Hay quien dice que las personas nunca cambian, pero yo opino todo lo contrario, las personas podemos cambiar mucho, muchísimo a lo largo de nuestra vida. Y las mujeres incluso más que los hombres. Tal vez sea por todos los cambios biológicos que experimentamos: la menstruación, el embarazo, la menopausia. En la mayoría de mujeres hay al menos tres distintas mujeres —observa Bess.

—La echo de menos —le digo—, la echo tanto de menos que el cerebro me duele.

—Eso no es más que el cáncer hablando por ti —me responde.

—¿Es... —hago una pausa— un chiste?

—Lo es —me contesta—, uno muy malo, me temo.

—Siempre tuviste un pésimo sentido del humor —le digo.

Y mi seria hermana se pone a reír ruidosamente. Cuando ríe de esta forma parece una niña. Me recuerda cuando tenía seis años. Su juguete preferido era un pequeño yoyó amarillo. Le encantaba aquel estúpido yoyó, le gustaba mirar cómo subía y

bajaba, subía y bajaba. Ni siquiera sabía hacer nada especial con él, ni tenía demasiado interés en aprenderlo. Un día corté el cordel del yoyó y volví a atarlo para gastarle una broma. Cuando lo descubrió, se puso muy triste. Se quedó allí plantada mirando fijamente el yoyó, que ya no subía ni bajaba como se suponía que debía hacerlo. Estuvo llorando una semana entera. Estaba inconsolable. ¡La buena de Bess!

—L... va a venir hoy a verte —me dice Bess.

—Quiere despedirse de mí.

—¡Ah!, probablemente tienes razón —responde—. ¡Qué manía la de la gente de despedirse!

—L... es una buena mujer —le respondo.

—Sí, lo es —asiente.

—Al final anuló su boda, ¿lo sabías?

—Lo sé. Quiero decir que lo sabía —responde Bess—. ¡Eso ocurrió hace casi siete años, N.!

—Todos los recuerdos se me mezclan. ¿Por qué crees que lo hizo?

Bess sacude la cabeza.

—No tengo idea —me responde mientras va al otro lado de la habitación—. Estas ventanas han de limpiarse. ¿Te apetece una taza de té? Si quieres una, no tenemos leche. Cuando fui a la tienda, se había acabado la descremada.

¡La buena de Bess! Mi querida hermana gemela con la que compartí el útero, ¿de veras crees que no sé lo que está pasando entre ti y mi primera prometida? ¿Realmente piensas que estoy tan ido que ya no me entero de nada? Si estás enamorada me habría gustado que me lo dijeras. Me habría alegrado mucho por ti, Bess. Me habrías hecho muy feliz. ¿Acaso no lo sabes? ¿Estás leyendo lo que acabo de escribir? ¿Aún sigues leyendo mi diario como hacías cuando éramos niños?

Nunca nos decimos nada importante. Seguimos conversando sobre las ventanas que hay que limpiar y el precio de la leche. Y todo lo demás lo dejamos para que cada uno lo resuelva a su antojo.

—Bess —le pregunto—, ¿crees que si le pido a L... que me haga una mamada ella accederá? Ya sabes, sería por los viejos tiempos.

Bess asoma la cabeza por la puerta y me fulmina con la mirada.

—No, te aseguro que no lo hará —me responde.

Le guiño el ojo y ella frunce el ceño.

—No lo hará —repite.

—Sólo dime que la amas, Bess. Dímelo, quiero oírtelo decir.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Quiero saber que eres feliz antes de mi jodida muerte, ¿de acuerdo? Quiero morir sabiendo que amas a L... ¿Por qué no me lo dices de una puñetera vez?

En aquel momento L..., mi dulce y buena L..., entra en la habitación.

—Ella me ama —dice L... besando a Bess en la mejilla—. Aún no me lo ha dicho, pero esto no significa que no sea así.

«Aún no me lo ha dicho, pero esto no significa que no sea así.» Me despierto al oír a tu tía leyendo en voz alta mi diario.

—¡Eh, que lo he escrito para Jane! —le digo.

—La última parte me ha hecho llorar —me responde—. Quiero decir que no es más que un montón de sandeces, por supuesto, pero la última parte...

—¡Claro!

—¿Lo que has escrito es una historia de amor?

—Sí.

—Porque si no hubieras sido tan capullo, L... y yo no nos habríamos conocido nunca.

—Sin duda es una forma de ver el asunto —le respondo.

—¿Sabes lo que sería estupendo? —me sugiere—. Si pudieras crear con todos esos elementos una buena novela histórica. La trama podría desarrollarse mientras tiene lugar alguna clase de guerra. Una mujer se enamora de un hombre. Como él no le corresponde, ella se enamora de la hermana gemela de ese hombre. Podría ser un relato muy político y polémico.

—Sabes que también trata de mí, de Margaret y de Jane.

—Sí, claro, ya sé que has de poner todo eso, pero hazme caso y escribe el relato en el escenario de una guerra, así será más atractivo. De lo contrario, sólo se tratará de una historia de hombres y mujeres que intentan hacerse un lugar en la vida y fracasan. Un episodio que sucede en el contexto de una guerra es significativo, importante.

—Pero en aquella época no había ninguna guerra —le recuerdo.

—Siempre hay alguna guerra en alguna parte —insiste—. ¡Ya lo tengo! El relato podría desarrollarse en la posguerra, en un pueblecito de algún lugar destrozado por la contienda —sugiere.

—¡Por Dios, Bess, olvídate de las guerras! Margaret y yo no tenemos nada que ver con ellas. Cuando vivíamos juntos nunca hubo ninguna.

—¡Y qué más da! —me responde—, ¿acaso no escribes siempre lo que te da la gana?

Tal vez te preguntes dónde se encuentra Margarettown geográficamente hablando. En una ocasión, cuando aún era joven, creí que se hallaba en algún lugar entre Marlboro y Newburgh, al norte del estado de Nueva York (es lo que ella me dijo). Pero en realidad su ubicación geográfica puede que sea más flexible y sus límites, más maleables. Si se lo preguntas a cualquier cartógrafo, te dirá que es cierto, los lugares parecen permanentes, pero lo son mucho menos de lo que creemos.

Así que Jane si necesitas un mapa de Margaret Towne, te aconsejo que sigas estos escritos. Son un imperfecto mapa trazado por un torpe cartógrafo, pero te indicarán la dirección general que has de seguir.

En el fin de sus días (yo en realidad me encuentro en este punto), uno siente el irreprimible deseo de compartir lo que ha aprendido durante su existencia. Y, sin embargo, Jane, al escribir esto me doy cuenta de lo poco que yo he aprendido. Me doy cuenta de que nunca llegué a conocer a tu madre y que apenas me conocía a mí mismo. Y ahora sé que sólo voy a verte como una niña con una falda escocesa y dos trenzas de color rubio oscuro. (Si alguna vez te preguntas por qué tu pelo es de este color, quiero que sepas que es como el mío, o mejor dicho, como el que tenía de niño.)

Ojalá pudiera decirte que sigas siempre los dictados de tu corazón, pero creo que sería un mal consejo. Es cierto que tienes un corazón, pero también posees un cerebro y un alma. He acabado por creer que amamos tanto con el corazón como con el cerebro. El *verdadero amor* no es sólo instinto, sino además una intención. Es algo más que biología, que un brillo en los ojos y un pulso acelerado.

En la monogamia, Jane, hay una especie de nobleza. Incluso la hay en el mismo intento de mantenerla. Ir a dormir y despertarte a la mañana siguiente con la misma persona por el resto de tu vida, quedarte aunque estés deseando irte, éstos son los verdaderos rituales del amor.

Si estoy haciendo que el amor parezca muy deprimente, no era ésta mi intención. El amor en todas sus formas (romántico, platónico, propio, conyugal, familiar...) es encantador, encantador, encantador.

Eso es lo que deseo para ti, Jane.

Algún día, quién sabe cuándo, estarás conduciendo por una carretera, y algún día, quién sabe cuándo, te equivocarás de camino. Y al final de la carretera, cuando menos te lo esperes, él (o tal vez ella) estará allí.

Y ¡oh, Jane!, mi afortunada niña, este hombre será una ciudad para ti. En él encontrarás tiendas y restaurantes, un teatro de la ópera y un equipo de béisbol. Y tal vez también una prisión y un hospital. En ese hombre encontrarás todo cuanto necesitas para sobrevivir, ¡oh, Jane de las Janes!

Y cuando encuentres ese lugar, ese maravilloso lugar, ya no querrás vivir en ningún otro. Cuanto te suceda, aparca el coche, Jane, y quédate en él. Ya que esta ciudad será tu hogar, aunque sea distinto a cualquier otro que hayas conocido, porque será el hogar de los hogares.

Y en esta ciudad, habrá amor. Y en esta ciudad, habrá sufrimiento. Y en esta ciudad habrá ricos y pobres, felicidad y desdicha, enfermedades y salud, y todo cuanto existe bajo el sol. Es la mejor ciudad que hay sobre la tierra, Jane. Y para ti, si eres muy afortunada, será la única ciudad del mundo. El lugar donde nacerás por primera vez, el lugar donde morirás y el lugar donde te ocurrirá todo cuanto haya de ocurrirte entre medio.

En los últimos ocho años de tu vida te he estado observando con gran

detenimiento. Cuando tu madre tenía tu edad, ya se había dividido en dos Margarets. Tú, cariño, sólo has heredado sus cosas buenas. Te aseguro que no estás maldita. Serás una persona feliz, singular y completa, pero también tendrás dentro de ti una ciudad de Janes.

De un año a otro quizá no seas siempre la misma. Es algo muy normal. Una Jane es muchas Janes a lo largo de la vida. En los últimos ocho años has sido ya más Janes de las que puedo contar. Acepta tus iteraciones, ninguna de ellas dura demasiado tiempo y como tu tía Bess dice, la mayoría de mujeres tenéis muchas mujeres en vuestro interior.

Me estoy muriendo, Jane. Cada día que pasa el mundo me parece más maravilloso.

Sólo tengo cuarenta y seis años, tal vez ahora a ti te parezcan muchos, pero llegará un día (antes de lo que crees) en el cual te parecerá que una persona a esta edad es muy joven.

Sólo tengo cuarenta y seis años y si no hubiera sido por ti, Jane, me parecería una tragedia.

En ti, he encontrado el infinito; en ti, he renacido.

P. D.

Ya falta poco, Jane. Pronto volveré a Margarettown. Cuando llegue allí te enviaré una última carta. Será una especie de postal. Al recibirla sabrás que he llegado sano y salvo. En el caso de que no me quede en ella espacio para firmar con mi nombre (después de todo no es más que una postalita), sabrás que es mía porque en el matasello pondrá «Margarettown». Y en el caso de que la postal nunca llegue, aquí tienes lo que habría escrito en ella:

Querida Jane:

Tu madre se llamaba Margaret Mary Towne. Nació en Albany, Nueva York, en 19... Nos conocimos en la universidad y poco después nos casamos. Cuando tú tenías seis años se suicidó (se tomó somníferos y además se cortó las venas para dejar la cuestión bien zanjada). No estoy seguro de por qué lo hizo, ¿quizás aquel día fuera Greta?

Y con este último detalle acabo de decírtelo todo, absolutamente todo acerca de ella. Te quiero.

Verás que en el dorso de la postal hay una fotografía de la señalización de Margarettown, sólo que en ésta alguien ha pintado por fin la «M» y la «N» que faltaban. He sido yo, Jane, por si no lo has adivinado. Hace ya un tiempo que quería hacerlo. Ahora en la señalización pone: BIENVENIDOS A MARGARETTOWN, y debajo, 02 HABITANTES.

Aquí, en la ciudad de las Janes

1

Cuando Jane nació se puso a llorar y siguió haciéndolo sin parar durante los seis primeros meses. Por lo general los bebés lloran mucho, pero nadie había visto nunca a uno que llorara tanto como ella.

Jane no era un recién nacido adorable. Tenía la nariz roja e hinchada, llena de mocos, y los ojos enrojecidos. Las enfermeras la sacaron de la sala de recién nacidos para ponerla en una habitación privada. Creían que la triste cantilena de Jane molestaba a los otros bebés.

Jane no se dio cuenta de que la habían cambiado de lugar. Estaba demasiado abrumada por su propio dolor como para interpretar los extraños comportamientos de los demás.

Al quinto mes de vida, se olvidó de por qué lloraba y, para gran descanso de todos, al sexto dejó de llorar del todo.

Aunque sólo fuera un bebé de seis meses, le pareció absurdo no poder recordar por qué lloraba y decidió empezar a reír.

2

Cuando Jane tenía seis años, su madre murió. Parecía que no le hubiera afectado su muerte, porque la mañana del velatorio se había dedicado en cuerpo y alma a cambiar de lugar el mobiliario de su casa de muñecas.

Jane tenía buen oído y oyó por casualidad que su tía Bess susurraba a su padre: «No ha llorado ni una sola vez. No debe comprender que Margaret está muerta. A esta edad, no entienden por completo el concepto de la muerte. Es una suerte».

Pero la tía Bess se equivocaba, Jane entendía muy bien el concepto de la muerte y le dolió mucho que pensara que a ella no le había afectado aquella terrible pérdida. Pensó que cualquiera había de ver que cambiar de lugar los muebles de la casa de muñecas era su forma de expresar el dolor que sentía. Había estado llevando a la muñeca madre (era una familia nuclear de muñecas formada de una madre, un padre, un hijo y una hija) y todas las pertenencias de la misma al desván de la casa de muñecas. Jane se preguntaba si las lágrimas se consideraban una expresión de dolor superior a la de cambiar de lugar los muebles de la casa de muñecas de una.

Sintiéndose terriblemente incomprendida, Jane se echó a llorar.

—¡Oh, escucha! —dijo tía Bess—, lo está empezando a comprender.

3

A los ocho años Jane estaba convencida de que el espíritu de su difunta madre se había metido en *Gato*, el minino de la familia. Su convicción se basaba principalmente en el hecho de que tanto *Gato* como su madre tenían el mismo color de pelo.

Jane mantenía largas charlas con *Gato*, sobre todo con relación a cómo se sentía un ser humano que antes había sido madre, en la piel de un felino. Durante las charlas *Gato* se dedicaba a lamerse las patas y a mantenerse silencioso. Jane interpretaba este silencio como sabiduría mezclada con un tácito acuerdo.

Cuando hacía ya unos tres meses que Jane creía que *Gato* era su madre, contrajo una severa urticaria.

Al llevarla al médico, éste dijo que Jane era alérgica a los gatos y que la prolongada exposición a *Gato* había activado una alergia que de lo contrario habría seguido en estado latente. A no ser que la niña quisiera tomar medicamentos, habrían de regalar a *Gato* a alguien.

Jane rogó a su padre que se quedaran con *Gato*.

—¡Es como si te deshicieras de mamá! —declaró Jane.

—Tu madre no está en el gato —le respondió su padre.

—¿Cómo lo sabes? —replicó ella—. ¡Tienen el mismo color de pelo!

—Si ésta es tu única prueba, has de saber que tu madre no era pelirroja.

—Sólo me lo dices porque quieres que me desprenda de *Gato* —insistió Jane.

—¡Jane, vi cómo se lo teñía!

—Pero quizá se estaba tiñiendo las canas —sostuvo Jane.

Su padre se dio por vencido. Estaba cansado de discutir con ella y era imposible convencer a una niña de ocho años de que su madre no era pelirroja sin recurrir a detalles obscenos.

Cuando Jane tenía once años su padre murió y ella se fue a vivir con tía Bess y Libby, la «amiga» de su tía en Phoenix, Arizona. Bess le dijo que llamara a Libby «tía Libby», aunque no fuera en realidad su tía. Jane también sospechaba que tía Libby podía ser algo más que la «amiga» de tía Bess.

—Claro que la llamaré tía Libby —le dijo Jane a su tía—. ¿Acaso no te llamo a tía Bess aunque en realidad no lo seas?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó tía Bess.

—Me refiero en el *sentido biológico*.

—¿Qué quieres decir? —volvió a preguntarle tía Bess.

—Papa dijo que tú no eras mi tía en el «sentido biológico».

Tía Bess puso los ojos en blanco, aunque fuera un gesto que odiaba en los demás ella lo empleaba a menudo.

—Tu papá dijo un montón de cosas, ¿verdad? Te aseguro que siempre he sido tu tía en el *sentido biológico*, me refiero a que soy la hermana de tu padre —afirmó tía Bess sacudiendo la cabeza.

—Si te sirve de consuelo —añadió Jane—, también dijo que eras su «hermana preferida».

—¡Por el amor de Dios, era su *única hermana*! —Y entonces tía Bess rompió a llorar porque echaba mucho de menos a su hermano pequeño, por más defectos que le encontrara. Abrazó a Jane con sus enormes y mullidos brazos—. Tú te pareces mucho a él, ¿sabes? —le dijo tía Bess—. Aunque yo fuera su hermana gemela (en nuestra familia los gemelos son muy corrientes), tú te pareces mucho más a él que yo.

Jane asintió con la cabeza.

—Era mi hermano pequeño, Jane. No puedes imaginarte lo que significa perder a un hermano pequeño.

—¡Espera! —exclamó Jane liberándose del abrazo de tía Bess—. Creí que habías dicho que era tu hermano gemelo.

—Yo era tres horas y tres minutos mayor que él, pero siempre me dio la sensación de que nos llevábamos mucho más tiempo.

Jane frunció el ceño.

—Si tal como afirmas eres de verdad mi tía en el *sentido biológico*...

—¡Jane, lo soy!

—Si lo eres —repitió Jane—, ¿por qué papá me habría mentado acerca de ello?

—¡Oh, quién sabe! Sus razones tendría. Hacia el final de su vida se encontraba bajo el efecto de los fuertes medicamentos que tomaba, pero incluso antes de ello tu padre siempre abordó la verdad con una cierta flexibilidad.

—¿Estás insinuando que papá era un mentiroso?

—La mayoría de padres lo son hasta un cierto punto —respondió Bess—. Desde que tenemos uso de razón sabemos que nuestros padres nos mentarán. Lo hacen para

protegernos o quizá movidos por un equivocado sentido de la piedad.

—¿De modo que la mayoría de padres dicen... —Jane hizo una pausa— «mentiras piadosas»?

Bess lanzó un suspiro.

—Yo nunca te mentaré.

—¿Cómo sé que ahora no me estás mintiendo?

—Yo nunca te mentaré porque no soy tu madre sino tu tía, y las tías no mienten. Te lo demostraré, pregúntame lo que quieras.

Jane reflexionó unos momentos antes de formularle una pregunta.

—¿Qué clase de relación mantienes exactamente con tía Libby?

—Somos... —empezó a decir tía Bess. Aunque tenía una mentalidad muy abierta para la mayoría de temas, el lesbianismo siempre le había incomodado un poco, y por más que lo había intentado no conseguía dejar de verlo como una especie de fracaso suyo personal y moral. Por eso tía Bess nunca se describía a sí misma como una lesbiana, aunque en el fondo lo fuera. Sin embargo, no quiso romper su promesa con una mentira—. Somos una pareja —respondió por fin tía Bess.

—¿Quieres decir que sois lesbianas? —le preguntó Jane.

—¡Oh!, supongo que sí, si quieres que te responda de una forma tan espantosamente literal, así es.

—¿Qué hay de malo en ser literal? —inquirió Jane.

—Es bueno serlo un poco, Jane, pero no demasiado —le contestó tía Bess.

Cuando Jane tenía trece años le pidieron en la escuela que hiciera una redacción sobre un miembro de su familia. Aunque podría haberla escrito sobre cualquiera de sus dos tías, decidió escribirla sobre su padre del cual, a decir verdad, se había empezado ya a olvidar. La maestra les había dicho que habían de entrevistar a alguien que conociera a la persona en cuestión. Como a Jane no le apetecía preguntar a tía Bess sobre su padre —ya que ésta podría echarse fácilmente a llorar—, se inventó lo que no podía recordar o, en realidad, lo que nunca había conocido.

MI PADRE

Nadie puede decir de dónde procede mi padre porque nació en un barco. Cuando naces en un barco en realidad has nacido en una masa de agua. En la partida de nacimiento de mi padre pone «Lugar de nacimiento»: Océano Atlántico.

Mi padre tiene una hermana gemela que se llama Elizabeth. En nuestra familia los gemelos son muy habituales, yo también tengo un hermano gemelo que se llama Ian. Ian no va al colegio porque es un genio y no necesita asistir a clase.

Mi padre perteneció al equipo olímpico de bádminton, pero al quedar el cuarto no recibió ninguna medalla. Competía en el equipo americano, pero de hecho podía haber elegido hacerlo en el de cualquier país porque procedía del océano Atlántico.

Mi padre rompió el corazón de muchas mujeres antes de casarse con mi madre. Es atractivo (aunque resulta difícil saber si esto es cierto porque es imposible de decir si tu propio papá es atractivo o no) y divertido a veces. Creo que por eso las mujeres se sentían atraídas por él, pero de nuevo es difícil saber si esto es cierto porque yo soy su hija.

Cuando era pequeña no vivía con mi papá, ya que mi madre se enfadó con él. Se enfadó porque él era un espía profesional. Es muy buen espía porque en realidad no procede de ningún lugar y es muy atlético. Como nos prometió que dejaría de ser un espía, mi madre volvió con él. Pero mi papá no pudo mantener su promesa y ahora vuelve a ser un espía. Actualmente mis padres no viven juntos y eso es todo lo que quiero decir acerca de ello.

A lo largo de su vida mi padre ha estado a punto de morir en muchas ocasiones (a causa de su profesión y de otros factores de una naturaleza desafortunada). En dos ocasiones estuvo a punto de morir en un naufragio. En la actualidad es un hombre muy mayor con el cabello canoso y un ojo de cristal.

La redacción de Jane recibió un suspenso como nota. Su maestra le comentó: «Jane, esta redacción había de basarse en un hecho real. Además tu caligrafía deja mucho que desear».

Jane se quejó amargamente a sus tías de la nota que le había puesto la maestra, mucho más baja de la que solía recibir en sus redacciones.

—¿Acaso importa que sea verdad o no? —se preguntaba Jane.

—Creo —le dijo tía Bess— que si vas a inventarte cosas deberías hacerlo de una forma más verosímil.

—Y además nunca se había preocupado por mi caligrafía —añadió Jane.

—Creo —le dijo tía Libby amablemente— que en el futuro deberías escribirlas a máquina. Las cosas escritas a máquina parecen más reales.

Al día siguiente tía Bess cambió de opinión y decidió ir a ver a la maestra y mentirle.

—Señorita Gerontion —dijo— le aseguro que lo que Jane ha escrito es

absolutamente cierto. Lo único que no ha mencionado es que su padre murió. Creo que dadas las circunstancias se podría hacer una excepción.

La señorita Gerontion, que no tenía el corazón de piedra, cambió el suspenso de Jane por un aprobado.

6

A los quince años Jane perdió la virginidad por primera vez. El evento le pareció de lo más banal. Lo más decepcionante de todo fue que no sangró. ¿Y de qué sirve ser virgen si no sangras?

Después del evento se puso a escuchar la canción «Dont't Think Twice, It's All Right» que sonaba en el reproductor de CD's de su amigo. A Jane le pareció que la letra no tenía demasiado sentido, pero la encontró ligeramente reconfortante. Al terminar de oír el estribillo, decidió que no había perdido la virginidad. Buscaría otra oportunidad para perderla «de verdad».

A los dieciséis años Jane perdió la virginidad por segunda vez con un chico llamado Ian.

Después de terminar, ella dijo:

—Cuando era niña tenía un amigo imaginario que se llamaba Ian.

—Mmmm, vale —contestó Ian.

—Pretendía que era mi hermano gemelo.

—¡Qué raro! —respondió él.

Como siempre le había gustado mucho el nombre de Ian, no podía evitar preguntarse si la verdadera razón por la que le había elegido era porque se llamaba así.

La segunda vez no fue demasiado distinta de la primera, por eso decidió que sería la última que perdería la virginidad.

La única persona a quien le contó su segunda «primera vez» fue a su tía Libby, la cual conocía todos los secretos de Jane. (Le resultaba más fácil contarle cosas a la tía con la que no estaba vinculada en el sentido biológico.) Jane le confesó que estaba preocupada porque creía que era poco ético perder la virginidad dos veces. Su tía Libby le respondió acariciándole el cabello y diciéndole que no se preocupara.

—Cariño —le contestó— a veces hay que hacer algo dos veces para conseguir que salga bien.

8

A los dieciocho años Jane fue a una universidad muy prestigiosa de la costa este de Estados Unidos.

En el primer año Jane hizo lo mismo que las otras chicas. Asistió más o menos a las clases, engordó más o menos ocho kilos; se afilió a clubes y apareció en las fotos de grupo; compró libros e incluso leyó algunos de ellos.

En el segundo año, se dormía. Al principio nadie se daba cuenta y Jane menos aún. Pero al cabo de poco descubrieron que se había pasado la mayor parte del primer trimestre durmiendo.

Sus compañeras de habitación se preocupaban por ella y se preguntaban si tendría mono [la enfermedad del beso]. Jane pensaba que ojalá fuera así, porque entonces al menos tendría una excusa. Pero la pura verdad era que tenía sueño.

Hacía todo lo posible por no dormirse en clase. Activaba la alarma del despertador para que sonara quince minutos antes de empezar la clase, lo ponía en el modo silencioso y lo dejaba vibrar durante media hora. En aquel punto se daba por vencida y desactivaba la alarma hasta la siguiente clase, a la que para empezar no asistía.

El primer día del curso uno de los decanos menos interesantes de todos dio una charla sobre cuánto costaba cada clase. Si se asistía a cuatro clases durante un semestre, una clase de una hora costaba normalmente 400 dólares. Esta cifra la atormentaba un poco y al mismo tiempo la estimulaba. En la universidad era donde había echado el sueño más caro de toda su vida.

9

A los veinte años Jane escribió un relato corto para el concurso de relatos breves que organizaba la revista literaria de la universidad. El primer premio consistía en un bolígrafo con un reloj incorporado y una pequeña nevera para el dormitorio. El segundo premio era una tabla de planchar. Y el tercero, un queso. Hay que mencionar que en realidad era un queso más bien pequeño. El gran debate en la oficina del *Sic* era si el primer premio debía consistir sólo en el bolígrafo con un reloj incorporado («Es el más literario —dijo el encargado de los refrigerios—, ¡y el de más clase!»). Entonces decidieron que el segundo premio consistiría en la nevera. Sin embargo, el responsable de la tipografía pensaba que como la neverita para el dormitorio era el objeto de más valor, había de ser el primer premio. Al final el responsable de la tipografía y el encargado de los refrigerios mantuvieron una lucha de pulgares y una competición de sostenerse la mirada, y de ese modo se decidió la cuestión. El proceso tomó cuatro veces más de tiempo que decidir quiénes eran los ganadores del concurso de relatos breves.

Jane no ganó el concurso o ni siquiera quedó entre los premiados. A decir verdad su relato no era demasiado bueno. Se trataba de una historia de poca calidad: una narración ligeramente velada de la relación que tía Bess mantenía con tía Libby, al estilo de Raymond Carver. Por unas razones que sólo ella conocía, Jane envió el relato a tía Bess. Una semana más tarde, recibió una carta de ocho páginas de su tía. La carta consistía principalmente en correcciones gramaticales. Teniendo en cuenta que su relato sólo tenía once páginas, Jane consideró que la respuesta de tía Bess había sido en cierto modo excesiva. La carta empezaba diciendo:

Querida Jane:

En el segundo párrafo de la primera página escribes «Tía Beth siempre se sentía mal después de hacer el amor con tía Lizzie». Por supuesto, la tía Beth se sentía mal. (Aunque dejo esta cuestión a tu criterio, también me pregunto por qué has elegido la palabra «mal», ya que no es demasiado descriptiva. Me descubrí pensando: «¿*De qué modo* la tía Beth se sentía mal? ¿*Por qué* la tía Beth se sentía mal?» Por cierto, tu tía Bess NUNCA se sintió mal después de hacer el amor con tía Libby.)

En el tercer párrafo de la primera página escribes...

El resto de la carta seguía en una vena similar. Tía Bess señalaba en ella que a Libby, la tía de Jane, «le encantó». Este documento marcó el final de la brillante carrera de Jane como escritora de relatos breves de ficción.

Una semana más tarde tía Bess envió a Jane una segunda carta y también un paquete. «Hacia el final de su vida tu padre se las daba un poco de escritor —escribió Bess—, aunque me temo que sus escritos nunca tomaron una forma demasiado coherente.» Dentro del paquete había un surtido de servilletas de cócteles, hojas de anillas, post-its, postales, tarjetas, hojas de blocs, cajitas de cerillas, felicitaciones, folletos publicitarios, archivadores e incluso una ecografía. Sobre aquellos «papeles» el padre de Jane había escrito una especie de currículum de la madre de ésta. «Pensé

que habías de tenerlos —concluía Bess en la carta—, porque los escribió para ti y ahora ya eres lo bastante mayor como para hacer lo que quieras con ellos.»

Como la «obra» del padre de Jane parecía más bien un collage, le resultó muy difícil determinar el orden correcto en que había de leerla. Intentó arreglarla y organizarla lo mejor posible, pero constantemente había de volver a leerla y empezar a ordenarla de nuevo. También le pareció que el estilo literario de su padre era demasiado elaborado para su gusto (aunque hay que decir que Jane estaba atravesando una etapa en la que sentía una gran admiración por Raymond Carver).

Después de haber estado intentando organizar los documentos, llamó a cobro revertido a su tía Bess.

—¿Estos escritos son reales? —le preguntó Jane.

—No lo sé —respondió Bess—. Algunos lo son.

—¿Qué partes?

—Creo que es más complejo que esto —observó Bess después de un momento—. Creo que tu papá intentó entender a la enigmática Margaret mientras vivía. Creo que no quería que la historia te dejara una sensación triste que te hiciera decir por el resto de tu vida: «Mi madre estaba deprimida. Mi madre se suicidó», ni quedarse él quizá con la sensación de que sus acciones pudieran afectarte de algún modo. Creo que en cierta manera estaba intentando explicar cómo era ella. Sobre todo a ti, pero también a sí mismo.

Jane y tía Bess suspiraron al mismo tiempo.

—Escucha —prosiguió—, nunca comprendí exactamente qué es lo que tu padre intentaba lograr con ello, pero sé que te quería. —Tía Bess remató esta vieja historia con un gran encogimiento de hombros para disculpar a su hermano, un gesto que Jane no pudo apreciar desde el otro lado del teléfono.

—O sea, ¿que mi madre no murió a los ochenta y siete años? —inquirió Jane.

—Margaret era una mujer fuera de lo corriente en muchos sentidos, pero una mujer al fin y al cabo, Jane.

—Pero ¿qué fue lo que en realidad sucedió?

—No es más que una historia. Que una historia sentimental. Todas las parejas las tienen, y esas historias se entretajan con otras y se embellecen, y acaban cobrando vida propia. Y al cabo de un tiempo, ya no importa si ocurrieron o no. Al contarlas una y otra vez, esas historias de algún modo se convierten en nuestras vidas. —Bess hizo en este punto una pausa al recordar el día en que conoció a Libby. La encontró casualmente en la entrada de la casa del padre de Jane; Libby estaba a punto de casarse con su prometido. Fue un encuentro muy afortunado, pensó Bess sintiendo un escalofrío de emoción. Podía haber ocurrido o podía no haber ocurrido y al universo le habría dado lo mismo tanto una cosa como otra.

En la mitad de la conversación, tía Libby cogió el otro teléfono para llamar a alguien y se puso a marcar el número.

—¡Libby, estoy hablando por teléfono! —protestó tía Bess.

—¡Oh, lo siento! ¿Con quién estás hablando? —preguntó Libby.

—Con Jane.

—¡Jane! ¡Jane! ¿Por qué no me has dicho que estás hablando con ella por teléfono? De haberlo sabido lo habría cogido antes. ¿Cómo estás, cariño?

—Muy bien —contestó Jane.

—Nos encantó el relato breve que nos mandaste.

—Gracias —respondió Jane—, pero no creo que fuera demasiado bueno.

—Puedes decírmelo con toda franqueza. El personaje de la tía Lizzie era yo, ¿a que sí? —le preguntó tía Libby con complicidad.

—Yo, mmmm... —Empezó a decir Jane. Siempre se sentía abrumada cuando sus dos tías le hablaban por teléfono a la vez.

—Libby, no es por nada pero estábamos manteniendo una conversación seria —observó tía Bess.

—¡Oh!, seguid hablando, no os preocupéis por mí —dijo tía Libby.

Jane pudo oír cómo tía Bess lanzaba un suspiro.

—Como te estaba diciendo... —prosiguió Bess.

—Antes de que empieces a hablar —la interrumpió tía Libby—, quiero decir una cosa a Jane. Cariño, Bee y yo vendremos a verte de aquí tres semanas en el «Fin de semana de los padres». Necesito que me digas cómo se llamaba aquella pensión tan cuca en la que estuvimos el año pasado.

—¡Oh, tía Libby!, ¿no me digas que quieres volver a alojarte en aquel horrible lugar? —le preguntó Jane.

—Me gustó. La propietaria era una verdadera muñeca. ¿Te dijimos que se dedica a criar corgis galeses?

La discusión ya no volvió a girar en torno al tema de la madre de Jane ni de los escritos de su padre. En cierto modo, era mejor así. Todo aquello no era más que una vieja historia, en cambio el resto de la conversación trató de temas más urgentes, como el de los relativos méritos de las pensiones frente a los de los hoteles y de si Jane estaba ingiriendo suficientes proteínas.

Aquella noche, mientras revisaba aquella colección de escritos, se le ocurrió que la única prueba concreta que había de su madre en todo el paquete era una servilleta de un cóctel con un número de teléfono y las palabras «En caso de emergencias» escritas en cursiva. Jane supuso que las había escrito su madre, aunque a decir verdad lo único que sabía era que no se trataba de la letra de su padre. Se preguntaba a quién habría llamado su madre (si es que de veras había llamado a alguien) durante una emergencia. Marcó el número que figuraba en la servilleta, por suerte era un número local (Jane no podía hacer llamadas de larga distancia desde la universidad porque hacía varios meses que no pagaba la factura del teléfono).

—Templo Beth El. Le habla el rabino Levy, ¿qué desea? —le contestó alguien.

Jane soltó unas risitas, pero no sabía del todo por qué. Quizá fue al pensar que su madre (que por lo que ella conocía no había sido judía) pudiera ir a una sinagoga

durante las emergencias.

—¿Diga? —repitió el rabino Levy.

Jane rompió a reír de nuevo. Cuando estaba a punto de colgar, oyó que el rabino le decía en un tono de voz inusualmente afectuoso:

—¿Puedo ayudarte? —y un segundo más tarde—, ¿tienes algún problema?

—No creo —respondió Jane—. Lo siento, me he equivocado de número.

—¿Estás segura? —le preguntó el rabino.

Jane volvió a soltar unas risitas.

—Es que he encontrado este número de teléfono entre... las cosas de una amiga que ha muerto. —Jane no sabía por qué le estaba mintiendo—. Pero el número es muy antiguo, supongo que ahora debe de haber cambiado. Y mi amiga no era judía.

—¿Sabes? En algunas ocasiones recibo llamadas de personas no judías —le dijo el rabino bromeando—. Quizá tu amiga era también amiga mía —sugirió—. ¿Cómo se llamaba?

—Margaret Young.

El rabino no dijo nada.

—Pero quizá la conocías por Towne, su nombre de soltera.

—Margaret Towne —respondió el rabino.

—¡Sí! Ella también lo usaba profesionalmente. ¿La conocías? —inquirió Jane.

—No, no puedo decir que la conociera —respondió el rabino.

—Sabía que era una posibilidad muy remota —observó Jane—. Bueno, gracias de todos modos.

—No hay ningún problema.

Cuando Jane estaba a punto de colgar por segunda vez, el rabino le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo Jane —respondió.

—Jane, ¿por qué no vienes a verme a mi despacho?

—¿Por qué?

—Es sólo porqué... —el rabino hizo una pausa— me da la impresión de que necesitas hablar con alguien.

Como la sinagoga estaba en Brookline y quedaba sólo a quince minutos del dormitorio de Jane, acordó ir a verle el siguiente martes por la tarde.

—¿Rabino Levy? —le preguntó Jane a un hombre alto de pelo oscuro y ojos claros que llevaba un caro y horrible suéter.

—¿Jane? —inquirió el rabino. Al verla, supo al instante que ella le había mentado sobre el vínculo que la unía con Mia. En realidad, las dos se parecían mucho.

Jane asintió.

—La gente me llama rabino Mike o sólo Mike.

Por la forma en que se lo dijo, Jane supo al instante que él también le había mentado. Parecía nervioso —al estrecharle la mano advirtió que la palma le sudaba—; para ella era evidente que había conocido a su madre.

El rabino la condujo a su despacho, el cual estaba lleno de fotografías enmarcadas, la mayoría de su familia. En lugar de tomar asiento, Jane se puso a observar con detenimiento las fotografías del rabino.

—¿Son éstos tus hijos? —preguntó Jane.

El rabino asintió con la cabeza.

—¿Es ésta tu mujer?

El rabino asintió de nuevo.

En la parte de arriba de las estanterías llenas de libros Jane advirtió que había una foto en blanco y negro enmarcada de un equipo de balomano del instituto. Cogió la fotografía para verla con más detalle. Delante del equipo había una inscripción que decía EQUIPO JUVENIL DE BALONCESTO DEL INSTITUTO DEL NORTE DE ALBANY.

—¿Era tu equipo?

El rabino asintió con la cabeza.

Jane volvió a colocar la fotografía en su sitio y sacó de su bolsillo la servilleta del cóctel. La dejó encima del escritorio del rabino.

—¿Es ésta tu letra o la suya?

El rabino Mike cogió la servilleta y la alisó con uno de sus dedos.

—Es la de ambos —respondió—. Yo escribí el número de teléfono y ella añadió la nota.

—¿Qué significa «en caso de emergencias»?

—Creo... —Hizo una pausa—. Es difícil de saber, pero creo que se refería a que podía contar conmigo.

—¿Contar contigo para qué exactamente?

—Creo que ella me llamaría cuando necesitara que alguien la viera de una determinada manera, si es que esto tiene algún sentido.

Jane asintió con la cabeza.

—¿Alguna vez te habló de mí? —le preguntó el rabino.

—No —respondió Jane.

El rabino se giró hacia la ventana, alejándose de Jane.

—Estaba locamente enamorado de ella. Y en cierto modo, lo sigo estando —le confesó en voz baja, en un tono ronco y quebrado.

Jane asintió con la cabeza.

—En mi vida nunca he sabido distinguir qué cosas eran sólo caprichos y cuáles debía seguir de verdad, ¿sabes lo que quiero decir?

—No del todo —respondió Jane agitando la cabeza.

El rabino se echó a reír.

—Un viejo rabino de cuarenta y nueve años sigue aún soñando con una dulce chica de dieciséis. ¿No te parece patético?

—¿Y qué me dices de tu mujer?

—A ella también la amo y la quiero mucho.

Jane abrazó impulsivamente al rabino.

—En otra vida debes de haber sido mi hija —observó. El rabino Mike se había preguntado en innumerables ocasiones cómo había sido su vida pasada.

Aquella tarde Jane entregó el dossier de su madre al rabino (pensó que al haberla él conocido como mujer, podía ayudarla a interpretarlo), y dos semanas más tarde el rabino le devolvió el paquete con una nota.

«Querida Jane —escribió—, he estado examinando los “documentos” adjuntos y creo que debo decirte que tu padre se equivocó por completo en algunas cosas. Por ejemplo, a los dieciséis años tu madre no era para nada como el personaje de Mia (digo “personaje” porque no es más que una creación de tu padre) con las uñas pintadas de negro. Mia nunca tuvo ambiciones artísticas de ningún tipo. Siempre quiso estudiar Historia del Arte. Te lo menciono porque tu padre dice que tu madre empezó a deprimirse cuando su ambición artística se vio truncada, pero esto es totalmente falso. Como probablemente ya sabes, la mayoría de los expertos dicen que la depresión procede del desequilibrio de unas sustancias químicas en el cerebro...»
—La carta seguía a lo largo de una página más. Al final el rabino Mike le pedía perdón por haber perdido el control el día que se habían conocido y la animaba a llamarle siempre que quisiera. También escribió en la posdata: «Como amé a tu madre, Jane, tú también tienes mi amor, puedes hacer con él lo que quieras».

A Jane le pareció que lo que le decía el rabino era un poco fuerte. Aunque raras veces fumaba, le pidió a Cate, su compañera de habitación, si le quedaba un poco de «hierba». A Cate aún le quedaba, así que las dos chicas se echaron en el suelo de la habitación que compartían para disfrutar del colocón y de la euforia que les producía.

A pesar de no pretender hacerlo y de su suave colocón, Jane se puso a reflexionar en el relato de su padre. Si su madre se había suicidado por una aventura amorosa que le había ido mal (como su padre parecía sugerir en uno de sus escritos), ¿era posible que ella, Jane, nunca hubiera nacido? Porque al pensar ahora en ello, no estaba segura de poder ordenar los escritos cronológicamente de una forma que la satisficiera. Y si las fechas no cuadraban, se preguntaba: ¿tal vez ella no era más que una invención de su padre?

Jane intentó explicárselo a Cate.

—¡Eh, Cate! ¿Y si en realidad no existiéramos? ¿Y si no fuéramos más que unos personajes de ficción?

Cate soltó unas risitas y le pasó el porro. Jane lo inhaló lentamente. Al cabo de una hora su compañera le respondió con otra pregunta:

—Pero ¿acaso no somos dos personajes de ficción que se han creado el uno al otro? Quiero decir que tú existes sólo porque yo te veo.

—¿Porque me ves?

—Porque te percibo, tía. Es como si todo no fuera más que una percepción mental.

Jane asintió con la cabeza lentamente y reflexionó sobre las palabras de Cate.

—¡Eh, Jane! —le soltó su amiga interrumpiendo su ensueño.

—¿Qué?

—¿Quieres que vayamos a comer crepes?

Las chicas fueron a comer crepes, pero no pudieron encontrar el local donde los hacían por diversas razones. Al despertar Jane por la mañana, estaba muerta de hambre. Su gran apetito le aseguró que ella era una persona «real».

A los veintiún años Jane decidió arreglar el letrero roto de CINES MARGARETTOWN. Cuando era una estudiante del primer curso había hecho que se lo enviaran de Arizona para colocarlo en el dormitorio. Durante los últimos tres años y medio había estado intentando arreglarlo, pero por una razón u otra, no había encontrado el momento para hacerlo. En el último año todos los exámenes de invierno habían terminado antes de tiempo. Como faltaban más de dos semanas para que el nuevo trimestre empezara y ella no sabía qué hacer durante ese tiempo, decidió subir la categoría del proyecto de EN PERSPECTIVA a EN CURSO.

Jane retocó personalmente la pintura del letrero, pero sabía que para reparar la parte eléctrica necesitaría la ayuda de un profesional.

Cate conocía a un chico llamado King del laboratorio de ingeniería. Como su compañera de habitación pensaba que él podría arreglarlo fácilmente, Jane cargó con dificultad con el letrero y cruzó el campus para llevarlo a la Facultad de Ciencias. (Como estudiaba historia, era la primera vez que Jane tenía una buena razón para ir allí.)

Aquel día King no había ido al laboratorio (tenía mono), pero en él se encontraba un chico llamado Glass. Estaba estudiando para ser ingeniero químico, pero disfrutaba reparando cosas y tenía algunos conocimientos de electricidad. Arregló fácilmente el cartel de Jane e incluso le indicó dónde podía conseguir en la ciudad las treinta y seis bombillas de aspecto antiguo que necesitaba. Cuando Jane le propuso pagarle por su trabajo, Glass se negó amablemente. En lugar de ello se ofreció para llevarle el letrero hasta su dormitorio.

Mientras recorrían la corta distancia que había del laboratorio al dormitorio de Jane, Glass se descubrió pensando que ojalá aquel paseo no terminara nunca. Deseó estar paseando con aquella mujer durante el resto de su vida.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jane.

—Jake —respondió.

—¿Jane? —inquirió ella.

—No, Jake. Con «k».

—Si los dos nos hubiéramos llamado Jane habría sido muy extraño —observó ella.

—Y si tú nombre hubiera tenido una «k», podrías haber sido yo —señaló Jake.

Jane se quedó unos momentos en silencio, arqueó una de sus cejas y se echó a reír. Su risa fue una revelación para Jake, apenas se sentía digno de ella. Se hizo la promesa de inventarse unas ocurrencias más originales que realmente merecieran aquella risa.

—Gracias, pero no ha sido una broma demasiado buena —respondió Jake—. Ni siquiera estoy seguro de que tenga demasiado sentido.

—¡Ah!, pero ahí es donde está la gracia —dijo ella y luego sonrió dulcemente.

Jake pensó que Jane era la chica más estupenda que había conocido en toda su vida.

Aunque tenía un examen a la mañana siguiente, decidió volver al laboratorio por el camino más largo, el cual pasaba por delante de una determinada ferretería. Fingió sorprenderse al encontrarse ante ella. Y fingió sorprenderse más aún cuando entró en la tienda y compró treinta y seis bombillas pequeñas.

Al día siguiente, por la tarde, cuando Jake Glass se presentó en la habitación de Jane con una bolsa marrón de papel llena de treinta y seis pequeñas bombillas de aspecto antiguo, ella también fingió sorprenderse al verle.

—Quería ver cómo quedaba el cartel con las bombillas encendidas —dijo Jake y luego sonrió tímidamente bajando la cabeza y mirándose las manos.

—Eres un perfeccionista —observó Jane.

—Más o menos.

Entraron en la habitación de Jane, enroscaron las bombillas y conectaron el letrero en el enchufe que había en la pared. Jake accionó el interruptor para encenderlo y los dos se sentaron en una de las dos camas extralargas de la habitación y contemplaron el letrero reparado de CINEMAS DE MARGARETTOWN.

—¡Qué luminoso es! —dijo Jane.

—¿Quién es Margarettown? —preguntó Jake al cabo de un rato.

Jane lo miró con una expresión de sorpresa.

—¡Qué extraño que hayas dicho «quién»!

—¿Por qué?

—Porque casi todo el mundo pregunta «dónde», pero en realidad es «quién». Mi madre se llamaba Margaret Towne. Tenía una tienda de piezas arquitectónicas antiguas que los clientes que las compraban intentaban restaurar.

Aquella noche, mientras estaba tendida en la cama extra larga de su habitación, pensó en Jake. En la vida, Jane reflexionó, las cosas más importantes suelen suceder cuando estás llevando a cabo algún otro proyecto.

A los veintidós años Jane decidió cortarse el pelo. La semana anterior había preguntado a tía Bess: ¿Me parezco a mi madre?

Como respuesta tía Bess le había dicho que su madre también tenía el cabello largo como ella, pero que era pelirrojo. (Como el pelo de *Gato*, se dijo Jane para sus adentros.) Tía Bess prosiguió diciendo que a su padre le gustaba mucho ese color. También mencionó que su madre se teñía el pelo y que, en cierto modo, su padre se había sentido engañado al descubrirlo. Tía Bess se preguntaba hasta qué punto la atracción que su padre había sentido por su madre no procedía de creer que era pelirroja.

Fue entonces cuando a Jane se le ocurrió la idea de cortarse el pelo para poner a prueba a Jake. Si él parecía muy decepcionado por su corte de pelo, quería decir que no la amaba. Si ni siquiera se daba cuenta de que se lo había cortado, también significaba que no la amaba. Y si aceptaba su nuevo corte de pelo de una manera afectuosa y razonable, quería decir que la amaba. Era una simple prueba de amor.

Cuando Jake vio el nuevo corte de pelo de Jane, le cubrió de besos su rapada cabeza y luego hicieron el amor. Jane estimó que su reacción había sido afectuosa y razonable al mismo tiempo.

Aquella noche, mientras estaban tendidos en la cama, Jane tomó una decisión: elegiría a Jake por encima de todos los demás, incluso de los que aún no había conocido. Sospechaba que él era el mejor.

A los veinticinco años Jane se casó con Jake.

Aquel día había tres bodas programadas en la iglesia. La de Jane y Jake era la segunda. Por eso la ceremonia no pudo empezar antes de las dos de la tarde, y a las tres y media ya había terminado del todo (¡incluso las fotografías!). A Jane se le ocurrió que el apretado programa de la iglesia no dejaba espacio para demasiadas pausas o dudas dramáticas.

Se suponía que tía Bess, al ser la principal persona que se había ocupado de Jane, era la que iba a acompañarla hasta el altar. Pero por desgracia, la primavera pasada se había roto una pierna en la última ronda de un concurso de limbo en un crucero gay. Al principio Jane decidió que si su tía no podía acompañarla hasta el altar, nadie más ocuparía su lugar. Sin embargo, era evidente que a tía Libby, aunque no fuera su tía en el sentido biológico, le encantaría que se lo pidiese. Cuando Jane al fin lo hizo, su tía Libby se echó a llorar y le dijo cuánto la amaba. Jane se alegraba de haberla hecho tan feliz, pero en privado le dijo a Jake:

—Dudo de que alguien pueda distinguir una tía gay de la otra.

En realidad era cierto, tía Libby y tía Bess eran casi como dos gotas de agua: una era un poco más redondita y la otra, un poco más alta, pero sólo los amigos íntimos y los familiares se preocupaban en distinguirlas.

En la parte trasera de la iglesia había una habitación para que las novias pudieran arreglarse. Cuando Jane fue a entrar en ella, descubrió que la novia de la boda anterior aún estaba dentro.

—¡Oh, lo siento! —dijo la otra novia—. Supongo que ya tendría que haberme ido.

Jane se encogió de hombros.

—No hay ninguna prisa. De todos modos yo ya estoy casi lista. —Mientras Jane contemplaba a la otra novia recogiendo sus cosas, se le ocurrió que su traje era clavado al de aquella chica. Ambos eran de color marfil, sin tirantes, de vuelo, de satén y con cola. Cuanto más observaba el vestido de novia, más veía que era igual al suyo.

—En realidad no importa, pero creo que las dos llevamos el mismo modelo —observó Jane.

La otra novia examinó el vestido de Jane.

—¡Eh, tienes razón! —exclamó. Cada una se puso a contemplar detenidamente el vestido de la otra—. Aunque no sabría qué decirte. Cuanto más observo tu vestido, menos me acuerdo de cómo era el mío —dijo.

Para hacerse una mejor idea, las dos novias se colocaron una al lado de otra delante del espejo de cuerpo entero que había en un rincón de la habitación. Después de examinarse detenidamente en el espejo, ambas concluyeron que llevaban el mismo modelo.

—¡Qué extraño! —dijo Jane contemplando a las dos novias reflejadas en el espejo—. En esta habitación hay ahora cuatro de nosotras llevando el mismo vestido.

La otra novia se echó a reír. Jane advirtió que también se parecían mucho. Aquella chica tenía, al igual que ella, el pelo de color rubio oscuro, el rostro en forma de corazón y los ojos de color ámbar.

—Seguro que si te hicieras pasar por mí y fueras hasta el altar, nadie se daría cuenta —señaló Jane—. Podrías ser mi señuelo, mi doble.

La otra novia se echó a reír de nuevo.

—Todas las novias se parecen un poco, ¿no crees, Jane? En el fondo todas nosotras somos unas estúpidas, unas estúpidas chiquillas vestidas de blanco.

En el atrio de la iglesia, una radiante tía Libby se agarraba del brazo de Jane.

—¡Qué excitante, querida! —exclamó tía Libby—. Yo estuve comprometida dos veces, pero nunca llegué a casarme, ¿sabes?, y ahora casi me da la sensación de que sea yo la que va a casarse.

Mientras Jane esperaba recibir la señal, se puso a contemplar el suelo de madera de la iglesia. Estaba marcado y rayado. Se veía muy gastado. No pudo evitar pensar en todas las intrépidas e insensatas almas que se habían entregado a ciegas a destinos similares.

Tía Libby le susurró dulcemente al oído:

—¡Ya falta poco! ¡Ya falta poco! ¡Ya falta poco! —Su voz resonó por toda la iglesia «poco, poco, poco, poco, poco...» Se empezó a oír la conocida pieza nupcial que interpretaba el organista.

Mientras Jane se dirigía al altar, descubrió que estaba pensando en sus padres en lugar de hacerlo en Jake. Recordó un episodio de cuando era pequeña. Sus padres habían estado dando una fiesta (quizá con motivo del cumpleaños de un familiar de su padre: ¿quizá de un primo?, ¿un tío?), se suponía que ella estaba durmiendo hacía ya varias horas. Sin embargo, había estado contemplando el acontecimiento desde lo alto de la escalera: a su madre, que estaba preciosa con aquella escotada blusa blanca y el collar de perlas, y a su padre, vestido con un esmoquin ligeramente arrugado que le daba un aspecto juvenil. Los dos le parecían familiares y lejanos al mismo tiempo, como si fueran unos actores contratados para hacer el papel de padres. Al final de la noche, cuando todos los invitados ya se habían ido, su madre se quitó toda la ropa, salvo uno de los zapatos de tacón de aguja que llevaba, y sus padres hicieron el amor en la sala de estar. A Jane esta escena le pareció la más aburrida de toda la noche y se quedó enseguida dormida. Cuando era pequeña (antes de la ortodoncia) roncaba mucho. En cuanto terminaron de hacer el amor, sus ronquidos alertaron a sus padres de que la niña no estaba en la cama.

Jane se despertó al oír las voces de sus padres. Miró por entre los listones de la barandilla, pero ya no podía ver desde allí a ninguno de los dos.

—¿Crees que lo ha visto todo? —escuchó Jane decir a su madre.

—Aunque lo haya visto, dudo de que haya entendido nada —había respondido su

padre.

Y entonces oyó unos pasos por las escaleras: alguien estaba subiendo. Y un segundo más tarde, vio una sombra reflejada en la pared; aún era demasiado pronto para decir si era la de su padre o la de su madre. En realidad, nunca llegó a saberlo, porque en aquel momento Jane decidió echar a correr hacia su habitación.

Curiosamente, mientras se dirigía al altar, consideró la posibilidad de hacer lo mismo. Sin embargo, mientras la marcha nupcial siguiera sonando, ella no podía evitar seguir avanzando. Se le ocurrió que había una razón por la que la música de las bodas era una *marcha* y no un *vals*.

Al llegar al altar le dio la impresión de que todas las otras personas de la iglesia habían desaparecido, como si ella y Jake fueran los únicos seres en toda la tierra, como si él fuera incluso capaz de oír sus pensamientos.

«No me conoces y, si lo hicieras, tal vez dejarías de quererme», pensó Jane.

«Puede que sí o puede que no», respondió Jake al cabo de unos momentos.

«Aún tienes tiempo de...»

«Mira, Jane —dijo él interrumpiéndola—, el amor es temporal, pero por poco que dure, vale la pena.»

«¿Son unas palabras de ánimo?»

«Sí, así es.»

«Un día puede que incluso llegue a odiarte», pensó Jane.

«Pero este día aún no ha llegado. Y espero que no llegue nunca», respondió Jake.

Jane se echó a reír. Cuando llegara el momento de hablar, ya sabía lo que iba a decir.

Agradecimientos

Desearía dar las gracias al asombroso equipo de Miramax Books: Kristin Powers, JillEllyn Riley, Claire McKinney, Kathy Schneider, Andrew Bevan y Caroline Clayton, todos ellos se han ocupado maravillosamente de mi libro. Agradezco a John del Gaudio, Kate Terry, Janine O'Malley y Courtney Engelbrecht de Barr las anécdotas, la amistad y las fuentes que me han ofrecido. Me gustaría dar las gracias a Shana Kelly, Tracy Fisher, Eugenie Furniss, Anna DeRoy, Stuart Gelwarg, Elizabeth Urso, Elisabeth Ruge y Carolyn Caughey por tantas cosas, que no puedo nombrarlas. Y sobre todo, desaría agradecer a Jonathan Burnham, mi editor, que se apunta a todo; a mis agentes literarios Jonathan Pecarsky y Andy McNicol, que hicieron que mi sueño se convirtiera en realidad; y a mi pareja, Hans Canosa, que ha estado insistiendo en la idea de esos gemelos durante años.

Notas

[1] En la rígida sociedad puritana de Nueva Inglaterra las mujeres adúlteras que eran sorprendidas cometiendo adulterio debían llevar de por vida una letra A, bordada a la altura del pecho, en sus vestidos. Era la inicial de «adúltera» de color escarlata. (*N. de la T.*) <<